

Ensayos

Biblioteca Básica de Literatura Salvadoreña
Volumen 2

Primera edición
Consejo Nacional para la Cultura y el Arte
CONCULTURA, San Salvador, 1996

Cecilia Gallardo de Cano
Ministra de Educación

Abigail Castro de Pérez
Vice-Ministra de Educación

Roberto Galicia
Presidente de CONCULTURA

Ilustración de Portada: *Ana Julia Alvarez*
Diseño de Portada: *Mirella Antonacci*
Fotografía de Portada: *Eduardo Fuentes*

Hecho el depósito que marca la Ley

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE
Edificio A-5 Plan Maestro, Centro de Gobierno
San Salvador, El Salvador, C.A.

Teléfonos: (503) 281-0100
(503) 281-0044
(503) 281-0077
Fax: (503) 221-4389

Alberto Masferrer

Ensayos



BIBLIOTECA BÁSICA DE
LITERATURA SALVADOREÑA

NOTA EDITORIAL

Alberto Masferrer fue un escritor que desató las más encontradas pasiones. Sus ideas reformistas, su tono mesiánico y su participación en la arena política le granjearon tremendas adhesiones, pero también furibundas antipatías. Periodista combativo, ensayista prolífico, escritor que incursionó en diversos géneros, Masferrer se ganó el respeto y admiración de la mayoría de escritores e intelectuales salvadoreños de este siglo: Claudia Lars lo llamó “maestro y director de multitudes”, en tanto que para Miguel Angel Espino fue “el apóstol de la armonía social en El Salvador”, y Salarrué reconoció: “la atracción que este gran espíritu ejerce sobre mí es enorme”.

Nacido en la población de Alegría, en 1868, Masferrer tuvo una formación autodidacta (la “universidad de la vida”, la llamaba él); vivió en varias capitales de Centroamérica, viajó por Chile, Nueva York y Europa. Fue cónsul en San José de Costa Rica y en Bélgica.

*Su pensamiento se sintetiza en un concepto: el “vitalismo”. Significa que cada individuo tiene el derecho a un “mínimum vital” en lo que respecta a vivienda, alimentación, trabajo y educación. Abogó por la lucha pacífica —al igual que Gandhi—. Se consideraba un educador y utilizó el periodismo como un púlpito para predicar sus ideas; fundó y dirigió el diario **Patria** entre 1928 y 1930.*

Fue el ideólogo de la campaña electoral que culminó con el triunfo del presidente Arturo Araujo; pero pronto se sintió

traicionado por éste. Su prédica reformista y no violenta naufragó entre las fuerzas que se confrontarían en la insurrección campesina de 1932. Ese mismo año, el 8 de septiembre, Masferrer murió solo y derrotado.

Era un apasionado del libro —“pocas veces he visto un lector tan tremendo como Alberto”, escribió Arturo Ambrogi—, por lo que no sorprende que considerara a la educación como el eje para el cambio social; sus ensayos **Leer y escribir** y **La cultura por medio del libro** así lo demuestran. También fue un moralista.

Publicó versos, una novela corta sorprendente —**Una vida en el cine** (1922)— y numerosos ensayos agrupados en diversos volúmenes: **¿Qué debemos saber?**, **El mínimo vital**, **Las siete cuerdas de la lira**, **Ensayo sobre el destino**, **El dinero maldito**, **El libro de la vida**, **Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús**, **La misión de América**, entre otros.

Masferrer fue el ensayista y filósofo salvadoreño más reconocido de su tiempo.

¿QUÉ DEBEMOS SABER?

Cartas a un obrero

RESPIRAR es el primero de nuestros derechos; respirar aire libre, puro y bastante. No podríamos vivir diez minutos sin respirar, y ninguna de nuestras funciones corporales y espirituales se cumplirá bien si no respiramos bien.

Se sabe que el aire es uno de los tres grandes elementos que forman el planeta; uno de los tres grandes focos de vida en que nacen y se desarrollan todos los seres terrestres. Es, de todos, el más sutil y penetrante, un océano inmenso en el cual el núcleo terrestre, con todas sus vastas aguas, flota como una grande isla. Tan esencial es para la vida este elemento, que la Naturaleza lo hizo el más libre de los cuerpos, como para que jamás los hombres pudieran enteramente monopolizarlo: “libre como el viento, libre como el aire”, decimos cuando encarecemos el valor de la libertad.

Pues tan libre, ligero y sutil como es, ya encontraron la avaricia y la ignorancia el medio de reducirlo, encerrarlo y corromperlo; ya se hizo objeto caro, y sólo accesible siempre a los ricos, porque sólo ellos pueden vivir en casas grandes y bastante aireadas; sólo ellos pueden, siempre que lo deseen, alejarse de la viciada atmósfera de las ciudades para ir a respirar el aire puro de los campos.

Construir casas higiénicas, donde el aire entrara en abundancia, para todos los habitantes de cada ciudad, sería practicable y fácil, pero no es eso lo que importa a los capitalistas:

su negocio está en obtener grandes rentas alquilando covachas; y en cuanto a la Autoridad, está siempre ocupada en hacer paseos para los elegantes, teatros para los elegantes, diversiones para los elegantes.¹

Pero, en cuanto a nosotros, precisa que tengamos el concepto claro de las cosas, porque sólo así podremos corregirlas; precisa comprender que los que hacen su negocio alquilando covachas y pocilgas, y quienes encubren y protegen esos negocios, son gentes que viven del asesinato. Su negocio consiste, sencillamente, en hacernos llevar una vida achacosa e infeliz, y en acortarnos considerablemente el tiempo que habíamos de vivir.

Se trata, pues, de una de las numerosas formas de asesinato, tan mal disimuladas en la presente organización social, bajo el nombre de *negocios* y de *operaciones*.²

1.- Una Municipalidad de San Salvador ha encontrado *oneroso* para las rentas municipales, dispensar a las lavanderas de “El Coro” el pequeño impuesto que pagan al guardarropas. —Gastarse millares de pesos en estatuas a Porfirio Díaz, en comilonas y bebetorias, eso no lo hallan oneroso.

2.- Sería interesante hacer el recuento de todos los que en la actual organización de la sociedad viven *de causar daño* a sus semejantes. Por extraño que parezca, el *causar daño* a los demás, forma su modo de vivir aceptado o escogido por numerosas gentes. El asesinato lento disimulado, disfrazado bajo diversas formas, constituye el fondo de variadas profesiones, algunas de ellas *honorables*. Sin contar a los ladrones y asesinos francos, excomulgados por las leyes, es indudable que caen bajo la misma jurisdicción; los militares, cuya educación y objetivo son dar muerte a aquellos a quienes *un superior* les designe como enemigos; los carceleros de toda categoría, que privan de movimiento, luz y aire puro a los encarcelados; los que venden medicinas falsificadas o adulteradas; los que comercian con bebidas alcohólicas; los que fabrican y venden toda clase de armas de combate; los dueños de casas de juego y de prostitución; los oradores y periodistas que apoyan y fomentan las guerras entre los pueblos; los mismos periodistas que explotan la crónica de los crímenes sensacionales, tan sugestiva de nuevos delitos; los autores y vendedores de libros obscenos; los empresarios y cómicos del teatro lascivo, tan en boga en estos tiempos; los usureros; los sacerdotes que bendicen las armas de los que van a combatir y los que celebran con te-deums la vuelta de los ejércitos victoriosos, los maestros de esgrima; los defraudadores del tesoro público; los gobernantes que encarecen y dificultan la vida sobrecargándola de contribuciones, y otros muchos más. Examínense a fondo las funciones de todos éstos y se verá, que directa o indirectamente, pero de una manera *consciente*, su vida, su fortuna, su éxito dependen del *mal causado a los demás*, y que de una u otra manera, acortan la vida o perjudican la salud de sus semejantes.

Vemos, pues, sin necesidad de extendernos más sobre este punto, que la primera materia de nuestro programa de enseñanza debe ser la Higiene; cuyo objeto es “determinar las condiciones generales de la salud y los medios de conservarla”.

La higiene nos dirá qué cantidad de aire, de alimento, de trabajo, de descanso, de calor necesita nuestro organismo y en qué condiciones los necesita. Ella nos mostrará que la Naturaleza está por encima de los hombres, y que éstos, cuando sus leyes son contrarias a las de la Naturaleza, deben ser considerados como enemigos nuestros, y en ninguna manera obedecidos.

* * *

Después del aire, el pan.

Ese *pan nuestro de cada día*, santificado y consagrado por las religiones; ese pan a que se refería Jesús cuando expresó que, “digno es el trabajador de su alimento”; ese pan de que las bestias de los campos y los pájaros de los aires no suelen carecer sino cuando falta para todos; ese pan que ingerido por nuestro organismo se convierte en fuerza, alegría y pensamiento; ese pan, que es la vida, y que siendo naturalmente el premio del trabajo, debería sobrar a los trabajadores; ese pan rueda abundante de la mesa de los ricos ociosos, y falta enteramente a veces, o escasea casi siempre, en casa de los que *riegan la tierra con el sudor de su frente*.

¿Por qué los que siembran, cuidan y cosechan el pan han de carecer de él? ¿Por qué el campesino que soporta todas las fatigas del trabajo agrícola ha de vivir hambriento, mientras el ocioso burgués que jamás ha trazado un surco ni abrió jamás un hoyo, vive en la abundancia? ¿Es esto lo que llaman orden social? ¿A esto es lo que llaman república y civilización?

Tan injusto y torpe desorden no tendrá remedio mientras no se alcance la liberación de la tierra: de la tierra que, lo mismo que el aire y el agua, no pueden ser objeto de monopolio sin que se cometa el mayor de los crímenes contra Dios y los hombres.

¡La liberación de la tierra!... ¡qué hermoso, justo y bienhechor ideal,³ y cuán digno de que le consagren su vida todos aquellos que se lamentan de tener en qué emplearla!

Desgraciadamente, la tierra no es como el aire y los hombres pueden monopolizarla y esclavizarla.

Y la han esclavizado. La tierra es de unos pocos, dondequiera que existe la civilización. La mayoría de los hombres, en los países civilizados, no poseen un pedazo de tierra ni un rincón dónde levantar una cabaña.

3.— En nuestra tierra salvadoreña abundan los jóvenes que viven quejándose de que “en este país hay un ideal por el cual se puede vivir y luchar”. La Universidad y los colegios arrojan año por año una oleada de pesimistas, a quienes la vida les abrumba, la ciencia les entenebrece el camino, y los libros no les enseñan sino a proferir maldiciones contra el medio ambiente: “El medio, dicen, tiene la culpa de todo; en este medio no se puede ni ser sabio, ni ser artista, ni propagar ninguna idea, ni siquiera ser honrado”. ¡Ni siquiera ser honrado! Lo son, sin embargo, y hacen una vida laboriosa y esforzada millares de campesinos, de artesanos, de peones, de comerciantes, de jornaleros, de maestros de escuela, y otros muchos que no han pasado por la Universidad ni tienen diploma.

Los intelectuales únicamente profesan la doctrina de que este medio nuestro sólo puede producir tiranía, mentira, egoísmo, codicia y pereza.

Los jóvenes salen con ese desencanto, de los colegios y universidades donde han permanecido diez o doce años: hay, pues motivo para suponer que las enseñanzas que ahí reciben son esencialmente perniciosas.

Semejantes doctrinas no se predicán en la mayoría de las veces sino para justificarse de acciones harto censurables: “si *forzosamente* aquí sólo pueden producirse la vanidad, la ambición, la mentira, el despotismo, la ignorancia y el parasitismo, nadie podrá reprocharnos que seamos venales, ambiciosos, farsantes, déspotas y parásitos”. La conclusión es lógica, pero su fundamento es falso, puesto que, según hemos dicho, y puede comprobarlo cualquiera, la mayoría de los salvadoreños —los que viven trabajando—, no son más venales, mentirosos, holgazanes, etc., etc., que los habitantes de otros muchos países. Hasta es facilísimo comprobar que los salvadoreños trabajadores, que son los más, sobresalen por su honradez, constancia, esfuerzo y laboriosidad.

Son, pues, los intelectuales decepcionados los que, en justicia deben carpar con la malísima reputación que pretenden achacar a todo el país.

En cuanto a los jóvenes, están siendo víctimas de la más perversa de las sugerencias: 1º—Porque siendo los ideales cosas no realizadas aún, y muy dignas de realizarse, es evidente que, en países atrasados y enfermos como el nuestro, que es donde mayor número de cosas buenas hacen falta, se presentarán más

Pero ¿a qué equivale despojar al hombre de la tierra? Exactamente a quitar a los pájaros el aire, y el agua a los peces. Privados de su elemento natural, perecen o degeneran rápidamente, convirtiéndose en seres monstruosos o deformes.

El hombre es un animal terrestre, lo mismo que el caballo, el ciervo y el buey. No siendo animal acuático ni del aire ¿de dónde había de ser? Y ¿cómo se quiere que el animal humano no se deforme y se corrompa si se le priva de su natural elemento?

Para el hombre, la tierra es el manantial de toda vida: su alimento, su vestido, su habitación vienen directamente de ella; su fuerza, su salud y su independencia, también de ella proceden. El hombre es, propiamente, aquel Anteo de la fábula griega, que si tocaba la tierra con los pies se volvía invencible, y cuando dejaba de asentarse en ella perdía su valor y sus fuerzas.

Estos hombres de las ciudades, nacidos y criados en un estrecho cuarto; estos hombres a quienes la verja de un jardín les hace horizonte; estos hombres que van a respirar *aire libre* a una plaza de cien metros cuadrados, ahogada entre oficinas y almacenes ¡cuándo van a sentir la necesidad de ser libres, ni los impulsos de altivez de aquellos que nacieron en pleno campo, ejercitaron sus músculos y sus pulmones trepando a las cimas de los montes, y acostumbraron sus ojos a la contemplación de los horizontes infinitos!

Dentro del mismo sistema que rige ahora en las naciones civilizadas⁴ se reconoce que el ideal de prosperidad se colma en un

ideales que soliciten el esfuerzo de las voluntades vigorosas y nobles. 2º—Porque es más falso, ridículo, firmar que el individuo ha de ser rigurosamente igual al medio social ambiente. Si existe el progreso, si los hombres no son ya caníbales; si, ascendiendo desde las especies inferiores han subido hasta constituir la especie humana tal como existe ahora, ello se debe *¡precisamente!* a que el individuo nace con suficientes capacidades, para mejorar el medio de donde ha salido. Enseñar lo contrario es tan erróneo como inmoral.

4.— Hagamos constar que para la generalidad de los lectores, *civilización* es sinónimo de perfección, de bienestar, por más que, en realidad resulta que en los países reconocidos como civilizados, reinan las enfermedades, los vicios, la ignorancia y la opresión, más intensamente, muchas veces, que entre los salvajes. Se trata de un dogma tan falso y contrario a la evidencia como los

país cuando la tierra está muy repartida. Los pueblos agricultores son los más ricos, sanos, honrados e independientes entre todos, a condición de que los propietarios de la tierra sean el mayor número.

¿Pero quién no ve claro que este ideal es menos accesible cada día, a medida que se hace más intenso el monopolio de la tierra?

más absurdos de las religiones. La creencia en que la civilización trae la felicidad de los pueblos, no vale más que el dogma de la Trinidad o el de la infalibilidad del Pontífice Romano; solamente que éstos son aceptados por gentes a quienes se juzga ignorantes, mientras que aquélla es aceptada por muchos que se suponen ilustrados.

En realidad, la palabra civilización no es sinónimo de perfección, ni siquiera de bienestar, sino un vocablo impreciso, vago, oscuro que encubre bajo su dorada significación aparente, los hechos más monstruosos, el egoísmo más refinado, los sufrimientos más horribles para la mayoría de los hombres, para los más dignos de ser felices.

Casi ninguno de los que se ufanan de la *civilización*, sabrá decir *qué es*, en qué consiste, dónde empieza y dónde acaba.

¿Es civilizado un país que tiene telégrafos, o necesita, además, de teléfonos.

¿Es civilizado un pueblo donde la mitad de los habitantes sabe leer y escribir o no lo será mientras no lo sepan las dos terceras partes?

¿Hay civilización donde sólo hay carreteras o debe haber también ferrocarriles?

¿Es indispensable a la civilización el automóvil, o le bastará con la bicicleta?

¿Son civilizados los hombres que usen zapatos, y no lo son los que usan caites?

No, no es posible fijar el significado de tal palabra, y mucho menos demostrar que significa un estado social benéfico a la mayoría de los hombres. La razón por la cual todos hablamos con entusiasmo y reverencia de la civilización, es porque *suponemos* que en los pueblos civilizados, existe un equilibrio tan completo entre el progreso moral, el intelectual y el material, y se hallan de tal manera ensanchados y *esparcidos* esos progresos que todos o casi todos los habitantes de tales países deben sentirse relativamente felices.

Pero ¡qué ilusión es ésta tan frágil y tan mentida! El hecho permanente, el más extenso, el más tenaz, el más característico de esos pueblos cultos, es la minoría, una miseria tan grande, que "*mata de hambre*" a millares de personas, y hace sucumbir por falta de alimento, abrigo y descanso, antes de que lleguen a los treinta años, a más de la mitad de los trabajadores.

Saber, placeres de la mesa, casas lujosas, goces artísticos, viajes de estudio y recreo, comodidades sin término; eso es la civilización, PARA UNOS POCOS, para los privilegiados. Para la inmensa mayoría de los hombres, es ignorancia, hambre, frío, trabajo sin descanso, estupidez, vicio, prostitución y muerte.

No debía ser así, pero así es.

Quien desee estudiar de fondo este asunto, lea *Progreso y miseria* de Henry George, y *Pobreza y descontento* de Makarios Zoides.

¡Monopolio de la tierra! Verdaderamente es difícil hallar una frase más irritante ni que signifique un absurdo y una injusticia mayores. ¿En virtud de qué pueden los hombres monopolizar la tierra? Todos los argumentos, más o menos aceptables con que se defiende la propiedad privada, aparecen como burdas patrañas cuando se trata de justificar el monopolio de la tierra. Porque ésta no es, ni en apariencia, obra humana, sino que es cosa tan anterior y superior al hombre, como el firmamento respecto de una golondrina. Una calandria que, anidando en el extremo de la más pequeña rama de una ceiba, quisiera luego apropiarse todo entero el gigantesco árbol, no nos parecería tan ridícula como el hombre queriendo apoderarse de la tierra.

“El suelo —dice Carlyle—, no es sino de Dios, y de ser de alguien, sería del trabajador que lo cultiva”.

“Sólo una cosa hace falta —dice Tolstoi—, para que los trabajadores sean libres, y es destruir el acaparamiento de la tierra por los propietarios que no la trabajan. Esto es lo que deben pedir, exigir de sus gobiernos, y esto no es pedir cosa extraña, sino la satisfacción de su derecho más indiscutible y esencial: el derecho que todo ser tiene a vivir sobre la Tierra *y a sacar de ésta su alimento, sin pedir permiso a los demás hombres*”.

El suelo, para expresarnos más claramente, es uno de los agentes naturales, anterior y posterior al hombre. Es un agente natural lo mismo que el agua, el aire, la luz, la electricidad, el calor solar, y como éstos, concedido al hombre, a todos los hombres, como materia de trabajo. Y así como no concebiríamos que nacieran animales con alas si no hubiera aire para volar en él, ni animales con aletas natatorias si no hubiera agua para nadar en ella, no podemos concebir tampoco que la Naturaleza forme hombres con instrumentos de trabajo, si no hiciera antes un elemento que fuera la materia de ese trabajo.

Ese elemento es el suelo, la tierra.

Realizar la emancipación de ésta constituye el ideal más urgente, accesible por ahora a los hombres. Esta liberación vendrá a complementar la abolición de la esclavitud, infecunda hasta ahora y mientras no sea abolida la esclavitud de la tierra.

Porque, digamos la verdad, todo derecho humano viene a ser una palabra vacía, una irrisión si no se asienta sobre el derecho a la vida, sobre la libertad —posibilidad efectiva— de vivir. Y esta libertad no existe para el hombre que carece de pan, de abrigo, de techo.

Y es la tierra la fuente siempre abierta de donde el hombre puede obtener esos elementos, mediante su trabajo. Así, pues, hombre libre y suelo esclavo, no son posibles; sino que el suelo libre es la condición esencial del hombre libre.

“El hombre —dice Henry George—, es en primer lugar, un animal, un animal terrestre, que no puede vivir sin tierra. Todo lo que el hombre produce, viene de la tierra; todo trabajo productivo consiste, en resumidas cuentas, en trabajar la tierra, o la materia extraída de la tierra, para la satisfacción de las necesidades y los deseos del hombre. El mismo cuerpo del hombre proviene de la tierra. Hijos de la tierra, salimos de la tierra y a ella volveremos.

“Quitad al hombre todos sus elementos terrestres ¿qué otra cosa quedaría más que un espíritu sin cuerpo? Dedúcese de esto, que el hombre que posee la tierra de la cual o en la cual otro hombre ha de vivir, es el amo de este último, el cual es un esclavo. El hombre que retiene el suelo en que yo debo vivir, dispone de mi vida o de mi muerte, en absoluto, como si yo fuese algo de su pertenencia. Hablamos de la abolición de la esclavitud, no hemos abolido más que una de sus más duras formas: la esclavitud directa del cuerpo. Hay otra forma de esclavitud más vergonzosa, más insidiosa y más atroz: la esclavitud hábil que transforma al hombre en un verdadero esclavo, embaucándole y engañándole con la palabra libertad”.

Pero, se dirá, aun cuando todos los hombres posean el suelo, no todos querrán ni sabrán trabajarlo. ¡Enhorabuena!, permanezcan esclavos aquellos que no tengan valor de hacerse libres trabajando, y sucumban los que ya no tienen fuerza ni afición sino para la vida de rebaño. Por otra parte, no estamos escribiendo un *arte de hacer felices a todos los hombres*, ni creemos que ese arte se pueda jamás escribir. La felicidad, la escasa felicidad que nos está permitida en este mundo, no nos viene de fuera sino en porción muy reducida;

nos viene de adentro. Según sea la cantidad de amor, de fe y de religión de cada uno, así será más o menos feliz.

Lo que nosotros queremos es que haya justicia; que se dé a cada uno lo que es suyo; que se devuelva a todos los hombres la tierra que se les ha usurpado: después, allá verá cada uno el uso que hace de su heredad.

¡Emancipemos la tierra! Que al nacer, cada hombre encuentre que es poseedor de una porción del suelo; que al llegar a la edad del trabajo, halle que tiene en qué trabajar; que, cualesquiera que sean las circunstancias de su vida, sepa que siempre habrá un rincón de tierra que le servirá de refugio y de amparo.

Tierra libre, y libre también cuanto sea necesario para trabajarla. Libres los caminos, libres la fabricación, introducción y uso de las herramientas, libre la compra y venta de los productos agrícolas; libres todos los elementos, factores, usos y productos del cultivo.

* * *

Tienes que hacer, hombre, una obra trascendental: la más seria, difícil e importante; fecunda en bienes o en males, digna de todo encomio o de vituperio indecible, según la trabajes con yerro o con acierto. Bajo el sol, no hallarás para emplear tus fuerzas otra empresa de mayor responsabilidad, ni encontrarás que a nadie se le haya confiado una obra más significativa.

Tienes que hacer a *tu hijo*. ¿Cómo lo harás? Esta es la cuestión suprema para ti y para los que te rodeamos.

Tu hijo, precisamente tu hijo, puede ser para nosotros instrumento de condenación o de vida.

No pasarán treinta años, y ya tendremos en él un redentor, un guía, un hombre bueno, útil, inofensivo, al menos, o un tirano, un azote, un verdugo, un explotador, un egoísta. No hay medio: será para nosotros un bien o un mal, una carga o un beneficio.

Y de esto, tuya será la gloria o la vergüenza.

Nos interesa extremadamente que hagas bien a tu hijo: haz medianamente, si no puedes mejor, tu libro, tu estatua, tu cuadro, tu gobierno, tu hacienda. Sé mediano, si no puedes ser eminente, y sé vulgar si no puedes ser mediano. Te perdonaremos tu medianía y tu vulgaridad, puesto que, al cabo, no podrás hacernos mucho daño: pasarás con nosotros; más o menos, te desvanecerás en la muerte al mismo tiempo que nosotros.

Pero tu hijo vivirá junto con nuestros hijos, y a éstos no queremos tolerar que se les dañe: son lo más querido de nosotros, las flores de nuestra vida, y no debemos consentir que por negligencia o estupidez quede con ellos un elemento de ruina o de dolor.

Forja bien a tu hijo; pon todas tus fuerzas; junta cuantos rayos de luz vagan dispersos en tu alma, y empléalos en esa obra de vida o de muerte.

Si quieres, no tengas ninguna otra cosa; si no puedes, vive oscuro, tranquilo, retirado, y exento de toda lucha. Te exoneramos de todo trabajo social y político, y te concedemos la paz y la libertad, a cambio de que nos dejes *un hombre*.

Pero si nos dejas un malvado; si nos dejas un opresor, un mentiroso, un esbirro, un explotador, un verdugo, un loco, un enfermo, un degenerado, entonces no te absolveremos, y cualesquiera que sean tus méritos aparentes, declararemos, que nos has defraudado y que tu paso por este mundo ha sido una desgracia.

Te elevarán estatuas; el Gobierno dirá que has prestado grandes servicios, y los diarios harán tu elogio descompasada y estruendosamente; pero ni el oro, ni las condecoraciones, ni las alabanzas harán que te absolvamos. Por encima de toda esa mentira, y a través del bullicio oficial o social surgirá la verdad, y diremos que tu hijo, *la continuación de ti mismo*, está demostrando la falsedad e inconsistencia de tus méritos.

Si tu hijo es perverso, embustero, vicioso, tú mismo, digan lo que quieran las apariencias y las convenciones, habrás sido, en algún modo, perverso, embustero, vicioso. Acaso nunca el mundo conocerá detallada y concretamente tus flaquezas o tus maldades;

acaso la misma posteridad confiese que nada malo se supo jamás de tu vida. Pero, tu propio ser continuado en tu hijo, tu espíritu y tu carne reproducidos en ese retoño, tus inclinaciones, tendencias, hábitos, deseos, aspiraciones, tu alma entera, concentrada y manifestada en tu descendiente, dará testimonio *irrecusable* de lo que *realmente* fuiste.

“Por sus frutos los conoceréis. —Cógense uvas de los espinos, o higos de las cambroneras?”

* * *

Esta literatura significa que todo hombre debe ser, necesariamente, un educador, *porque tiene* la obligación ineludible de educar a su hijo.

Abandone, si quiere, en ajenas manos el cuidado de vestirle, formarle el trato social, instruirle en las ciencias y en las artes; pero cumpla él su tarea de formarle un carácter, de forjar los resortes morales que le harán hombre. Y aprenda a fondo este arte de la educación, para saber cuándo los guías extraños y mercenarios que dé a su hijo cumplen con acierto o desacierto el trabajo que les haya confiado.

En una sociedad organizada sobre los principios que dejamos expuestos, la escuela primaria sufrirá profundas modificaciones; probablemente, nada quedará de su forma actual. Porque en una sociedad en que haya para todos un relativo bienestar y la seguridad de vivir a salvo de la miseria, nadie tendrá interés ni necesidad de encomendar a extraños el santo y grato quehacer de educar a sus hijos.

Entonces los niños se educarán en el hogar; si se instruyen fuera, será sin romper ni relajar los vínculos con su familia. Y como la instrucción ya no consistirá en aprender el sinnúmero de vaciedades con que ahora se idiotiza a los niños, es de suponerse que éstos sólo tendrán maestros, cuando sus facultades mentales hayan adquirido vigor suficiente, cuando ya sean capaces de recibir las lecciones de un verdadero hombre de ciencia.

Sea como fuere, y sin necesidad de anticiparnos a los tiempos, afirmaremos que todo hombre que piense reflexivamente y se penetre

de la tremenda responsabilidad que asume al criar un hijo, comenzará *desde ahora* a estudiar el arte de la educación. No permitirá ni un día más que el alma de su niño —porque el alma es lo que se forma con la educación— corra enteramente a cargo de otros; no se conformará con que le *informen*, por medio de buenas notas o cualquiera otra clase de papeles, que su niño va bien, sino que sentirá la necesidad de convencerse de que *realmente* va bien. No aceptará para maestros de su niño a todos aquellos que un Gobierno más o menos inepto encargue de la educación pública, sino que investigará si tales maestros saben y quieren educar.

Tal hombre, preocupado a toda hora de que el cuerpo y el espíritu de su niño no sean envenenados, atrofiados, deformados para siempre, revisará, examinará con solícito cuidado los alimentos corporales y espirituales con que nutren al hijo de su alma.

Se hará, pues, un educador; estudiará especialmente la psicología infantil, para conocer las leyes que rigen el desarrollo de la mente y del carácter. Aprenderá la ciencia de crearle al niño buenos hábitos, de extirparle los que sean perniciosos, de combatir las tendencias viciosas, de favorecer las nobles y sanas; aprenderá, en fin, a *influir sobre la herencia por medio de la educación*, que es el más difícil y necesario de los aprendizajes.

Y entonces, cuando los hombres hayan comprendido que su misión es crear hijos sanos y educarles en la bondad; cuando un hombre se avergüence de producir niños enfermizos, desequilibrados, perversos, idiotas o locos; cuando un hombre se complazca y enorgullezca de su trabajo creador y pueda decir a sus conciudadanos: ¡venid a ver qué hijos he formado!, entonces, y en el transcurso de tres o cuatro generaciones, todos nuestros problemas quedarán resueltos o simplificados; no habrá más tiranía, ni más ignorancia, ni más miseria. El mundo no habrá llegado a ser un paraíso ni los hombres se habrán convertido en ángeles; pero este planeta ya no merecerá que se llame “el trono de la estupidez”; y la vida ya no será ni una desgracia ni una vergüenza.

De *¿Qué debemos saber?* (Cartas a un obrero), San Salvador, El Salvador C. A.

LEER Y ESCRIBIR

I

LA MITAD de los salvadoreños no saben leer ni escribir.

De la otra mitad, la mayoría no lee nunca si no es una media docena de libros más dañosos que útiles, como el *Oráculo*, *Magia blanca* y otros semejantes. Así resulta que la población, en su mayor parte, se nutre con supersticiones, ideas gastadas, prejuicios y consejas.

El pueblo, crédulo e irreflexivo, es presa fácil de conductores egoístas o ineptos. Va de un ídolo a otro, como quien no ha sospechado nunca lo que es un verdadero dios: de un seductor a otro, como quien nunca oyera palabras de verdad, salidas del corazón de un hombre verdadero. Si se compara su desarrollo mental con el alcanzado por el pueblo en el norte de Europa, se nota una diferencia que da lástima. A la par de aquéllos, nosotros somos unos desdichados, sin anhelos, sin personalidad, sin idea remota de lo que es vida libre; creídos de que la audacia puede suplirlo todo, y hablar mucho es saber mucho, que la discordia es sociabilidad, que ya casi nada tenemos que aprender, que el dinero es creador de los más altos dones, y el poder, algo que está por encima de la justicia, de la ciencia y de la conducta.

Así es la atmósfera mental en que vivimos, y de la cual no podemos salir mientras la mayoría continúe incapaz de instruirse; y así habrá de continuar, mientras el libro, que en la época actual es un instrumento indispensable de cultura, sea para ella inaccesible.

II

Tal como la vida se halla organizada en nuestros tiempos, un pueblo analfabeto será, sin remedio, el esclavo de un grupo de perversos de su propio suelo, o la presa fácil de cualquiera nación poderosa que desee absorberlo o dominarlo.

Porque el saber confiere a los hombres poderes inmensos: el hombre que sabe, si tiene además resolución y constancia está siempre en capacidad de dominar al que no sabe. El ignorante es fatalmente la víctima, el esclavo del hombre instruido. Si no hay en éste una gran bondad, acabará siempre por explotar o tiranizar a los ignorantes que le rodean, y éstos, aunque hayan sido engañados y explotados cien veces, caerán de nuevo en las redes de aquéllos. Porque es imposible que el ciego vea mientras no deje de ser ciego; y el ignorante es un ciego.

Lo mismo que se dice de los individuos cabe decir de las naciones. Pensar que una nación de ignorantes va a librarse de una nación culta, si ésta quiere someterla a su influencia o dominarla, es como pensar que en la lucha entre un ciego y un hombre que ve, las ventajas pueden estar de parte del ciego. En realidad, no hay otro destino para un pueblo ignorante, que el despotismo adentro y la dominación afuera.

III

La empleada de oficina, la vendedora de almacén, el mozo de café, el obrero y hasta la camarera, de una gran ciudad del norte de Europa, piensan más, por lo general, reflexionan más y tienen mayor aptitud para juzgar de los acontecimientos y de los hombres, que muchas gentes de las que entre nosotros pasan por instruidas y se creen aptas para dirigirnos.

Y es natural que sea así, porque en Europa los conocimientos no se estancan sino que circulan sin cesar, como las corrientes marinas.

Las conferencias populares, los diarios, las revistas, las escuelas de todo género, los libros, los museos, los jardines zoológicos, la biblioteca a domicilio, los centros de lectura, las universidades ambulantes, forman una red viviente por donde las nociones, las ideas, los descubrimientos, los sistemas, se transmiten con la velocidad de la chispa eléctrica, de un extremo a otro y hasta los últimos confines del cuerpo social. Que un grupo de sabios se reúna en Estocolmo o en La Haya, a estudiar un problema cualquiera del mayor interés, sea de ciencias, de artes, de industria, de política, y al momento se sabrá hasta en las más pequeñas aldeas de Alemania, de Holanda, de Bélgica, de Dinamarca, qué pensaron, qué dijeron, qué resolvieron; y aunque no todo se asimile, queda siempre una buena porción de ideas y de hechos que se convierte en ciencia popular y que ya no saldrá de la circulación general. Y esta difusión resulta, simplemente, de que *todos saben y acostumbran leer*.

La prensa es ahí verdadero y universal transmisor de los sucesos y de los pensamientos. *Le Temps*, *The Times*, cualquier diario importante de Londres, de Berlín, de Amberes, de Bruselas, de París, contiene diariamente estudios a fondo sobre toda clase de cuestiones, y como los lectores de esos diarios se cuentan por centenares de millar, aquellos estudios, fruto de las investigaciones de algún especialista que acaso gastara en ellas mucho tiempo, van en una mañana a impresionar el pensamiento de todo un país. Al día siguiente serán reproducidos en cinco o seis capitales de Europa, y en una semana los hombres de cinco o seis naciones habrán pensado sobre el mismo asunto, y una verdadera comunión espiritual se habrá operado entre ellos; gracias, no tanto a que se hallen unidos por el teléfono y el ferrocarril, como al hecho sencillo y fecundo *de que esos hombres saben leer y acostumbran leer*.

Entretanto, nosotros vivimos allá separados unos de otros como por un abismo: el que piensa algo, el que aprende algo, se lo guarda, no sabe qué hacer con ello, porque no tiene medios para comunicarlos. Y como es una ley en todo que lo que no está en movimiento se arruina, esas ideas, esos conocimientos estancados,

inertes, se oxidan, se petrifican y acaban por anquilosar el cerebro de sus poseedores. Ese flujo y reflujo de las ideas, de los conocimientos, de los juicios, de las opiniones, que es la condición primordial y constante de una extensa y viviente mentalidad, no existen entre nosotros. El espíritu de análisis, la crítica, que es a la cultura del entendimiento como la máquina aventadora a la limpieza y selección del grano, es allá enteramente desconocida. El que encontró por ahí un retazo de idea, un sistema dislocado, una serie de fantaseos, se aferra a ellos, los enclava en su cerebro como nuevas columnas de Hércules, y se dice a sí mismo: no hay más allá. Pasarán años y más años sin que una contradicción hiera su espíritu, y cuando por fin se encuentre con ella, como no tiene el hábito de renovarse, de examinar, de rectificar, lejos de acogerla y estudiarla, verá en ella una cosa chocante, una extravagancia, una ofensa, a veces un delito.

Esas ideas estancadas suelen transformarse allá entre nosotros en un pernicioso ensimismamiento, al cual se le da el nombre de convicciones. Todo el que vive enamorado de sí mismo; todo el que se dejó suggestionar y fanatizar; todo el que se habituó a la pereza intelectual, se siente firme sobre lo que él llama *sus convicciones*. Y, naturalmente, el que está convencido, y cree que convicción y verdad son una misma cosa, no quiere perder su tiempo ni su esfuerzo en examinar lo que ya él sabe que es un error o una quimera.

Si esos terribles convencidos vivieran dos años en París, en Berlín, en cualquier gran centro de cultura, y se dieran el trabajo de ver pasar, subir, caer, levantarse de nuevo y derrumbarse por fin las teorías, los sistemas, las doctrinas que parecían más firmes, aprenderían que las convicciones no tienen valor científico; que son, nada más, resortes morales, que todo hombre que piensa libremente, sabe que su convicción de hoy le parecerá mañana una tontería; que el único criterio racional y útil, es decirse a toda hora: yo estoy convencido de que esto es así, pero es probable que esté en un error. De consiguiente, apenas se ofrezca la ocasión de rectificar, la aprovecharé.

Y, precisamente, los hombres que proceden con este criterio son los únicos que no se dejan seducir de novedades y fantasías; los únicos que no se entusiasman antes de tiempo; los únicos que no opinan antes de estudiar; los únicos que sienten real y profundo respeto por la verdad; los únicos que pueden y merecen ser aceptados como guías intelectuales de las naciones. De tal manera de pensar proviene, en gran parte, del hábito de leer. El que lee, el que examina, el que ve pasar incesantemente los innumerables aspectos de cada idea y de cada hecho, aprende, siente que la verdad es sutil, delicada, aérea. Como una mariposa, vendrá por sí misma si la atraéis con los apacibles reflejos de la luz; huirá si queréis asirla con mano grosera y violenta.

IV

No faltan, no faltaron nunca entre nosotros, hombres generosos y bien inspirados que se esfuerzan por la cultura y la felicidad del país. Mas casi siempre, a vuelta de unos años de lucha, acaban por desalentarse, y se encierran en un triste aislamiento de donde nada puede ya sacarles. La idea más noble que concibieran, el proyecto más útil, la empresa más necesaria, fracasan por falta de atmósfera; porque no hay manera de hacerles prosélitos; porque no es posible llevarlos al conocimiento del pueblo, ni mover su entusiasmo en la vía de las realizaciones. Decepcionados, viven recordando sus propias derrotas, seguros de que *nada se puede hacer*, de que todo es inútil.

No habiendo procurado analizar la causa de sus constantes fracasos, no han llegado a darse cuenta de que ello consiste en que el pueblo, a causa de su extremada ignorancia, no participa jamás en ningún movimiento. Aun en las conmociones políticas, que es cuando más se cuenta con él, va como simple instrumento, por inercia, por costumbre de seguir a un caudillo, o arrastrado sólo por móviles mezquinos: por alcanzar honores o dinero. En el verdadero y fecundo sentido de la palabra, nuestro pueblo no colabora con los

reformadores o propagandistas; de tal manera que éstos se mueven siempre en un círculo vicioso y estrecho, llamando cada uno a las puertas herrumbradas del mismo reducido grupo de vencidos. Y como cada uno de éstos llora su propia derrota o tiene apenas aliento para soñar su propio sueño, resulta que el neófito, el último que aparece en la arena de los entusiasmados y de las reformas, luego se da cuenta de que está solo; de que aquellos pocos que le acompañan lo hacen, no más, por cortesía, o con la tibieza de quien no tiene ninguna esperanza en la victoria.

Por eso, porque el pueblo *no se posesiona*, no adquiere plena conciencia de ninguna reforma, es que allá todo se queda en germen, o se pudre sin haber dado fruto. Hasta empresas que al parecer no chocan con ningún obstáculo y que han encontrado el asentimiento de todos, yacen inertes, durmiendo al rumor de una palabra inútil, porque sus promotores no pueden encarnarlas en la conciencia del pueblo. Este oye decir, acata, obedece si se le obliga, y lo mismo sigue al adepto que al adversario, según el mayor poder que tiene cada uno: hoy al que lucha por darle alas, mañana a quien le rompe las alas de un tajo.

A este respecto sería muy instructiva la historia de los intentos de unificación de nuestros pueblos; aquella empresa que tiene a todos por amigos, de la cual nadie se confiesa adversario, y que, sin embargo, tan irrealizable parece ya a sus más entusiastas adeptos, que no ven, para darle vida, otra esperanza que el sable sin gloria de algún mandarín aborrecido.

Harto más difíciles empresas eran las de unificar Alemania, Italia, Bélgica, y se realizaron sin embargo; porque los iniciadores, cuando no había *pueblo*, *lo hicieron*: antes de lanzarse al combate cuidaron de que los elementos de lucha adquirieran una conciencia, y así, en vez de conducir rebaños, condujeron hombres.

V

Ahondando un poco en estas cosas, no sería difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos

ha mostrado a los peores tiranos, rodeados y seguidos de los hombres de mejor intención. Ardorosos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus intentos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes, y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos les llevaban a ser los servidores del desinterés y de la verdad.

¿Cómo podía ser de otro modo? Una mejora social, toda reforma que tiende a elevar la cultura y la felicidad del pueblo, no es ni más ni menos que una semilla, la cual, por escogida y vigorosa que sea, no dará fruto si se la siembra en un terreno estéril. Suponed, si queréis, que el sembrador sea el más cuidadoso y hábil en su oficio, y que con entera honradez deposite en la tierra la semilla que le confiasteis. Suponed todavía que la lluvia y el sol vinieron a punto, y que ni reptiles ni pájaros ni otros enemigos llegaron a robarla. Pero ¡ay! la semilla fue sembrada en la arena, y allí se pudrió de humedad, o se quemó del calor. Lo que es dar fruto, no lo dará por los siglos de los siglos.

Sembradores de ideas, el pueblo es el terreno de la siembra. Si es un arenal, si es una roca, si es una masa de ignorantes, inútiles serán vuestros afanes. Primero hay que abonarle, fertilizarle, darle capacidad receptiva; es decir, en nuestro caso, enseñarle a leer, *habituarse* a leer, acostumbrarle a que no lea *sin comprender*.

VI

En Europa, no tardará en desaparecer el hombre analfabeto. En los países del sur, que son los menos avanzados, los analfabetos están ya en minoría. El gobierno, el municipio, el

clero, los particulares, todos se esfuerzan porque esa minoría decrezca, y de hecho, día por día es más pequeña. En Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Dinamarca, en Suecia, en Noruega, no los hay: acabaron hace ya tiempo. Los esfuerzos constantes, admirables por el método, la amplitud y la orientación, que ahora se hacen en esos países en favor de la cultura popular, no son ya para extirpar el analfabetismo sino para que cada hombre, hasta el más pobre, hasta el más rudo, hasta el más degenerado, adquiera un caudal de conocimientos que agrande su horizonte mental.

Si se estudia la historia de ese fenómeno, se verá que ahí no hubo milagro de ninguna especie, que no hace aún mucho tiempo, medio siglo o tres cuartos de siglo a lo más, ahí también había analfabetos en gran número, y que su extinción fue obra realizada *entre todos*: que se pusieron *entre todos*, clero, municipios, gobiernos, asociaciones y particulares; ricos y pobres, nativos, y extranjeros, pueblo y nobleza, hombres y mujeres, a trabajar en la obra común; a enseñar a leer y escribir, con amor, con paciencia, penetrados de que eso era un deber, una necesidad, una obra de patriotismo. Quién dio su dinero, quién su trabajo personal, quién libros, quién locales y útiles. Fue tal el impulso, tan amplio, sostenido y entusiasta el esfuerzo, que aún hoy, en muchas ciudades del norte, los problemas escolares son de los que más preocupan a todos: la prensa, el Ayuntamiento, el Parlamento, los partidos, discuten constantemente cuestiones escolares. Tener el mayor número de escuelas, las mejores escuelas, se ha vuelto punto de honor, y no solamente de honor, sino de *defensa*, de seguridad nacional; pues en el norte es ya una verdad vulgar que el pueblo de mayor cultura será el más libre, el más independiente, el más rico, el más fuerte y el más feliz.

VII

Eso, en Europa, dirá alguno, pensando acaso que estos hombres son mucho más inteligentes que nosotros. Pues no es

así; por lo menos, tratándose del europeo del norte, que es el hombre más civilizado del globo, no vacilo en decir que bajo ciertos aspectos mentales no es en manera alguna superior a nosotros. Para explicar bien esta afirmación, comencemos por descartar la palabra *inteligente*, que es muy vaga, y abraza mucho. La imaginación, la comprensión, el análisis, la generalización, el talento, la memoria, todas esas son facultades intelectuales o mejor dicho, manifestaciones diversas de la inteligencia, que rara vez se encuentran juntas en un mismo individuo. Por cierto, nosotros hacemos de estas ideas una confusión lamentable; inteligente llamamos allá al que sabe hablar; al que hace el discurso más brillante y el brindis más bonito. Al que escribe el artículo más elocuente y los versos más impresionantes, a ése le otorgamos sin reserva ninguna el título de inteligente, y dejamos en la calle a los innumerables que ni hablan ni escriben, cuando muchas veces poseen las facultades más altas, las más altas de todas, que son el análisis y la generalización. Newton, que en los varios años que fue miembro de la Cámara de los Comunes no habló sino una sola vez, para indicar que cerraran una ventana, habría sido entre nosotros calificado de medianía, y ahí se hubiera quedado, aun después de encontrar leyes de la atracción universal. Tonta y dañosa preocupación, que conduce a muchas injusticias y a muchos errores.

Inteligencia no quiere decir literatura, ni hay orden alguno de actividad humana al cual deba circunscribirse el concepto de inteligencia. La ciencia, el arte, los oficios, la agricultura, el manejo de la casa, los trabajos más humildes y silenciosos, pueden ser y son igualmente el campo en que la inteligencia actúa, y a veces con más poder y eficacia en la faena más trivial de un artesano, que en las sonajeras habladurías de un orador y en las solemnes y vanas elucubraciones de un cientista.

Decía, pues, que bajo ciertos aspectos mentales, nosotros no somos, en manera alguna, inferiores a los europeos del norte: imaginación, comprensión, talento, a nosotros nos

sobran. Véase si no cómo nuestros artesanos, nuestros hombres de letras y de ciencia, nuestros labradores, con escasísimos medios de instrucción, a veces sin ninguno, se elevan en sus producciones a un nivel que en Europa sólo se alcanza gracias a un arsenal enorme de medios de cultivo.

Y no sólo en esto llevamos la ventaja, sino también en las facilidades que la naturaleza nos presta: allá el clima es benigno, los frutos abundantes, la tierra pródiga, la vida fácil. Allá la raza y el clima dan hombres naturalmente sobrios, que sin mayor esfuerzo pueden hallar tiempo que emplear en su instrucción y en la ajena. Durante la mayor parte del año, nosotros podemos vivir al aire libre, estudiar bajo los árboles, observar la naturaleza terrestre durante el día, y por las noches, aquellas noches únicas, estudiar nuestro cielo, el más sereno, el más límpido, el más estrellado, el más hermoso de la Tierra.

No, no nos faltan ni inteligencia ni circunstancias propicias para instruirnos y para instruir a los demás. Lo que nos falta, en lo que esos hombres del norte nos son marcadamente superiores, es en *fraternidad*, en *solidaridad*. Nos han criado en el egoísmo, hemos crecido en él, lo hemos incrustado en nuestro espíritu como ideal de sabiduría, hemos hecho de él la regla por excelencia de nuestra vida práctica.

VIII

No hay sino recordar algunos de nuestros refranes populares, constantemente repetidos como dictados soberanos de la prudencia, para comprender hasta dónde el aislamiento y el egoísmo han llegado a penetrar en nuestras ideas y en nuestro concepto de la vida:

Las medias, ni de seda.

El que no sale, no tropieza.

Machete, estate en tu vaina.

El que no quiera ver visiones, que no ande de noche.

En boca cerrada, no entra mosca.

Cada uno para sí, y Dios para todos.

¿Cómo se traduce en los hechos este ideal de vida egoísta?

Sin contar la política, donde el odio, el encono, la venganza, el lenguaje acre, el interés de grupo tienen un campo de acción ilimitado; sin contar nuestra vida de provincia, tan monótona y estéril, a causa de que en cada pueblo cada familia no se trata sino con las tres o cuatro del mismo partido; sin contar nuestra avaricia que ha convertido la usura en trabajo lícito y honorable, bajo el disfraz de instituciones económicas, y hasta sin disfraz de ninguna clase; sin contar nuestra intolerancia religiosa que obliga a muchos a fingir creencias que no tienen, por evitarse enemistades y ojerizas; sin contar nuestro prurito de censura y de burla al que no viste, o se corta el pelo, o se calza, o anda, o habla, o escribe de conformidad con nuestro gusto; sin contar otras muchas manifestaciones semejantes, veamos si, por lo menos, en la vida netamente social, y donde la solidaridad es el único objeto, no hallamos vivas y amenazadoras las cabezas de esta hidra de egoísmo: Fundamos una sociedad cooperativa, un centro de estudios, una sociedad de socorros mutuos, una unión o como quiera llamársela, con cualquier fin desinteresado y altruista. ¿Qué es lo primero que se hace? Someter los estatutos a la aprobación del Gobierno, a fin de convertirlos en una ley con sanción oficial. Ninguno siente fe en que sus consocios sean capaces de cumplir voluntariamente el deber que se han impuesto a sí mismos. Se reconoce, pues, que aquella unión es ficticia, no real, puesto que no podrá vivir sobre el simple consentimiento de los asociados. Se invierte así la máxima de que la unión hace la fuerza, sin reflexionarlo, por supuesto, y se profesa la de que la fuerza hace la unión. Esto que digo no sólo cuenta para la mayoría de las asociaciones, sino para todas, aun las más desinteresadas, hasta para las que se ocupan exclusivamente en evocaciones espiritistas o en estudios literarios. Examinemos los estatutos, y no faltará jamás un artículo que trate de la *disolución de la sociedad*. Aún no se halla

constituida ésta, y ya se da como hecho que se acabará pronto, y que hay que pensar en el entierro. Es decir, reconocemos nuestra incapacidad de vivir asociados por mucho tiempo, nuestra ineptitud para trabajar juntos, y sólo admitimos como seguro e inevitable, que luego nos hemos de separar.

Al organizar la Junta Directiva, habrá sin remedio un fiscal que *acuse, que pelee* en nombre de la sociedad; que litigue, que censure; es decir, se da como hecho que la sociedad atacará y será atacada; que en su seno habrá disensiones, y que tendrá que defenderse de sus propios miembros.

El capítulo que trata *de las penas*, habla siempre de socios que serán multados, reprendidos, expulsados, y prevé y reglamenta los trámites y la forma de la expulsión. La cual viene, inevitablemente, después de algún tiempo, con más o menos escándalo, ocasionando siempre un cisma, y yéndose los *expulsados* con todo su partido, a ver cómo se vengan de los expulsadores.

Por lo general, los socios prestan juramento de cumplir las atribuciones que les marcan los estatutos, y entre las cosas que prometen solemnemente, figura *la de no trabajar contra la asociación*; como si ésta previera en cada uno de sus miembros un enemigo, y tratara de conjurar sus ataques.

Si la asociación tuvo suerte y no murió antes de inaugurarse, lo cual es muy raro, al cabo de unos años, la veremos *peleando* con otra sociedad de igual índole, que persigue exactamente los mismos fines: peleando con tal encarnizamiento, que no parece sino que una y otra al constituirse, no hubieran buscado otro objetivo que la discordia.

En suma, guerra intestina y guerra exterior; trabajo infecundo, escuelas de pesimismo, de donde los más entusiastas, los mejor intencionados salen enfermos, escépticos, a encerrarse en su casa, a practicar y a propagar *que no hay que meterse con nadie para que nadie se meta con uno*.

Así es como nosotros entendemos y practicamos la sociabilidad, y por eso, y no más que por eso, vivimos en la

semibarbarie y en la tiranía. Ahí está la raíz central de nuestro atraso, de nuestra vida de opresión, de que nos exploten los aventureros, de que nos menosprecien y nos ultrajen los otros países; de que nuestro comercio y nuestra industria enriquezca a las gentes hábiles que llegan a vivir entre nosotros, mientras nosotros vivimos siempre vegetando en una pobreza vecina a la miseria. Y por eso, porque somos egoístas, porque no comprendemos la solidaridad, acabarán con nosotros, cualquier día, los Estados Unidos o cualquier nación europea, de estas ávidas de territorios o de mercados.

Yo sé que esto que digo es doloroso y causará enojo a muchos. Pero no lo diría si creyera que ese era un mal sin remedio. El pesimismo, el lloriquear y maldecir sin tregua del propio país y de la propia raza, es la tarea más ingrata, estéril e inmoral de todas, porque no sólo ayuda a curar al enfermo sino que le deprime, desalienta y le impulsa a reconocer en la enfermedad un estado normal. “A nadie —dice Carlyle— le está bien quejarse de su país ni de su tiempo: si éstos no son buenos, ahí está él para mejorarlos, y si no se siente capaz de hacerlo, mejor será para él y para todos que permanezca silencioso”.

Ahora bien, yo creo, yo sé que la cura de éste, como de cualquier otro mal, exige, en primer lugar, que el enfermo sepa que está enfermo y que conozca su enfermedad. Y sé además, que si no está en la mano de un hombre o de un pueblo el volverse inteligente, o hermoso, o de grande estatura, o de color diverso a sí propio, sí está en su mano el volverse desinteresado y fraternal. El avanzar en la bondad no estriba, gracias a Dios, ni en el clima, ni en la raza, ni en el idioma, ni en circunstancia alguna de naturaleza material, sino simplemente en querer. Es un asunto de aspiración y nada más...

IX

Enseñar a leer y escribir es, a mi juicio, una de las necesidades más urgentes de las nuestras, y un trabajo que daría

ocupación noble y grata a los muchos que entre nosotros no saben qué empleo dar a sus fuerzas. En efecto, es sabido que en nuestro país gente de generosas intenciones, rica o instruida, no sabe qué hacer con su dinero ni con sus luces; vive una vida llena de tedio, roída por el ocio, esterilizada por el pesimismo. ¿Qué pueden hacer? La política y las discusiones religiosas no tienen incentivo por mucho tiempo. ¿Las ciencias? Ni su estudio ni su difusión están organizados de manera que puedan ocupar sino a unos pocos, y sólo de aquéllos que tienen vocación muy marcada. ¿El arte? Fuera de hacer versos llorones o eróticos, todavía no se nos ha revelado en ninguna de las manifestaciones que alcanza en las sociedades adelantadas. Queda la beneficencia, da la cual apenas conocemos las formas más rudimentarias: dar limosnas y visitar enfermos; formas que son insuficientes, por supuesto, porque las necesidades de los hombres son mucho más amplias; porque el dolor y la miseria humanos no se vencen con sólo pan y medicinas, sino que hay que curarlos en infinitas formas.

Si venimos a ver lo que pasa, por ejemplo, en una ciudad de Bélgica en materia de beneficencia, hallaremos cosas que nunca hemos soñado. A más del Asilo de Huérfanos, del Instituto de Sordomudos, del Hospital, del Asilo de Ancianos, de la Sala Cuna, del Asilo de Noche, del Bocado de Pan, de la Gota de Leche, del Sanatorio de Tuberculosos, encontraremos, por ejemplo en Amberes, cantinas maternas que alimentan a las mujeres encinta, gratuitamente, dos meses antes y uno después del alumbramiento, a fin de que el niño nazca y crezca robusto y sano; la Sopa Escolar, que mantiene llenas las escuelas, pues los niños de la gente más pobre son los más interesados en llegar a ellas; el Kindergarten, donde millares de niños de sirvientes y obreros pasan el día y toman un excelente almuerzo, mientras las madres van a su trabajo; colonias escolares, donde cada año van centenares de muchachos débiles y enfermizos, a reponerse

con aire puro y buena comida; el Monte de Piedad, que da dinero al 8% anual, y que guarda las prendas veintiséis meses para que los dueños las recojan; y cuando las vende, guarda el sobrante íntegro de la venta seis meses, para que lo reclamen aquéllos; la Obra de Vestuario Escolar, que viste año por año a millares de niños pobrecitos, a fin de que no dejen de asistir a la escuela; la colecta de *Le Matin* que sube de diez mil francos anuales, y que se emplea en comprar vestidos y zapatos a los niños que salen convalecientes de los hospitales, a fin de que no recaigan enfermos a causa de la desnudez. La Sociedad Protectora de los Niños Mártires, que los defiende, los recoge y los educa. La Liga Social de Compradores, formada de las personas más ricas y encumbradas, que trabajan porque a los obreros y empleados de cada oficio se les pague un buen salario y se les dé el necesario descanso; la Sociedad para la Protección de Niños Anormales, que los educa en escuelas especiales y les enseña un oficio; la Casa del Trabajo, que proporciona inmediatamente ocupación al que la solicita, a fin de que no se vea obligado a pedir limosna; los puestos de socorro, en diversos puntos de la ciudad, para auxiliar a los heridos, golpeados, etc., etc., mientras llega el médico o se les lleva a un hospital; la Escuela Desmontable, que se arma como un circo y se lleva a los lugares más apartados de los centros educativos, durante algunos meses, a fin de que los niños de tales barrios puedan recibir instrucción; la Sociedad Protectora de las Jóvenes, que vigila a las muchachas que van del campo a la ciudad en busca de trabajo, las recibe en la estación, las instala, les busca empleo y las guarda de la seducción, y especialmente de los que ejercen la trata de blancas; los calentadores públicos, donde en el invierno los pobres encuentran calor, un vaso de vino y un trozo de pan; las sociedades protectoras de los marineros, de inmigrantes sin trabajo, de extranjeros desvalidos; los cursos gratuitos en la Universidad Popular; en fin, cuanto

pueda imaginarse para llenar las necesidades más variadas; y todo eso, con dinero de los particulares más bien que del gobierno o del municipio. Estos ayudan con algo a las asociaciones que más lo necesiten; pero la gran parte del trabajo y del dinero que se gasta en esas obras, viene de la colaboración voluntaria, constante, gustosa, de millares de ciudadanos. Estos se entusiasman, se enamoran de sus sociedades, y la obra realizada en común viene a ser un *ideal*, un vínculo que les une, un motivo para vivir y amar la vida.

Entretanto, ya se hizo entre nosotros refrán aquello de que en Centroamérica, el único ideal por que se puede luchar y morir es la causa unionista. Si es así, ¡ay de nosotros porque nación tan desdichada, donde los múltiples y grandes intereses humanos conmueven a nadie; donde el trabajo, la educación, la salud, la fuerza, todas las manifestaciones y necesidades de la vida son vistas como insignificantes; naciones tan infelices, digo, no tienen más porvenir que un próximo desaparecimiento!

Porque ahí donde el egoísmo es la regla, el aislamiento el método y el pesimismo el alma, la muerte ha de venir, inexorable, y no se alcanzaría a evitar con todos los gritos, protestas y discursos del universo.

Pero, a Dios gracias, no estamos tan enfermos como parece, ni el egoísmo es allá orgánico. Hay un error de orientación y nada más. Las generaciones actuales, creadas en la antigua superstición de que el gobierno es Dios, y la política el trabajo útil y noble por excelencia; mal informadas sobre cómo se lucha y se progresa en los pueblos cultos; ignorantes de lo que puede la asociación, porque todavía no conocen *los verdaderos* métodos para el trabajo en común, y porque las tiranías no han dejado desarrollarse el espíritu y la costumbre de la sociabilidad; y para decirlo de una vez, engañadas casi siempre, o mal conducidas por mentores que no perseguían fines desinteresados o que no tenían la preparación suficiente

para conducir las, se están ahí, inertes, descorazonadas, viendo llegar un peligro que juzgan inminente, en vez de ponerse a la obra de *hacer un pueblo* que responda a las exigencias de la vida contemporánea. No es corazón e inteligencia lo que nos falta, no es capacidad de trabajo ni de sacrificio, sino método, orientación, sistema. Nosotros *podemos, debemos* hacer lo que han hecho los pueblos del norte de Europa, lo que hace Chile, lo que ha hecho Estados Unidos, lo que han comenzado Italia y España: formar un pueblo de cultura homogénea, con aspiraciones comunes; forjar una nación en que los vínculos únicos no sean los recuerdos, la raza y el clima, sino la vida espiritual, el designio sistemado de *elevarse* por el esfuerzo de *todos para todos*.

Y en este camino, entiendo que lo primero que hemos de hacer es extirpar el analfabetismo; no fundar perezosamente hoy aquí, mañana por allá, una pobre escuela que da míseros frutos, sino enseñar a leer y escribir a todos, hasta a los ciegos y sordomudos, a fin de ponerles en aptitud de recibir la luz, de adquirir ideas, de comprender y de actuar.

X

La primera y ya grande ventaja que nos reportaría el acometer esa empresa, sería la de que tendríamos, *por primera vez en la historia*, un ideal común, generoso, fuerte y duradero, que vendría a *unirnos*, a vincularnos, a borrar tantos motivos de odio y separación que nos han dejado las luchas políticas y las rencillas religiosas.

Porque, nótese bien, nosotros no somos, no constituimos, todavía una patria. Error lamentable el de creer que la temperatura, el paisaje, la raza, el gobierno, ni aun el idioma, bastan para constituirla. De todos esos lazos, el de mayor potencia, que es el

idioma, no basta, sin embargo, para que un grupo tan grande como se quiera de hombres, pueda formar una patria. Esta es sobre todo una creación moral, y su núcleo se encuentra en la comunidad de aspiraciones, sostenidas y perseguidas por el común esfuerzo. Ahí donde los hombres, sea cual fuere su color, su origen, sus costumbres, persiguen un mismo fin, del cual han hecho el más alto objeto de su vida, y para alcanzarlo se avienen a trabajar, a sufrir, a ayudarse, a sostenerse, a tolerarse, a confraternizar, ahí hay una patria o se halla en capacidad de nacer. Mientras que la simple aglomeración de gentes sin ideales comunes, sin aspiraciones profundas que les vinculen y sostengan, así sea de hombres que parezcan todos gemelos por la estructura física, y coman, beban, se muevan, duerman y en todo vivan como si fueran infinitos ejemplares de un mismo tipo; éstos, digo, no tienen cohesión, no son patria; son cosa deleznable, que puede trozarse, como un árbol, como una piedra, como un bloque de arcilla, como un montón de arena. Esos son los pueblos de fácil conquista, a quienes un vecino poderoso despedaza, o absorbe sin trabajo, cuando bien se le antoja. Entretanto, ahí donde hay verdadera patria, donde un pueblo vive por y para una idea, la conquista no llega, o si llega, es como las olas cuando asaltan y cubren una roca, que luego reaparece fuerte e incontrastable. Ese es Israel, a quien nadie pudo jamás destruir; esa es Flandes, que subsistió a través de la dominación de Austria, de España, de Francia, de Holanda. Ese es el Transvaal, a quien Inglaterra, con todo su poder, no pudo subyugar sino en apariencia.

Decía que los salvadoreños, pocas veces, y cada vez por escaso tiempo, hemos sentido la fuerza, el ardor, la energía que provienen de un ideal común. Sin haber llegado a la infeliz situación de otros pueblos vecinos, donde la mitad de los habitantes se esfuerzan por dañar a la otra mitad, podemos decir que aún no hemos alcanzado la cohesión necesaria para constituir

verdaderamente un pueblo. Avanzamos, gracias a Dios: ya se olvidó el sanmiguelismo, cuando San Miguel era la *ciudad* y lo demás el pueblo; ya se acabó el cacicazgo de Cojutepeque, cuando el capricho de un caudillo sublevaba las masas de indios y las lanzaba a la revuelta; ya casi está extinguido el santanismo, cuyo lema era “que gobierne Santa Ana, y poco importa si hay libertad o tiranía”; ya no es más que un recuerdo aquel odio salvaje entre estudiantes y artesanos, cuando en San Salvador unos y otros debían andar siempre agrupados, a fin de no caer en emboscadas; ya no hay aquella tirria permanente entre *masones y conservadores*, que autorizaba todos los ataques, hasta la calumnia, la injuria, y el escarnio; ya no existe el insolente desprecio de militares a paisanos, y el menosprecio disimulado de paisanos a militares. Todo eso se fue, y podemos con justicia estar contentos de nuestro progreso en el camino de la fraternidad. Pero no basta; aún queda la separación profunda entre la clase campesina, indios los más, o semi-indios, que forman los tres cuartos de la población, y la otra cuarta parte de privilegiados, que vemos con la indiferencia más cruel y absurda la suerte de quienes son, podemos decirlo, el nervio del país, los que labran la tierra, y a quienes no volvemos los ojos sino en momentos de simulacros electorales, o cuando hay guerra, para que vayan a que los maten sin saber por qué. Nos imaginamos que el indio, el mestizo del campo, una vez que sacó su tarea, o crió la gallina, o nos vendió el haz de leña, o nos acarreó el maíz, si le pagamos, nada más merece. Si a más de eso le vendemos *guaro* barato y le soterramos en la cárcel cada vez que el *guaro* le convierte en fiera, ya tiene de nosotros cuanto necesita. Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian, y el escollo en que se romperán, mientras subsista, todos nuestros esfuerzos por la civilización del país. Porque este país, tal como se halla ahora constituido, es un monstruo. Es algo

como la antigua Esparta, donde un puñado de ciudadanos tenía a su cargo una inmensa cantidad de ilotas. La palabra es dura pero exacta. Y si no, aquí están los hechos: ahí, a las puertas de San Salvador, en San Marcos, Panchimalco y casi todos los pueblos circundantes, los pobladores, en su gran mayoría, son verdaderos parias, crasamente ignorantes, tan distanciados de la mentalidad capitalina, como un habitante de París puede hallarse respecto de un negro congolés; en Nahuizalco, pueblo de once mil indios, viven éstos en tal suciedad y abandono, como si fueran habitantes de la más apartada región de la Oceanía; en las grandes plantaciones de café, en tiempo de la corta y del beneficio, hombres y mujeres viven como animales, entregados a una promiscuidad tan grosera, como si en doscientas leguas en contorno no hubiera trazas de civilización; en la casi totalidad de las poblaciones menores de seiscientos habitantes, es un hallazgo encontrar por toda lectura un almanaque de Bristol, y el Oráculo; en todas las aldeas, valles y caseríos y hasta en poblaciones de tercer orden la religión no es más que un tejido de supersticiones groseras: las gentes aprenden oraciones para curarse, el duende seduce a las muchachas, la siguanaba espanta a los caminantes, los hombres cortan hierbas mágicas y les sacan la piedra a las culebras, para vencer a sus enemigos; el credo, recitado al revés, es de una eficacia indiscutible; a los niños se les inspira el terror con los fantasmas; la cantárida, los huesos de *pocuyo*, los pelos de gato negro, las alas de murciélago, la flor del amate, cortada a medianoche, son el arsenal favorito de los curanderos y hechiceros; en Talpa, al haber elecciones, las cuadrillas de *electores*, que no saben qué es elegir, para qué se elige, ni cómo se elige, se cogen a machetazos y se matan por docenas. Leyendo durante meses seguidos la crónica de los diarios en este año de 1913, he encontrado que el hecho frecuente, el suceso diario es el asesinato, el machetazo, el balazo; en cantidad tal, que si eso sucediera en Holanda, en Bélgica, en Suiza, países cuatro o cinco veces más poblados que el nuestro, las familias emigrarían, aterrorizadas.

La vida ordinaria del peón, tal como yo la he visto por más de diez años, se reduce a esto: de martes a sábado, *tarear*; el domingo, emborracharse, pegarle a la mujer, machetearse con los compañeros; el lunes ir a la cárcel y empeñarse por un mes de trabajo para pagar la multa. En caso de enfermedad, el indio, la india, mueren entre nosotros por falta de médico y de medicinas y por ignorar hasta las más triviales nociones de la higiene.

Y todo eso en un reducido territorio de treinta y cuatro mil kilómetros cuadrados; tan poblado, que bien puede considerarse como una sola y gran ciudad; donde la instrucción habría de circular de extremo a extremo, y no como ahora estancarse en la capital, y a lo sumo en tres o cuatro ciudades más.

De cierto, si de nuestro millón y doscientos mil habitantes entresacamos los que tienen una cultura media, homogénea, no llegamos a los doscientos mil. El resto es masa, tiniebla. Es decir, que el país resulta, como ya dije, un monstruo: pequeña cabeza que vive en la luz sobre un cuerpo enorme que vive en la sombra. ¡Y con elementos así, se pretende tener libertades, respeto a la ley, salubridad, moralidad y cultura!...

En los dos años últimos, los salvadoreños han viajado mucho por Europa; han andado por Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Holanda, Inglaterra, y algunos hasta por Suecia y por Noruega. Momentos ha habido en que, según mis cuentas, había en París doscientos de mis compatriotas. Había médicos, abogados, profesores, agricultores, comerciantes e industriales. Pues bien, que digan éstos, con la mano puesta en el corazón, que digan delante de Dios: después de lo que han visto, ¿creen que nuestro país esté siquiera a la mitad del camino que en Europa recorren los que se llaman pueblos cultos?

Y ese atraso lamentable, ¿en qué estriba sino en que sólo nos cuidamos de la cultura de unos pocos y descuidamos enteramente la de la inmensa mayoría?

¿Laboratorios? Bueno está. ¿Observatorios sísmicos? Muy bueno. Pero si un día vuelven los indios de Cojutepeque, como la

otra vez, vean dónde entierran los instrumentos y las retortas, porque a los indios les enojan las cosas *inútiles*, y éstas no son de las que resisten a los machetazos.

Y en cuanto a elecciones, ya veis que los indios de Talpa saben votar con el machete, y que si son libres, cual lo fueron el año de 94, los comicios ilustres de Panchimalco abrumarán por el número y la unanimidad a los electores de San Salvador.

No, todo eso es majar en hierro frío: si no se comienza por el principio, inútil será como ha sido hasta ahora, cuanto se escriba y se legisle tendiente a organizarnos según el molde de los pueblos cultos. Y el principio es elevar el bajísimo nivel mental de la mayoría; para eso lo primero, enseñarles a leer y escribir.

Claro que en un país como éste, hay otras necesidades a cual más grandes y urgentes. Casi puede afirmarse que todo está por hacerse, y que a esas muchedumbres de campesinos ignorantes habrá que enseñarles muchas cosas: a no comer en el suelo ni con las manos, a lavarse la boca, a no tener piojos, a no quedar bien con la novia quemando un billete de banco, a no beberse tres vasos de aguardiente de una vez, a no asesinar por cincuenta pesos, a no dar de machetazos al buey de su enemigo, a no cortar el árbol del camino, porque sí; a no matar a pedradas a los zopilotes y a los sapos; para divertirse, a no sacar el revólver por todo y para todo, a no sentirse dioscecitos cuando se les nombra comandantes, a no colgar de los dedos, por orden superior, a no tener miedo del cantil y de la chinchintora, a saber que Dios no es un gran viejo de barba larga, y a que las reliquias y los escapularios no libran del infierno a quienes los llevan, si al mismo tiempo son ladrones, asesinos y estupradores. Sí, todo eso y mucho más que eso habrá que enseñarle a nuestro millón de pobres ignorantes, si queremos hacer de ellos un pueblo. Mas como no se puede todo a un tiempo, y, como un último resultado, todas esas cosas han de basarse sobre un mayor desarrollo mental, vendremos siempre a la conclusión de que el principio ha de ser enseñarles a manejar el instrumento esencial y rudimentario de la cultura, que es el libro.

XI

En otras épocas los libros no eran indispensables, ni el saber leer condición necesaria para instruirse. Una organización social diferente, permitía que los conocimientos más importantes se transmitieran y se conservaran de viva voz. Así la historia se mantenía por la tradición, y las enseñanzas morales por medio de la predicación. Si a esto se añadían los viajes, ya casi estaba agotado el arsenal de la cultura. Mas ahora, todo ello ha sido substituido por el libro; predicar, no sabemos: por que el predicador verdadero ha de ser pobre, con pobreza total, voluntaria y gozosa, y la pobreza nos causa horror. Cuanto a los viajes, son carísimos, requieren el estudio de varios idiomas, mucho tiempo y una cultura avanzada. A decir verdad, el viaje fue siempre un medio excepcional de instruirse, el último grado de una carrera. La tradición, que nos ha prestado inmensos servicios, dejó de ser necesaria el día en que se inventó la escritura, y fue superflua cuando se descubrió la imprenta. Actualmente sólo el predicador estaría en capacidad de ser un maestro eficaz, en estos países donde el libro no puede apenas ser utilizado. Mas ya sabemos que no hay predicadores. No los hay ni para el Evangelio, desconocido ahora hasta de los que pretenden profesar sus doctrinas. No los hay, no los tendremos, y es inútil hablar más del asunto.

Resta, pues, la lectura, como único medio de comunicación espiritual. Aquel a quien le enseñemos a leer, será, ni más ni menos, un esclavo redimido, uno a quien habremos dotado de un maravilloso poder, enseñándole a penetrar en los secretos de la naturaleza material y espiritual del mundo. De ahí en adelante, él será dueño de su destino, porque a voluntad podrá elevarse en la escala de la ciencia y del bien; no, como ahora, un desdichado hambriento que tiene al alcance de la mano el pan, mas no sabe distinguirlo de una piedra.

XII

¡Leer!... ¡qué fuente de mejoramiento y de goces! ¡Qué alivio cuando se está enfermo, contando las interminables horas de la convalecencia; qué fuerza en la tribulación, cuando parece que todo camino se ha cerrado; qué compañía en el destierro, en la prisión, o en la vida solitaria del campo; qué varita mágica para mostrarnos el secreto de las cosas y de los seres; qué llano sendero para visitar los países desconocidos; qué adivinación para entrar en el pensamiento de los hombres que más hondo pensaron; qué instantánea comunión con aquellos que fueron mártires de una noble causa, cuyos sentimientos y sacrificios repercuten en nuestro propio corazón; qué luminosa escala para subir desde el polvo hasta el cielo, viendo la real jerarquía de todas las criaturas; qué revelación de nuestro propio valer, que nos asienta sobre la verdad y nos hace sentir que somos libres, hermanos e iguales con todos los hombres...!

Un solo libro, una simple novela de Tolstoi, de Víctor Hugo, una fantasía de Julio Verne, un romance histórico de Dumas, encierran tesoros de pensamientos y de goces. La sola lectura de *Los Tres Mosqueteros* de Dumas, que he leído diez o quince veces, significa en mi vida haber triunfado del fastidio y de la tristeza en muchas horas negras, en las cuales, sin esa grata compañía, me habría entregado quizá al traidor consuelo del vino.

En una aldea de ultralempa conocí a un hombre ya viejo, trabajador honrado, con numerosa familia, a quien su pobreza no le permitía diversiones costosas. Sabía leer, muy despacio, pues aprendió apenas los rudimentos de la lectura, y tenía por toda biblioteca *El Conde de Montecristo*, en tres grandes volúmenes con láminas, y esa era su mina. Todas sus horas libres leía su novela, que, naturalmente, cada vez comprendía y saboreaba más, y de sólo ese libro aquel aldeano había sacado sobre la sociedad y la vida una infinidad de ideas, de

observaciones y de juicios, que hacían su conversación tan grata como la de un hombre educado. Este no es un caso singular. Son innumerables los hombres que no han leído sino uno o dos libros, desde los profetas hebreos que sólo se instruían en la Biblia, hasta el campesino ruso Bondaref, que aprendió a escribir a los sesenta años, no leyó nunca sino el Antiguo Testamento, y nos dejó un libro suyo, *El Trabajo*, que es una de las obras más grandes de los tiempos modernos.

Los hombres ilustres, los sabios, escritores, pensadores, que no estuvieron en la universidad ni en los colegios, y que se instruyeron ellos solos, leyendo, son incontables. Porque toda ciencia está en los libros y en la vida, y el que sabe leer y observar, posee el secreto de la sabiduría.

XIII

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. ¡Qué terrible sentencia ésta y qué exacta para aplicarla a los analfabetos! Los libros, ahí están junto a ellos; van de mano en mano, enseñando, corrigiendo, desvaneciendo errores, consolando tristezas, ni más ni menos como la luz del sol que todo lo esclarece, vivifica y llena de hermosura. Pero a ellos, ¿qué? Son ciegos, y no irredimibles como hechos de naturaleza, sino curables, fácil, sencillamente curables. Sus ojos están cubiertos apenas por un velo; una simple nube les estorba mirar. Descorred ese velo, alejad de un soplo esa nube, y vuestro hermano verá y comprenderá; el mundo de la inteligencia le abrirá sus puertas, y aquel ignorante podrá tornarse un hombre, y quien le enseñó a ver, podrá decirle con justicia: “ve y anuncia que los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos caminan y los muertos resucitan”.

Lector, más de una vez mientras leías estas páginas habrás pensado, acaso: sí, así es, así es sin duda, pero yo no tengo la

culpa sino el gobierno. ¿No coge cada año quince millones de pesos? ¿Por qué en vez de cañones, y palacios, y embajadas, y fiestas, no gasta en escuelas? Suya es la culpa y no nuestra.

XIV

Vamos a cuentas: en primer lugar, los *impuestos* que recoge el gobierno —la palabra misma, impuesto, lo está diciendo— no son voluntarios, sino forzosos. Pagamos, porque se nos obliga a pagar; no damos sino que se nos quita. Si mañana el gobierno dijera: pague cada uno lo que guste, y si no quiere no pague nada, con seguridad las rentas anuales no alcanzarían a la tercera parte de ahora. Por una o por otra razón, allá nos resistimos siempre a pagar los impuestos, no sólo al gobierno sino a los municipios. Es vieja la historia de San Salvador y demás ciudades, donde el Ayuntamiento anda siempre inventando un arbitrio para que los contribuyentes enteren lo que deben. Ahora bien, si yo, de mi bella gracia, voy donde alguno y le digo: tome usted para que lo gaste en la iglesia, con perfecto derecho le podré luego reclamar la debida inversión de mi donativo; pero si ese alguien me sale al camino y por fuerza me quita lo que llevo, sería el colmo del candor que luego pretendiera yo disponer en qué, cómo y cuándo había de gastar lo que me quitara.

Así pues, el dinero que nos quita el gobierno, no tiene qué hacer en la cuestión. Si como invierte una parte en escuelas, no invirtiera un céntimo, el resultado sería el mismo: que nuestra voluntad no fue consultada; que no hemos *dado* nada, y mal podemos entonces exigir que se gaste conforme a nuestro gusto.

En segundo lugar, es una hipocresía decir que es el gobierno quien descuida la enseñanza primaria y no nosotros. Esa mentira, no por haberse vuelto crónica ha dejado de ser

una mentira. Tema de discursos callejeros, cliché de artículos de diarios; eso es entre nosotros el pretendido afán de educar al pueblo en la escuela primaria. Pero la verdad es que jamás se ha hecho una revolución, entre tantas que se han hecho, porque un gobierno no pagaba el sueldo de los maestros; que en épocas en que el gobierno pagaba exactamente a militares, jueces, administradores de rentas y demás personal administrativo, a los maestros de escuela se les debía hasta catorce meses, y nadie, lo que se llama nadie, había escrito ni siquiera una carta para suplicar que se les pagara; que los ciudadanos ven con la más perfecta indiferencia que la escuela se cierre, para dar la casa al inspector rural, y hasta al circo de volatineros; que jamás se ha formado una asociación para suplir su sueldo, a módico interés, a los maestros en caso de pago tardío, sino que aquéllos son siempre víctimas de los usureros más despiadados; que lejos de que el vecindario se cuide de que los muebles, libros y útiles de cada escuela se conserven lo más posible, el material desaparece constantemente, parte vendido por los mismos maestros, forzados de la necesidad, parte distraído por empleados de más categoría, que se llevan a sus casas cuanto les parece utilizable. La esfera, el mapa, el telurio, el diccionario, por casualidad quedan en la escuela: la regla es que vayan directamente a casa de quienes más pueden, y que los vecinos, no sólo no lo tienen a mal, sino que están dispuestos a imitarlo cuando les llegue su turno.

En justicia hemos de confesar que allá, cuando un gobierno hace algo por difundir la enseñanza primaria, lo hace porque él quiere; no porque nadie le fuerce a ello.

En tercer lugar, no es razón aquella de que pagamos impuestos, y que eso nos releva de toda obligación. En Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Inglaterra, los ciudadanos pagan muchísimo más que nosotros, y allí también los gobiernos derrochan y malgastan, sin que a nadie se le ocurra que no debe por eso trabajar para la cultura del pueblo.

Si a un ciudadano de San Salvador le gravaran con los impuestos que pesan sobre un ciudadano de Amberes, de París, de Génova, moriría gritando que le habían dejado en la calle, o se iría a una tierra vecina a preparar la revolución. En sólo un año el municipio de Amberes, que ya cobraba 27 millones de francos anuales, aumentó los impuestos de la ciudad en *un millón y medio de francos*, y ninguna de las numerosas asociaciones que sostienen escuelas, asilos y otros institutos benéficos, con su propio dinero, dejó de trabajar, ni se echó a la calle a decir que ya no podría continuarlo.

Los habitantes de esos países sufren tales cargas, que en justicia puede dudarse si trabajan únicamente para el fisco; y a pesar de eso, dan incesantemente su tiempo y su dinero, a la obra de beneficencia y de cultura popular.

Porque eso es para cada uno un deber, y de su cumplimiento no se considera relevado porque los que gobiernan sean locos o mal aconsejados.

Si bien se considera, la acción del gobierno, hasta en los países más bien organizados, es de poco alcance siempre que se trate de una obra muy extensa y muy ramificada. El gobierno puede mucho en aquellas cosas que tiene a la mano, bajo su acción inmediata; pero desde que se pasa al terreno de las cosas complejas, la cultura primaria, verbigracia, el gobierno no puede mayor cosa.

Si los municipios y los particulares no desplegaran tanta iniciativa, la cultura de los países a que me he referido no existiría sino a medias.

Esa impotencia del gobierno crece a medida que la centralización del poder es mayor, llegando al extremo ahí donde el gobierno es una tiranía franca. Es un ejemplo notable de lo dicho, el gobierno de Porfirio Díaz en México. Este hombre, a quien tantas gentes declararon estadista insigne y a quien sólo les faltó erigirle altares, no pudo en treinta años de gobierno absoluto cambiar en un ápice la ignorancia y las malas

costumbres de las masas. Apenas dio la vuelta, el desorden, la rapiña, el bochinche surgieron otra vez, y ahí está México, tras de cinco años de revuelta, como si jamás hubiera conocido la paz y el trabajo.

No, no es lo mismo poner el pie sobre un pueblo y obligarle a estarse quieto, que enseñarle a que se esté quieto por su propia y consciente determinación. Oprimir es una cosa, educar es otra. Que los déspotas se contenten con hacer ferrocarriles, puentes, monumentos y otras creaciones meramente mecánicas, para las cuales no se necesita sino dinero. Mas el formar hombres, el conducir y elevar el alma de las gentes, el enseñar libertad y cultura, nunca estuvo, nunca estará a su alcance. Porque nadie puede dar lo que no tiene; porque, según el dicho de Jesús, no se cogen flores de los espinos, ni uvas de los cabrahígos.

XV

Así, pues, dejemos en paz a los gobiernos.

Que el gobierno haga lo que pueda; que procure no estorbarnos, que no nos hostilice, y basta. Si a más de eso logra hacer algo, real y verdaderamente *hecho*, no *declamado* y puesto en el papel en forma de ley o decreto, entonces, gracias le sean dadas, y que la gloria guarde su nombre más allá de cien años.

Y dejemos también en paz las razones de conveniencia y de política, que de ningún modo son el móvil principal de nuestra propaganda. Era necesario hablar un poco a los que no quieren trabajar sino por la *Patria*, por la *Nación*, por el *Estado*. Necesitamos la colaboración, por lo menos la benevolencia de todos, a fin de que la obra no se vea obstaculizada; y los hombres de la política son muy de temer cuando ven una idea con desconfianza o con enojo.

Pero a quienes deseamos verdaderamente convencer y persuadir, es a los hombres fraternales que ven en el perfeccionamiento de su prójimo la preferente ocupación de su vida, su aspiración más elevada.

Te hablamos a ti, hombre sencillo, quienquiera que seas; a ti, mujer sencilla, rica o pobre, culta o iletrada, sirvienta o patrona; a ti, niño de escuela y del colegio; a ti, obrero del campo o de la fábrica; a ti, caporal de la finca, conductor de la recua, jefe del almacén y del taller; a todos vosotros, innumerables gentes que tenéis por resumen de toda ciencia, por único lema de partido, por único sistema filosófico, la sentencia aquella que marca el mejor derrotero de la vida del hombre: “ama a tu prójimo”.

A tu prójimo, es decir, al que está próximo a ti, a todo aquel que de una u otra manera relaciona su vivir con el tuyo; a todo aquel sobre quien ejerces autoridad o influencia: tu criado, tu peón, tu amigo, tu discípulo, la mujer que te lava y aplancha, el artesano que hace tus muebles o tu vestido, el basurero que limpia tu casa, el vecino de tu barrio, el habitante de tu aldea.

Ama a tu *prójimo*, trabaja por tu prójimo.

Y entre las necesidades de tu prójimo, hay dos que son la vida misma: a saber, el pan y la luz. Sin pan, no podemos vivir. Sin luz tampoco. La religión de Budha enseña que la ignorancia es la raíz de todos los males. Por ignorancia se asesina, se roba, se miente, se usurpa y se tiraniza. Dondequiera que encuentres envidia, odio, desesperación, servidumbre y despotismo, si escudriñas, encontrarás que hay ignorancia total o parcial. Desde el momento en que el hombre *comprende*, llega al *fondo de las cosas*, deja de hacer el mal.

Ahora bien, debemos a nuestros prójimos el pan y la verdad, y así como la mejor manera de satisfacer la primera necesidad es enseñarles a trabajar, la mejor manera de llenar la segunda es enseñarles a estudiar.

XVI

Si llega a tu puerta un hambriento, es seguro que le darás pan. Aunque no tengas más que lo indispensable para el día, le darás una parte, si ves que de veras padece hambre. Si el día anterior los ladrones te robaron tu dinero, tus joyas, cuanto poseías de valor, y te dejaron arruinado, no por eso rehusarás a aquel hambriento el pedazo de pan que necesita.

Si el gobierno absorbió la mayor parte de tu trabajo con locas o excesivas contribuciones, de seguro no dirás al hambriento: ve donde el gobierno a que te alimente. Si tus vecinos son ricos, si rebalsan de oro, y no le quieren dar nada, no se te ocurrirá decirle: si ellos no te dan, yo mucho menos. Tampoco te detendrás a averiguar si aquel necesitado está en la miseria porque dilapidó su haber en la pereza o en el vicio. No, lo que seguramente harás, sin reflexionar, sin acordarte de los ladrones que te arruinaron, del gobierno que te extorsiona, ni del rico que tanto posee; lo que harás sencillamente, sin argucias, sin filosofías, será coger un pedazo de pan y dárselo al mendigo. ¿Por qué? Porque tu conciencia te ha enseñado que dar de comer al que tiene hambre, no es un principio filosófico, ni un deber social, ni un precepto político, sino una *obra de misericordia*, es decir, de algo que está por encima de la propiedad, de la política, de la filosofía y de la justicia; porque la voz que te dice *da*, no viene de los hombres ni del tiempo, sino de tu espíritu y de la Eternidad; no viene de las cosas sino de Dios.

Al mismo nivel que *dar de comer al que tiene hambre*, se halla entre las obras de misericordia la de *enseñar al que no sabe*. Porque una y otra satisfacen las dos primordiales necesidades del ser, que son conservar y perfeccionar la vida del cuerpo y la vicia del espíritu. El hombre es un ser doble: materia y espíritu, vinculados de tal manera que todo acto del uno refluye e influye sobre el otro. Así que, cuando abandonas

o descuidas el enseñar al que no sabe, cometes un pecado tan grande como si negaras el pan al que tiene hambre.

Y aquí tocamos con el lamentable yerro que cometes cuando abandonas en manos del gobierno el cuidado de la enseñanza. ¿Por qué no le confías también la iglesia? ¿De dónde has aprendido que el ejercicio de la caridad, de la piedad, es cosa que puede renunciarse en manos de representantes? La obligación tuya de dar de comer al que tiene hambre, de enseñar al que no sabe, de dar de beber al que tiene sed, es irrenunciable. Tu amigo, tu hermano, tu padre, tu propia madre no tienen derecho de eximirte de esas funciones. ¿Y había de tenerlo un gobierno? Tanto valdría decir que podemos confiar al gobierno el cuidado de amar a Dios por nosotros, de ser religioso por nosotros.

Verdad es que los que gobiernan, y especialmente los que sostienen su prestigio con la pluma y con la palabra, son propensos a creer que el que gobierna es Dios o semidiós. Por eso han inventado multitud de teorías para convencer a los pueblos de que el Estado y sus representantes, poseen no sé qué derechos sin límites, no sé qué bondad y sabiduría supremas, que les permiten substituir con ventaja a los individuos hasta en las funciones más personales y más graves. Mas para un cristiano y aun para todo creyente, no es posible colocar al Estado en vez de Dios, y entre amar a Dios sobre todas las cosas y someterse al Estado en todos los casos, preferirá el amor a Dios y cumplir él mismo sus mandamientos, directamente, y no confiarlos al Estado, que los cumple casi siempre muy mal o no los cumple de ninguna manera.

XVII

Conviene que concretemos bien este asunto, a fin de que la norma de nuestra conducta en lo relativo a dar el pan y la enseñanza quede perfecta y claramente determinada.

Supongamos que yo vivo en una aldea, que soy padre y que toda mi instrucción consiste en saber leer y escribir. Yo he notado que la escuela de niños de mi aldea pasa lo más del año cerrada, o que si está abierta es a cargo de maestros que por una u otra causa, no hacen adelantar a los muchachos. Además, hay bastantes adultos que no saben leer y escribir, entre ellos mi peón y mi criada. En el Diario Oficial he leído un artículo en que, entre muchas cosas que no entiendo, se dice que el gobierno, que “vela paternalmente por todos nosotros, en su incansable afán de progreso, piensa fundar escuelas hasta en los últimos caseríos; que a medida que las circunstancias del erario lo permitan, el maestro, ese apóstol, ese mártir, ese... irá difundiendo la luz hasta en los últimos ámbitos del país; que tan pronto como otros ingentes y perentorios intereses no absorban su atención; que apenas haya cumplido con el imperioso deber de restablecer el crédito y asentar las finanzas sobre científicas bases, etc., etc., entonces habrá escuelas para niños y grandes, conforme a los procedimientos más avanzados, etc., etc., etc.”.

Le muestro el artículo a mi compadre Chico, hombre curioso y amigo de guardar papeles, y da la casualidad que en un diario de hace diez años que tiene en el asiento de su cofre, hay otro artículo tan parecido al de hoy, que sin duda éste es hijo legítimo del primero. Mi compadre asegura que si tuviera tiempo de rebuscar hallaría otro artículo que, sin duda, es el abuelo del que acaba de aparecer.

Vamos los dos a tratar del caso con el doctor del pueblo, y éste nos afirma que “mientras el gobierno esté en manos de esos retrógrados, de esos conculcadores, de esos violadores de las leyes, etc., el pueblo yacerá en la ignorancia; que el único remedio es hacer la revolución y llevar a la presidencia al invicto, al eminente, al preclaro ciudadano F. de T. que está pronto a sacrificar su tranquilidad en aras de la patria, etc., etc.” Yo casi me avengo al parecer del doctor, pero el compadre Chico

dice que lo vamos a pensar, y ya en la calle me dice que si no tengo memoria; que me acuerde que eso se decía hace cinco años para subir a X, hace diez años para trepar a N, y hace quince años para encaramar a Z. Vuelvo yo a mi casa, y reflexiono. Como no tengo ningún motivo para dudar de las excelentes intenciones del gobierno de hoy ni del que habrá cuando suba el candidato del doctor, ni del que hubo antes del que hay ahora, vengo a caer en la cuenta de que todos ellos desearon, desean y desearán instruir al pueblo y enseñar a todos a leer y a escribir; solamente, que, puesto que no lo han hecho todavía, es sin duda porque la cosa les resulta a ellos muy difícil.

Esperar a que el erario se desahogue, que los otros imperiosos deberes se llenen, que el crédito se restablezca, que las finanzas se asienten y que las circunstancias permitan, es cosa grave. Ya van tres generaciones que se quedan sin aprender a leer y a escribir, esperando todas esas cosas, y la prudencia me aconseja buscar un camino más *derecho*, una vereda si es que no se puede andar por el camino real.

Una vereda...

De pronto me acuerdo que el Catecismo, al hablar de las obras de misericordia espiritual, dice: *La primera, enseñar al que no sabe...*

¡Loco de mí, que andaba buscando en la calle lo que tengo en mi casa; loco de mí, que andaba tras del gobierno y de la revolución y de la Economía Política y de no sé qué más, para que me hicieran tarde, mal o nunca lo que yo debo y puedo hacer pronto y bien hecho; loco de mí, que no veía que éste no es asunto de ámbitos, ni de finanzas, ni de bases, ni de circunstancias, sino obra de misericordia, que obliga a todo cristiano, en todo momento, con o sin ayuda de los demás!

A la obra, pues, a trabajar yo, por los que habitan en mi aldea, a enseñarles a leer y escribir. Primero veré si los demás vecinos quieren que nos asociemos todos, para fundar una buena escuela donde buenos maestros enseñen a chicos y grandes; si

no quieren, buscaré la ayuda de un grupo de amigos, a fin de que paguemos siquiera un buen maestro que enseñe a leer y a escribir; si no aceptan, le hablaré al compadre Chico para que entre los dos busquemos algún vecino o vecina que tenga tiempo, y les enseñe el silabario y a medio escribir a nuestras dos criadas y a nuestros peones. Y si aun el compadre Chico me deja solo, yo solo, a ratos y como pueda, les enseñaré a mis sirvientes lo que yo sé: a firmar y a medio leer; tal como dí al hambriento lo único que tenía cuando me pidió limosna: un pedazo de pan.

De este modo, de aquí a un año, digamos de dos años, habrá dos personas más que sabrán leer y escribir, y yo habré cumplido sencillamente con mi deber, sin ámbitos, sin erario desahogado, sin revolución, sin finanzas científicas y sin embolismos.

Tal es la conducta que conviene a un cristiano en ese y en todos los casos en que su deber de trabajar por su prójimo le mueve a la acción. Si el Estado quiere y puede ayudar, muy bien. Si no puede o no quiere, adelante cada uno con su acción personal.

XVIII

A decir verdad, ese perpetuo intervenir del Estado es funesto para la conciencia de los individuos, quienes se acostumbran poco a poco a no pensar, a no cuidarse de las cosas que más les importan. ¿Qué significa, por ejemplo, el hecho de que centenares de nuestras aldeas carezcan de una escuela, sino que hemos abdicado de nuestro carácter de hombres fraternales para convertirnos en simples piezas del mecanismo que llaman Estado? ¿Por qué no tiene cada población su escuela, su hospital y su hospicio, así como tiene su iglesia? Porque no hay fondos para sostenerlos. Pero si hay para el patio de gallos y para el

estanco, no veo por qué no ha de haber para instruir a los analfabetos, para curar a los enfermos y para asilar a los huérfanos. Apenas habrá pueblo entre nosotros que no sostenga uno o dos estancos y su cancha de gallos. Y para sostenerlos, no sólo no le pedimos auxilio al gobierno, sino que le pagamos una contribución.

Si mañana el gobierno estableciera un impuesto sobre las iglesias, éstas seguirían abiertas, porque los fieles no querrían, por ahorrarse gastos, privarse de un templo adonde ir a celebrar su culto. Así también los fieles del estanco y de la cancha de gallos, soportan contentos las fuertes contribuciones que pesan sobre esos templos del juego y de la bebida.

Y es que los hombres viven de su fe, gastan y trabajan para su fe y por su fe se hallan dispuestos a sacrificios y esfuerzos. Y para el caso, lo mismo es creer en Dios que en el demonio, pues con el mismo ardor con que los creyentes en Dios sostienen las iglesias, los creyentes en el diablo sostienen el estanco y el patio de gallos.

Así es que el mal, verdadero mal, no es sino que nuestra fe se ha desviado; en vez de creer en nosotros mismos, en la voz de nuestra conciencia, en la valía de nuestra acción personal, en la eficacia todopoderosa de nuestra voluntad regida por las leyes divinas que nos imponen la misericordia, creemos en el gobierno, y aceptamos que él piense, quiera y trabaje por nosotros.

Y el resultado de esta abdicación es que allí donde deberían de existir diez escuelas, existe una; donde hacen falta tres hospitales, gracias si contamos con uno, y donde habría necesidad de muchos hospitales, tenemos en su lugar muchos estancos.

Esto no es atacar al gobierno, ni rechazar su colaboración, sino hacerse cada uno cargo de su deber y de su responsabilidad. Si el Estado ayuda, muy bueno, si no ayuda, no vamos por eso a vivir como bestias. Los hombres, dondequiera que vivan, lo

mismo en una capital que en la más obscura y miserable aldea, son hombres y no rebaños. Y deben pensar constantemente en que una ley más alta, más sabia que todas las leyes humanas, les impone el cumplimiento de ciertos deberes, de los cuales nadie puede eximirles, y a cuyo servicio se consagrarán con más devoción y más directamente, aquellos que de la vida tengan un concepto más elevado, aquellos que tengan más fe, aquellos que mejor sepan oír y comprender la voz de Dios.

XIX

Si alguna vez se hizo oír clara y perentoriamente esa voz, fue para encarecer la necesidad en que todos estamos de disipar la ignorancia. El que tiene una luz, dice el Evangelio, póngala, no debajo de un celemín sino sobre el candelero, para que ilumine a todos los de la casa. Y en la ocasión más grave de su vida, ya cuando va a expirar, Jesús declara la irresponsabilidad de los ignorantes: *“Perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Así es en verdad: el ignorante no sabe lo que hace, mas no por eso es menos temible. Irresponsable y todo, es nuestro más peligroso enemigo. Su cuenta, aun en un país tan de ayer como el nuestro es ya muy crecida, y sus partidas se han escrito con sangre. Recuérdese, no más, aquella matanza de *veintiuno* en San Miguel; aquel derrocamiento inesperado de uno de nuestros mejores gobernantes: aquellas insurrecciones de los indígenas de Cojutepeque, y más tarde aquellas guerras contra Guatemala, que nadie todavía sabe por qué fueron. Tales sucesos no son posibles sino en pueblos donde la masa predomina, donde la ignorancia es tan grande que los hombres son azuzables como perros bravos; donde a la voz de un temerario, la horda se alza ciega e impulsiva, y sirve devotamente a las peores causas.

Eso los adultos. ¿Y los niños? ¿Hay nada que más interese al bienestar, al buen nombre, a la honradez de un pueblo que el

instruir y educar a los niños? ¿No es ya verdad vulgar que cada niño que se deja inculto, es la semilla de un ladrón, de un jugador, de un esbirro, de un asesino? ¿No sabemos todos que la verdadera posibilidad de regeneración y de progreso de todo pueblo, está en cultivar sus niños mejor que fueron cultivados los que ahora son adultos?

Nosotros los que ya somos viejos o siquiera hemos pasado la medianía de la vida, no tenemos fácil remedio; probablemente continuaremos y acabaremos como somos, malogrando las leyes, los discursos, los programas de gobierno y las mil promesas de enmienda que nos hagamos a nosotros mismos. Ya tenemos los huesos duros y, salvo que hagamos un heroico y tesonero esfuerzo cada uno sobre su propio carácter, moriremos cual hemos vivido: hablando mucho, diciéndonos lindezas, mintiendo con o sin motivo, armando bochinchas y disputándonos el poder y la tesorería. ¡Pobres de nosotros! Ignorantes, que no sabemos lo que hacemos, Dios nos perdonará, y también nos perdonarán nuestros descendientes. Merezcamos siquiera su perdón, abriéndoles un camino mejor que el que nosotros hemos recorrido: instruyámosles, eduquemosles: enseñémosles siquiera a leer y escribir, para que mañana no digan de nosotros con justicia: ¡Ah! si aquellos hombres nos hubieran hecho menos bestias. ¡Ah! si en vez de palacios y fiestas y tantas ametralladoras y tanta literatura mentirosa, hubieran creado en cada aldea, en cada villorrio, en cada valle, una buena escuela donde hubiéramos aprendido siquiera a leer y escribir!...

XX

Si bien lo reflexionamos, nada hay que más pueda inquietarnos que este asunto de los niños. Todo hombre prudente, al hallarse en presencia de un niño, habrá de sentir, no sólo inquietud sino temor; porque, en verdad, ese niño puede ser la

causa de que a él se le pidan cuentas muy estrechas. Tomemos, si no, un niño de cinco años, sea quien fuere, que sus padres sean ignorantes o instruidos, buenos o perversos, ricos o pobres. Tal niño, hasta ahora, es un inocente, es una florecita, es lo mejor que existe sobre la Tierra. Digamos que sea feo, torpe, enclenque y hasta de visibles malas inclinaciones. Digamos que es hijo del ladrón, o del asesino que expía sus crímenes en la cárcel, o de la prostituta que acaba en el hospital su vida depravada. No por eso el niño es todavía otra cosa que un inocente. No ha matado, no ha robado, no ha calumniado. No es él quien juró perjurando, no es él quien explotó la miseria de su prójimo, no es él quien torturó, quien falló injustamente, quien tiranizó a sus compatriotas, quien falsificó la medicina, quien despojó, ni amasó, en fin, su pan con el dolor y la vergüenza ajenos. El está ahí limpio sin pecado, ajeno a la marejada de iniquidades que pasan bajo sus pies, como un ángel en el antro de los leones, que no se atreven a mirarle siquiera. El destino cierne sobre él todos sus misterios, sin que él pueda ni aun sospechar qué habrá para él en las entrañas de aquella nube que se llama el mañana. Está ahí, confiado e inerme, y ni siquiera nos pregunta qué es lo que vamos a hacer con él. Mas abrid los ojos, y veréis que tras de él, una mano desconocida y amenazadora traza el signo de interrogación y os dice: ¿qué haréis con este niño?

Ahora nos toca responder, o prepararnos para la respuesta. No más habrán pasado quince años, menos acaso, y otra vez, más visible y amenazante, veréis aquel signo interrogador que os pregunta: ¿qué hicisteis de aquel niño? En verdad, jamás habrá herido los oídos nuestros pregunta más terrible. Porque ya no será siquiera la voz que dice a Caín: ¿qué has hecho de tu hermano?; sino ésta cien veces más severa y amenazadora, que nos dirá: ¿Qué hiciste de aquel ángel? ¿Qué hiciste de aquella florecita? ¿Qué hiciste de aquel inocente que ignoraba lo que era el mal, de aquel pajarito que no sabía sino cantar a la aurora y adormecerse con la tarde?

Y tú y yo, nosotros todos, habremos de responder, sin mentira, sin preámbulos, sin embrollos sin flores de retórica, ni citas de historia, ni interpretación alguna de artículos de códigos, sin enredo alguno de cuantos sirven para evitar la condena: “Hicimos este ladrón, o hicimos este jugador, o hicimos este asesino, o hicimos esta prostituta, o hicimos este verdugo”.

Duro, durísimo trance aquel, y no dudo que trataremos de esquivarlo. Por mí, estoy dispuesto a que nos escondamos en la más oscura caverna, detrás de la roca más inaccesible, en el desierto más desolado, en las entrañas mismas de la tierra, y, si es preciso, en el seno mismo de la muerte.

¡Mas, ay! ¿adónde iremos que aquella voz no nos alcance y aquellos ojos no nos descubran? No, todo será inútil, y habrá que hacerse presente y responder.

¿No es verdad que es cosa terrible esto de tener qué hacer con los niños?

Por eso se dijo: “Bienaventurados los vientres que no concibieron”. Por eso decimos, bienaventurados los hombres que comprendieron la fuerza y necesidad de aquel precepto que dice: enseñad a los que no saben; bienaventurados los pueblos donde los que mandan y los que obedecen saben y practican que todo progreso es mentido, toda ley inútil o dañosa, toda institución deleznable, si no se atiende antes a cultivar al hombre; bienaventurados en fin, los que según sus fuerzas y con espíritu sencillo, se aplican a dar a sus prójimos el pan espiritual.

Roma, diciembre de 1913 y Florencia, enero de 1914.

De *Leer y escribir*, San Salvador, 1915, Guatemala, 1929.

De *El Mínium Vital y otras obras de carácter sociológico*, 59-194, Guatemala, 1950.

EL MINIMUM VITAL

I

EN LA SITUACION exasperante y deshonrosa a que han llegado, y en la cual se han estancado casi todos los pueblos; en esa situación de lucha cruel y acérrima en que los millones acumulados surgen de la opresión y de la ruina de los hambrientos; en que *atesorar* es una palabra sagrada, y en que la *envidia*, disfrazada de *reivindicación*, acecha impaciente el momento de trastornar las cosas, de manera que los miserables de hoy sean los opulentos de mañana..., es natural que algunos hombres de sentimientos delicados surjan de todas partes, y busquen ansiosos un camino de reconciliación, una fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre, entre hermano y hermano, y sobre la cual, con sentido nuevo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra Dios.

En busca de esa fórmula los pueblos y sus conductores se han extraviado a veces lamentablemente, y las más dolorosas e irrazonables exageraciones han sido aceptadas como doctrinas salvadoras. ¿A dónde han conducido? Al odio de clases, al rencor de los que padecen, a la organización de los que están abajo preparando el día del desquite. Y cuando llegue —que será cuando los de arriba hayan agotado los medios de opresión y represión—, tendremos el mismo desorden, la misma construcción malvada y estúpida, en que sirve de cimiento el *esclavo* y de coronamiento el *señor*.

Esa lucha, ese odio de clases, ese afán de atesorar, y, por consiguiente, de oprimir en unos, y de vengarse en otros, se ha cristalizado en nuestros días en dos formas agudas: una, que tiende a la destrucción de las clases cultas, al nivelamiento económico, al rebajamiento de un comunismo absoluto; y otra, excrecencia de la codicia insania y perversión de algunos millares de vampiros, para quienes la dignidad, la libertad, la independencia, la sangre misma de las naciones son materia prima para fabricación de dólares. Ahí ha llegado el mundo, con sus darwinismos comprendidos idiotescamente, con su doctrina de la lucha, de la supervivencia del más *apto*, que viene a ser, según el criterio del egoísmo, el más ávido y descorazonado.

Y a esta hora, ese odio y esa codicia son dos venenos mortales e insidiosos que se han infiltrado en el corazón de casi todos los pueblos. Consciente o inconscientemente, la humanidad entera se está afiliando en esas dos legiones de irreconciliables: la de los que padecen y odian y aspiran a la venganza, y la de los que atesoran y gozan, y por necesidad y ceguera se sostienen y se defienden con la represión.

En medio de esas hordas de lobos, hay hombres que sienten la vida, no sólo como un dolor, sino como una vergüenza, como una vileza. Y, en verdad, es una vileza tal vida; y conformarse a vivir así, es abdicar el hombre de su condición espiritual, y resignarse a volver a la condición de fiera.

La que nosotros llamamos *Doctrina del Minimum Vital*, viene a ser, así, como un llamamiento al buen sentido de los hombres, a su bondad primaria, a su instinto de conservación, casi a su egoísmo, para que no se desgarren, para que no se devoren; para mantener en unos la esperanza fundada de un mayor bienestar, y en otros la seguridad de no ser despojados de aquel excedente de riqueza, obtenido sin extorsión ni ruina de sus semejantes.

El *Minimum Vital* dice al trabajador, al proletario, al asalariado: confórmate con lo imprescindible; conténtate con que se te asegure aquello indispensable, sin lo cual no podrías vivir; esfuérgate para erigir sobre esa base mínima el edificio de tu holgura y de tu riqueza, y así ascenderás o descenderás según tu esfuerzo, según tu disciplina, según la firmeza de tu voluntad. Y al poseedor, al rico, le dice:

consiente en que haya un límite para tu ambición; conténtate con que se te dé libertad para convertir en oro el árbol y la piedra, pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos. Traza una línea *máxima* a tus adquisiciones, y no pases de ahí, para que no te desvele el odio de tus víctimas; para que te dejen gozar en paz, riendo y cantando, de lo que atesoraste.

* * *

Un *límite* para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama órbita para el Sol, y playa para el océano. “De aquí no pasarás”, es la ley divina impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, degenera y perece.

Y para el que trabaja, para el que carece, un *minimum*: la vida irreductible, lo elemental, lo que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, recreo, luz y pan. Y de ahí en adelante, para tus goces, para tus holguras, para tus riquezas, esfuérzate, empuñate, economiza, desvélate, y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.

Y eso es todo. Pero así tan sencillo como es, tan equitativo y tan fácil, encierra esta doctrina la única posible salvación del hombre en la hora presente. En esta hora en que nadie quiere diferir su ventura para un más allá, comprándola con su miseria de aquí; en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupiscencia enloquecida y de miseria exasperada, el *Minimum Vital* es la tabla de salvación en el naufragio. No es un estado ideal, no es tan alto como otras formas de vida que han soñado los hombres. Pero es LO POSIBLE, es LO FACTIBLE, es LO SENCILLO, es el remedio de urgencia; es el sendero único por el cual se puede transitar para mientras se encuentra de nuevo el camino real, la vida ancha y clara del amor, adonde algún día los hombres volverán.

II

Definido concretamente, *Minimum Vital* significa LA SATISFACCIÓN CONSTANTE Y SEGURA DE NUESTRAS NECESIDADES PRIMORDIALES.

Necesidades primordiales son aquellas que —si no se satisfacen—, acarrear la degeneración, la ruina, la muerte del individuo. La salud, la alegría, la capacidad de trabajar, la voluntad de hacer lo bueno, el espíritu de abnegación, la fuerza, en fin, en todas sus manifestaciones, están vinculadas a la satisfacción constante, segura, íntegra, de tales necesidades.

Si no se satisfacen, sobreviene la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, la tristeza, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien, no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos; ni para defender a su patria, ni para sostener a su familia.

Así, la satisfacción plena de nuestras necesidades primordiales, es la base y la condición perenne de la vida y de la salud. Asegurarla “para todos”, no puede ser el interés restringido de una casta, de una clase social, de un grupo de privilegiados, sino el interés supremo de la Nación entera, puesto que ella extrae todas sus eficiencias de la salud, de la fuerza, del equilibrio, de la alegría y del valor de todos sus hijos.

* * *

¿Cuáles son, reducidas al *mínimum*, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento?

Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

- 1^a—Trabajo higiénico, perenne, honesto, y remunerado en justicia;
- 2^a—Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;
- 3^a—Habitación amplia, seca, soleada y aireada;
- 4^a—Agua buena y bastante;
- 5^a—Vestido limpio, correcto, y buen abrigo;
- 6^a—Asistencia médica y sanitaria;
- 7^a—Justicia pronta, fácil, e igualmente accesible a todos;
- 8^a—Educación primaria y completamente eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos, y jefes de familia conscientes;
- 9^a—Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

* * *

¿Es posible facilitar y aun asegurar a todos los habitantes de la nación este *mínimum de vida*, sin el cual toda existencia es un fracaso, toda criatura humana degenera y se bestializa? Sin duda que lo es, puesto que *se realiza constantemente en la familia*. Toda familia normalmente constituida atiende, en primer término, a obtener y mantener para cada uno de sus miembros el Mínimum Vital: a que todos ellos se alimenten, trabajen, se vistan, habiten en buenas condiciones, adquieran una instrucción elemental, y se desarrollen en todo siguiendo una norma de equidad y de justicia. Y si la familia, que está subordinada enteramente al medio social que la rodea; que lucha contra obstáculos innumerables; que a veces carece de los más necesarios elementos, *realiza*, en más o en menos, la satisfacción de las necesidades primordiales de todos los suyos, ¿cómo no ha de poder realizarlo la Nación, que es libre, que es dueña de todas sus riquezas, árbitro de su legislación e instituciones, que puede regular su trabajo y sus gastos, imprimir

nueva dirección a las costumbres y a las ideas, influir sobre los sentimientos, e intentar una y otra vez los ensayos que considere conducentes a una vida más cordial y más justa?

Sin duda, la Nación es en esto extraordinariamente poderosa; sus fuerzas sobrepasan a las dificultades de una empresa cuya necesidad y justicia palpita en la conciencia de todos, y para cuyo éxito la Naturaleza ha previsto en ancha esfera, dotando a los hombres de todos los elementos indispensables al trabajo y a la producción.

Si hasta ahora las naciones no han realizado esta cosa sencilla y justa del *Mínimum Vital*, es, simplemente, *porque no han pensado en ello*; porque en la escala de sus actividades le han señalado el último lugar, en vez de asignarle el primero; porque no han visto con amor esa realización primaria de la justicia, y es claro que no se alcanza lo que no se anhela. Pero desde el preciso momento en que la Nación CAMBIE DE CONCEPTOS; en que piense y sienta que su deber elemental y fundamental, su finalidad primordial y predominante ES PROCURAR LA SATISFACCION DE LAS NECESIDADES VITALES DE TODOS SUS HIJOS, desde ese instante comenzará a parecer factible, sencillo, lo que antes parecía utópico y en demasía complicado.

Este CAMBIO DE CONCEPTOS es el paso decisivo, ineludible, para la transformación que proclamamos: esta FE NUEVA de la colectividad, es la semilla de que ha de brotar el árbol de la vida nueva; y si no se verifica la sustitución del antiguo credo social por otro más justo y más sabio, está claro que la Nación continuará girando sobre sus goznes oxidados, camino de su ruina como nación y como raza.

* * *

Por esto, a la cabeza de los PRINCIPIOS que forman la filosofía de la Doctrina Vitalista, figuran estas afirmaciones fundamentales:

1ª—Que el Estado, la Provincia y la Comuna, tienen como finalidad y obligación *primarias*, trabajar ante todo y sobre todo para que las *Necesidades Vitales* sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país.

2ª—Que cualquiera otra forma de actividad es *secundaria*, y que es *ilícita* si se ejerce con daño o postergación de la primera.

3ª—Que el ideal constante y supremo del Estado, de la Provincia y de la Comuna ha de ser acercarse lo más posible a la gratuidad completa de la alimentación, del vestido, de la habitación y del agua.

4ª—Que la Asistencia Médica, la Justicia y la Educación, han de ser *siempre* gratuitas y accesibles, puesto que la salud, la justicia y la educación, constituyen los tres mayores intereses de la raza.

5ª—Que el trabajo es la *condición indispensable* de la salud individual y colectiva, en su triple aspecto de salud corporal, moral y mental, entendida la salud como llave del bienestar, de la concordia y del progreso; y que, por consiguiente, la aspiración y el deber más altos son para cada uno, vivir de un trabajo honesto, lícito y benéfico para la comunidad.

6ª—Que *no es trabajo* lícito ninguna forma de actividad que directa y manifiestamente cause la ruina del individuo, de la familia o de la raza.

III

Por el simple hecho de ser traído a la existencia, un niño adquiere plenos derechos a la vida íntegra, y todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra. Sus padres, la Comuna, la Provincia, el Estado, han de constituir para él una cuádruple paternidad, a fin de que esa vida que se inicia adquiera su máxima potencialidad, y llegue a ser un día la justificación de sus

progenitores, del medio social que le formó, y la redención de aquellos entre quienes va a florecer.

El niño, decimos, es el perdón de hoy y la purificación del mañana: sólo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad; sólo en él alcanzan su realización las esperanzas y los anhelos de acrisolamiento. Es el verdadero torbellino que organiza la vida, atrayendo para organizarla, los elementos más puros del ambiente social y cósmico. Es un centro de cristalización, al cual afluyen las fuerzas vivas y renovadoras que forman el río perenne de la vida.

Así, pedir para el niño el *Minimum Vital*, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed de quien posee el manantial y la nube. Sólo una barbarie insana, un encostramiento de la mente, una bastedad de sentimientos buena para rinocerontes, puede explicar que todavía subsisten la palabra y la condición de *orfandad*, y que nos imaginemos que un hospicio es una institución de suficiente valía para saldar nuestras obligaciones con el niño huérfano.

Tratándose del niño, el asegurarle el *Mínimum Vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que *es suyo*, y toda situación que no le asegure siquiera ese *Mínimum*, es una afrenta para la familia, para la Comuna y para la Nación.

* * *

Pero llega un momento en que el niño se hace hombre, se convierte en UN TRABAJADOR; es decir, en una fuerza que actúa y da vida. De simple estanque adonde todas las aguas venían a verterse para henchirle y colmarle, se ha convertido en manantial de donde las aguas emanan y parten, a henchir y colmar otros estanques. Ayer recibía únicamente; hoy da, y da con creces; da

mucho más de lo que recibe, pues de otra manera sería imposible la continuación y la subsistencia social. *Trabajador*, significa, pues, *uno que da*, en proporción mayor de lo que se le da; es uno que, además de retribuir, recompensa.

Ahora bien, ¿qué es lo que yo doy cuando trabajo? DOY MI VIDA. Literal y esencialmente, el que da su trabajo da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente este hecho complicado, trascendental e inconmensurable: *dar uno, la vida acumulada en sí*. Es el mismo fenómeno de la tierra, que se da en forma de árbol, y del árbol que *se da* en forma de fruto; del mar, que se da en forma de nube; de la nube, que se da en forma de lluvia; de la lluvia, que se da en forma de manantial.

Cuando yo trabajo *una hora*, doy un valor que no puede ser ni sustituido ni atenuado: porque esa hora, de trabajo, es una hora de *mi vida*; no de una sin término o de inmensurable duración, sino de una vida de cincuenta, sesenta, setenta años; es decir, una fracción grande sustraída a una suma pequeña, en el mejor de los casos, pues si no vivo más allá de treinta años, resultará una fracción enorme sustraída a una cantidad mínima. Una hora de mi trabajo, de mi tiempo, *es un valor absoluto*, arrojado por siempre al abismo de la eternidad: con nada lo puedo sustituir, con nada lo puedo compensar.

Así, pues, el trabajador *es el hombre que da su vida*: la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en un tiempo determinado; la da como pensamiento, en cuanto ningún trabajo se puede efectuar sin *atención*, que es pensamiento concentrado, enfocado sobre la obra que se realiza; y finalmente, la da como voluntad, como corazón, si al trabajar infunde en la obra el anhelo de que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios, huesos y tendones, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que *un trozo de la vida individual, trasmutado en la vida total*.

Nótese bien este carácter del trabajador: el hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina: se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales. Digamos, por ejemplo, la tortillera que preparó las tortillas con que me he alimentado esta mañana, o la cocinera que preparó mi desayuno: ¿Qué fue lo que me dieron? Una fracción, una modalidad *de su vida individual*. Pero desde el momento en que yo ingerí esas tortillas, ese desayuno, aquella modalidad de sus vidas limitadas, concretas hasta ahí, asumieron posibilidades de transformación y de influencia ilimitadas, inconmensurables, trascendentales como el viento y la luz. Esas tortillas humildes, en las cuales viene ya implícita la vida de quien sembró el maíz, de quien lo segó, de quien aró el suelo para la siembra, de quien hizo el arado, de quien forjó el hierro para el arado, esas humildes tortillas se transforman, al ingerirlas yo, en fuerza nerviosa y mental, en pensamiento, en voluntad de expresar ese pensamiento, en capacidad artística, para darle forma; en vehículo de esta doctrina que estoy desarrollando, la cual, en un solo corazón que llegue a prender flamígeramente, puede traducirse en consecuencias infinitas. De aquí saldrá labor para el tipógrafo, para el niño que vende el periódico, para cuantos intervienen en el trabajo periodístico; y si, además, la doctrina convence y mueve, y llega a culminar en nuevas y generosas costumbres, en leyes benéficas y humanas, tendremos que aquellas tortillas, al parecer insignificantes, devinieron el eslabón de una cadena sin término; fueron como una piedra gigantesca lanzada en medio del océano, de cuyo seno suscitó

inmensas olas, montañas de agua que fueron, hechas encaje rumoroso, a besar y a purificar las playas más remotas...

* * *

O sea, que toda obra es colectiva; que todo lo hacemos entre todos, y que, puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva, siquiera en porción mínima, en la de *Mínimum Vital*, aquello que hemos dado: nuestro trabajo, nuestro YO.

IV

Que toda obra es *obra colectiva*, es muy sencillo de comprenderse, y yo no haré aquí para evidenciarlo, sino repetir con nueva forma la prueba que se adujo ya tantas veces y que cualquiera puede comprobar.

Imaginemos que soy un poeta, y que escribo un poema. Me aíso para ello, pues no sólo no me hace falta compañía, sino que me sería estorbosa. De instrumentos materiales, no necesito sino mi lápiz y algunas cuartillas de papel. En el canto de una rústica mesa, y aún en mis rodillas, sobre un cartapacio improvisado, escribo mi pensamiento, que parece venir todo él de las profundidades de mi ser, y lo voy revistiendo con la forma que al andar de los años mi corazón ha entretejido con los invisibles hilos del vivir. No hay obra más personal, más individual que ésta: se diría que toda ella sale exclusivamente de mí mismo: que nadie más que yo pone en ella su contingente; y si alguna vez el hombre tuvo derecho para decir *mi obra*, es, sin duda, al referirse a ésta en que, fuera del papel y del lápiz, todo es mío: las impresiones que recibí; el dolor o la sonrisa en que me dejaron impregnados;

los arabescos que mi fantasía bordó sobre la tela; las ideas en que se transformaron; la musicalidad y el ritmo que mi oído les imprime.

He aquí, pues, UNA OBRA MIA, nada más que *mía*; y si por ventura resulta una verdadera obra de arte, al darla a luz podré gloriarme de que hago a los hombres una merced, de que les agracio con un don; y no sin razón me imaginaré que me deben agradecimientos y honores, por ese diamante que les dejo caer para que ilumine y embellezca sus horas.

¿Quién no ha sido fascinado alguna vez por esa sirena de la gloria? ¿A quién, hombre de ciencia, poeta, músico, filósofo, no le sedujo la ilusión de que ESTABA DANDO, sin que nadie más que él fuera el forjador de aquella dádiva? ¿Quién, al dar a los demás una obra que le salió de las propias entrañas, no se sintió impulsado a decir: tomad, este es mi cuerpo, esta es mi sangre?

Y, sin embargo, esa individualidad exclusiva de su obra era simplemente una apariencia; ni ésta, ni obra alguna realizada en la vida fue la obra de uno solo, *sino la obra de muchos*, de todos, hasta de los ausentes y de los muertos. Y ved aquí la comprobación indubitable: mientras yo escribo ahora; mientras ayer leía o paseaba, acumulando elementos para mi poema; mientras hace años vagaba por la orilla del mar o contemplaba el horizonte desde la cima de una montaña, alguien TRABAJABA, para que YO PUDIERA entregarme libremente a mis observaciones, a transformar las impresiones que recogía del ambiente, a meditar sobre ellas, a guardarlas en el arca de la subconsciencia, para extraerlas un día, ya organizadas y vivientes. Alguien TRABAJABA, para DEJARME LIBRE EN MI TRABAJO, cociendo el pan de que me alimentaba; lavando y aplanchando la ropa con que me vestía; limpiando y arreglando mi casa; confeccionando mi traje; cortando en el bosque la leña para cocer mis alimentos; fabricando el jabón para lavar mis vestidos; haciendo mi calzado, preparando el

cuero y la suela con que el zapatero había de confeccionarlos. Tal como en este momento, centenares, millares de personas *trabajan* para que yo pueda escribir estos artículos; es decir, trabajan conmigo EN MI OBRA. Mi cocinera, mi lavandera, mi camarera, la mujer que lleva las legumbres al mercado, la campesina que las siembra y recoge, el sastre que me viste, el zapatero que me calza, el comerciante que importa el papel y el lápiz, el industrial que fabrica el papel y el lápiz, los marinos que tripulan el barco que los trae..., todos los millares y millares de obreros, ingenieros, fabricantes, comerciantes, peones y sirvientes que intervienen en la confección y acarreo de esos útiles, y todos los que me aprontan y facilitan las cosas que necesito para mi vida diaria, colaboran conmigo en esta doctrina, trabajan para que yo pueda trabajar en ella. Hacen, pues, SU PARTE, y sólo mediante esa multiforme e infinita colaboración, puede salir la obra, que un instante, cegado por el orgullo, quise llamar mi obra; cuando, con mayor humildad y más clara visión de las cosas, la hubiera llamado NUESTRA OBRA.

LO HACEMOS TODO ENTRE TODOS: ésta es la única, la honrada y sencilla verdad, y sólo cuando la conozcamos y la sintamos en toda su evidencia, en toda su fuerza, en toda su santidad, hallaremos para construir el orden social una forma cristiana, humana, digna de hombres, de seres que ya no quieren vivir como las fieras. Lo hacemos todo entre todos: cada uno —en forma diversa pero necesaria, inseparable del conjunto—, pone en la obra común *su trabajo*, es decir, *su vida*. Y puesto que deja ahí *su vida* en forma de trabajo, justo y natural es que reporte del provecho común aquella parte *mínima* que necesita para continuar trabajando: aquel *Mínimum Vital* que le es indispensable para que su capacidad de trabajador no degenera; para que su fuerza, su salud, su alegría, manantiales de capacidad y de eficiencia, continúen vertiendo en el YO sus aguas renovadoras.

* * *

Sin duda que en el poema que yo escribiera, en el descubrimiento del geógrafo, en la invención del mecánico, en el cálculo del astrónomo, hay algo “suyo”, algo personal, cierto sello que caracteriza la obra, una porción y forma de trabajo mayor y mejor que cualquiera otra de las innumerables que aportan los demás colaboradores. Sin esa porción característica del “Autor”, sin esa aportación siempre individual y personalísima, la obra no hubiera nacido. Mas tampoco habría nacido sin la coparticipación anónima de los otros. Sin Miguel Angel, no habría Cúpula de San Pedro; mas sin canteros que labraran las piedras, no la habría tampoco.

Más a quien más dio; mejor a quien mejor contribuyó, es la ley sencilla y natural. Más, pero *no todo*. Más, pero sólo cuando ya tenga apartada la *porción mínima* de los compañeros del trabajo. Más, para lo superfluo del que le dio a la obra su forma definitiva; pero *no antes de asegurar la vida*, el *Mínimum Vital* de aquellos sin cuya colaboración la obra no podía nacer ni vivir.

El Pan NUESTRO, dijo Jesús, pensando, sin duda, en la consecuencia de la Obra NUESTRA. Por desgracia, ahí estamos aún en la edad de la fiera, imaginando que es justicia y religión y ciencia, la forma asesina y mezquina de “el pan mío, amasado con el trabajo de ellos”.

V

Esencialmente, el *Mínimum Vital* es UNA FE; una manera nueva y sencilla y justa de comprender y de sentir las relaciones humanas. Es un CONCEPTO NUEVO de la vida; una manera nueva de hablar la conciencia, y de traducir en hechos e instituciones las sílabas de esa nueva palabra.

Lo que se profesaba antes, y veneraba como beneficencia, se transporta ahora al plano de la justicia; lo que el pueblo recibe hoy como favor, lo recibirá como derecho, como restitución; lo que se tomaba como secundario, y se colocaba en los presupuestos, en las leyes y en la moral, después de la soberanía, del progreso, de la instrucción, de la cortesía internacional, de las diversiones públicas, pasará a ser *primario*, y se colocará antes y por encima de todo.

Nosotros hacemos del derecho de todo hombre a un *mínimum* de vida íntegra, *un Derecho Absoluto*; y del deber de la colectividad de procurarle a todo hombre un *mínimum* de vida íntegra, hacemos *un Deber Absoluto*.

Si estos conceptos prenden, si llegan a conmover y a remover la conciencia de los hombres: de los que oprimen y de los oprimidos, de los que explotan y de los explotados, el *Mínimum Vital* florecerá en instituciones, leyes y costumbres; será como una levadura infundida en todas las modalidades del vivir, y la nación y la sociedad se constituirán y se transformarán lenta y seguramente, al influjo de esa levadura espiritual.

Entonces las formas económicas, los procedimientos, los arbitrios, vendrán por sí solos, y vendrán de *acuerdo con el lugar y el momento*, y no como sistema artificioso o maquinaria complicada, que falla toda ella apenas se le cae un tornillo.

Una fe, un concepto nuevo de la vida, si es amplio y verdadero, tiene virtud generadora, que va creando ella misma —a través de los obstáculos y de las viejas formas—, su propia textura y la variada y eficaz corporalidad de su espíritu. Y eso no se hace nunca en un día, ni sin repetidos ensayos y errores, sino en mucho tiempo y con esfuerzos dolorosos. Así es como se manifestó el Cristianismo que, todavía, después de dos mil años, está revistiéndose de formas nuevas; así se manifestó la Revolución Francesa, que todavía está forcejando para cristalizar neta y eficazmente sus ideales de libertad. Y así fueron y serán siempre todas las grandes revoluciones, las cuales al comienzo, no

pueden ofrecer sino PRINCIPIOS, BASES, conceptos que tienen que ir adaptándose al lugar y a la hora, en las formas en que van encarnándose, mientras luchan contra las viejas formas que estorban su advenimiento y su triunfo.

Así será el *Mínimum Vital*, que no es artificio legislativo, sino religión, filosofía y derecho, y que busca y encontrará para realizarse, leyes, costumbres, artes, formas de educación y de trabajo y organismos económicos.

* * *

Hoy más que nunca, sería inepto vincular lo que es una manera nueva y amplísima de comprender y de sentir la vida a un artificio económico, a una reglamentación escueta y estricta. Hoy más que nunca, debemos recordar que las sociedades se transforman rápidamente, que las ideas y las cosas YA NO ESTAN SINO QUE VAN. El concepto *estático* de nación y de sociedad, tiene que ser sustituido por el concepto *dinámico*. La relatividad y la movilidad, son ahora reconocidas como los caracteres inherentes de todas las cosas. NADA ESTA, TODO VA: ésa es la ley a que deben ajustarse todas las formas que se creen para regir a los hombres, y sería una torpeza olvidarlo cuando se trata de una reforma tan honda y tan amplia como es el *Mínimum Vital*.

¿Por qué camino andaremos para que el *Mínimum Vital* comience a ser una realidad?

Por todos los caminos. Por los abiertos ya, y por los que abriremos luego. ¿Por qué caminos se encuentra siempre dinero para la guerra, para las carreteras, para enviar legaciones, para costear una infinidad de establecimientos e instituciones no siempre útiles, a veces dañinos? Por el camino de la fe: si se halla siempre dinero y se discurren siempre leyes y reglamentos y arbitrios para construir teatros, cuarteles, hospitales, escuelas y para procurarse cañones, aeroplanos y mil cosas más, es *porque se cree*

en esas cosas. Se imaginan los hombres que es bueno y necesario enviar legaciones, asfaltar calles, abrir conservatorios, organizar exposiciones, armar flotillas aéreas, instalar estaciones inalámbricas, y CREEN que si no atienden a todo eso, faltan a su concepto de la vida, a su deber, a lo que les exige su fe en el progreso y en la civilización.

Pues asimismo encontrarán leyes y arbitrios y reglamentos y dinero para realizar el *Mínimum Vital*, cuando crean que es bueno y justo y necesario procurarle a cada hombre, a todos los hombres, un *mínimum de vida íntegra*, y para ello, *organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo*, en el sentido de que todo hombre de buena voluntad pueda, mediante su trabajo, alcanzar ese *mínimum de vida íntegra*. Entonces irán al *Mínimum Vital por todos los caminos*, así como van ahora *al Progreso por todos los caminos*.

VI

La doctrina del *Mínimum Vital* radica, sobre todo, en una transformación de la conciencia individual y colectiva. A su tiempo ha de encarnarse en leyes e instituciones, gracias al esfuerzo de sus propagadores y cuando ya una minoría grande y consciente se haya convencido de su justicia y su necesidad; pero esa cristalización legislativa NO ALCANZARA A SER UNA REALIDAD, si antes los individuos no llegan a sentirla en toda su verdad intensa y viviente.

No queremos absolutamente que esta doctrina acabe en unas cuantas leyes artificiosas, muertas desde su nacimiento como tantas otras que tenemos y de cuya mentira nos alimentamos, juzgándolas verdaderas y eficientes sólo porque duermen en los códigos. No queremos un simulacro más, bajo cuya falsía pudra su vida pestilente la antigua injusticia, más corruptora cuanto más revestida se ostente con las formas de la legalidad. No; lo que anhelamos es

una superación de nuestra conciencia colectiva, cimentada sobre una superación de la conciencia individual.

* * *

Como toda doctrina viva y fecunda, esta del Minimum Vital tiene su origen en una concepción del mundo, en una filosofía. De concepción filosófica, podrá extenderse al plano espiritual y revestirse con formas religiosas; del campo de la religión trascenderá a la esfera del arte, para manifestarse como poesía, pintura, estatuaria y música. Por medio de la forma artística, que es un vehículo emocional poderoso y sencillo, prenderá en los corazones que han sentido hambre y sed de justicia, externándose en hechos y costumbres; y luego, con toda la fuerza acumulada a través de esas cristalizaciones, se hará legislación, derecho escrito. Mas, sea cual fuere la marcha que siga, y el tiempo y el esfuerzo que requiera su realización, no hemos de consentir en que disipe su fuerza en los escarceos de una literatura vacía, ni en los perifollos de una legislación que nadie sostiene, porque nadie la siente ni la vive.

El Minimum Vital, a pesar de su voluntaria restricción que se contenta con satisfacer las necesidades primordiales, es todo ello *cosa viva*, cuya finalidad es la *vida*, cuyo manantial y camino tienen que ser, literal y espiritualmente, *vida*. Y no puede nacer, ni desenvolverse, ni culminar, sino MEDIANTE LA ACCION CONTINUA, DISCIPLINADA Y FERVOROSA DE HOMBRES QUE LA SIENTAN, LA PIENSEN Y LA QUIERAN.

Estos son los sembradores que hacen falta para esta siembra: hombres que asienten la mano decidida sobre la mancera del arado, y hagan penetrar hasta el fondo su reja anhelosa de llegar hasta las raíces de la justicia y de la verdad.

Tales adeptos fervorosos, han de proclamar y extender la Doctrina Vitalista con hechos, con normas de conducta, con la sujeción a una manera de vivir que esté propagando por sí misma y

en todo momento, la eficacia de la Nueva Fe, del Nuevo Orden Social que se trata de establecer.

Y para ello, deben asumir como DEBERES IMPRESCRIPTIBLES, éstos que señalamos a continuación, a manera de Mandamientos Individuales.

1º—Considerar la condición de trabajador honrado y experto como el ideal más alto a que puede aspirar un miembro de la comunidad;

2º—Honrar el TRABAJO VITAL, como el fundamento y la condición indispensable del bienestar común y de la justicia social;

3º—Ser trabajadores asiduos, esforzados, atentos y leales con su obra, cuya perfección han de considerar ligada íntimamente a su honor y a su probidad;

4º—Ayudar a todos sus hijos, y a sus padres ancianos y necesitados;

5º—Contribuir lo mejor que puedan al sostenimiento de los orfanatorios, hospitales y asilos de indigentes de su comuna o de su provincia;

6º—Proteger a los animales no dañinos, y especialmente a los pájaros, como eficaces auxiliares de nuestra vida;

7º—Respetar y proteger al árbol, como acumulador y distribuidor de la vida en el planeta;

8º—Ser limpios y bien hablados;

9º—No embriagarse ni narcotizarse; no aventurar al juego el producto de su trabajo; no disiparse ni prostituirse, a fin de que todas sus fuerzas converjan a la eficacia máxima de su labor;

10º—No explotar ningún vicio; no vivir de la usura; no usurpar en ninguna forma el trabajo ajeno; no acaparar la tierra, ni las casas, ni los víveres, ni nada que sea indispensable a las necesidades vitales de los demás;

11º—Velar para que sean cumplidos los DERECHOS DEL NIÑO, a quien han de considerar como supremo elemento purificador y edificador de la vida social;

12º—No prestarse nunca, ni por recompensa ni por amenaza, a servir de instrumento de ninguna opresión, explotación o tiranía que afecten a los derechos vitales de los otros.

* * *

Así, sumisos con docilidad y fervor a estos mandamientos, en cuya obediencia y cumplimiento han de hallar su alegría y su orgullo, concebimos nosotros a los sembradores de esta semilla de justicia, de armonización, de verdad y de vida.

VII

Necesitamos repetir una y otra vez, que el *Mínimum Vital no es Beneficencia, sino Derecho*, y derecho primario y absoluto. No es el Estado dando escuelas y otras cosas, “después de atender a la función principalísima de defender la soberanía”, si no la *Nación organizada como una gran familia en que se atiende a la función CAPITAL PRIMARIA, de procurar vida* a todos sus miembros. Nosotros los vitalistas no queremos oír hablar de soberanía ni de abstracciones de ningún género; queremos oír hablar de niños que comen buen pan y toman buena leche; de gentes que van calzadas y vestidas de verdad; de trabajadores que se nutren bien; de familias que viven en casa amplia, soleada, aireada; en fin, de un pueblo fuerte, sano, vigoroso, alegre, cuya religión es trabajar, y cuya recompensa es VIVIR.

Nosotros sabemos, y no queremos perder el tiempo en demostrarlo, porque es evidente, que las palabras de *soberanía, independencia, autonomía*, carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, son las fuentes de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos *reales*. Cuando se tiene vida, se es independiente, se es libre, se es soberano, y se tiene aliento para

luchar, y para morir defendiendo la libertad; la independencia, la soberanía y todo lo demás.

El Minimum Vital coloca el vivir, el vivir sano, alegre, fuerte, *por encima de todo y como base de todo*. Es a la vez, la raíz del árbol y el penacho que le corona. Y no puede confundirse con la Caridad ni con el Altruismo, con la Beneficencia, con la Democracia. No quiere que se le confunda ni en los fines ni en los medios, con sistemas que han sido ya ampliamente experimentados, y cuya eficacia resulta siempre hartamente limitada y eventual.

El hombre necesita ahora asentar todos sus anhelos sobre la REALIDAD BIOLÓGICA, que no es *entidad ni soberanía*, ni otras cosas de este jaez, sino nervios, músculos, sangre, pulso fuerte y respiración profunda. Y eso lo da el trabajo bueno, el buen sueño, el buen descanso, la casa buena, el vestido bueno, la comida buena.

Es un *Vino Nuevo*, que tenemos que echar en *odres nuevos*.

VIII

Dicho en síntesis, y para que lo recuerden mejor quienes hayan leído estas páginas, el MINIMUM VITAL se resume así:

1º—Toda criatura, por el simple hecho de nacer y de vivir, *tiene derecho a que la Colectividad le asegure, mediante una justa y sabia organización de la propiedad, del trabajo, de la producción y del consumo, un MINIMUM DE VIDA INTEGRAL, o sea la satisfacción de las necesidades primordiales;*

2º—La Naturaleza ha previsto lo necesario a la consecución de ese fin, dotando a la Colectividad de *Sustancias Comunes*, que son la materia prima del trabajo y de la vida, y dotando a cada individuo de *instrumentos* que le capaciten para transformar esas sustancias, y extraer de ellas todo lo necesario para la sustentación individual y colectiva;

3º—La tierra, el agua, el aire, la luz, el calor solar, con todas sus modalidades y potencialidades, son esas sustancias comunes,

herencia y propiedad de todos los seres, y por consiguiente no apropiables a título perenne por ningún individuo, sino por usurpación que nada puede jamás justificar. Así, ningún hombre es dueño legítimo de la tierra: usa de ella en cuanto se lo permiten las leyes y costumbres creadas por la Colectividad, que es *la sola y legítima poseedora*;

4°—Los instrumentos de trabajo de cada hombre, con sus brazos, sus piernas, sus sentidos, sus pensamientos. El motor de ellos, su voluntad de trabajador; y *en cuanto realiza esa voluntad, mantiene su derecho imprescindible a un Minimum de Vida Integra*;

5°—El deber primario, anterior a todo, por encima de todo, para el individuo, la familia, la Comuna y el Estado, es organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo, lo mismo que las relaciones entre hombre y hombre, de manera que todo converja a la realización perenne y fácil del Minimum Vital: es decir, a que el trabajador encuentre siempre las condiciones necesarias para alcanzar su Minimum de Vida Integra.

* * *

Nótese bien que la verificación en los hechos, de esta doctrina, no está necesaria ni absolutamente ligada a tal o cual régimen político ni económico; si se tratara de un pueblo de pescadores, o de sólo mineros, donde el cultivo fuera imposible, la doctrina subsistiría con el mismo imperio que en un país de agricultores; si se tratara de una tribu nómada cuya vida dependiera únicamente de sus ganados, sería lo mismo. Porque en todas partes y en todas las condiciones imaginables, el hombre está en contacto con las grandes Sustancias Vitales de la tierra, del aire, de la luz, del agua, del calor, sobre las cuales tiene que actuar para vivir.

Maneras de organizar el funcionamiento económico de nuestra doctrina, habrá muchas: tendrán que variar según los lugares y las épocas, y serán inadecuadas para unos pueblos las que resulten mejores y más eficaces para otros. Lo que subsistirá siempre, es el

derecho de la criatura a vivir íntegramente: la confirmación y realización de ese derecho mediante su voluntad de trabajar, es decir, de emplear sus instrumentos de trabajo, en la transformación de las *Sustancias Vitales*; su posesión perpetua, inalienable, imprescriptible de tales sustancias, y su uso en la cantidad y forma que determine el Acuerdo Social, y finalmente, el reconocimiento claro, invariable y total, de parte de la conciencia colectiva, de que su deber, su más alto deber, su deber primario, es mantener seguro y fácil el acceso a la Vida Integra, para todos los miembros de la Comunidad.

* * *

Termina aquí la exposición sintética de la Doctrina del *Mínimum Vital*, en lo que se refiere a su Filosofía, su Etica, su Definición y su Finalidad.

Ahí queda flotando en el ambiente, como flota el polen de las flores, confiado en que el viento lo llevará sobre sus alas, adonde halle tierra propicia, y agua y sol para germinar y florecer.

Hay una hora para las ideas como hay una hora para que se abran los capullos de las rosas. La brisa, el torrente, el buche del pájaro, la tierra y las nubes conocen esa hora, y hacen su deber para que la Voluntad de lo Alto se cumpla. Es un secreto que Dios les confía, y al cual ellos, con gozosa fidelidad, consagran sus fuerzas.

¿Ha llegado esa hora para el *Mínimum Vital*, para una organización de la Vida en que las palabras Justicia y Amor tengan sentido?

Sí, ha llegado.

San Salvador, agosto de 1928 a febrero de 1929.

De *El Mínimum Vital (Ensayo Sociológico)*, San Salvador, Editorial Helios, 1929. Guatemala, 1929. *Obras de Alberto Masferrer*, I, 18-37 Biblioteca Universitaria. San Salvador, 1948. *El Mínimum Vital* y otras obras de carácter sociológico, 185-210. Guatemala, 1950.

LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO

I

SERIA empresa digna de acometerse, el fundar y sostener una biblioteca municipal en cada población de la república.

No se trata de un trabajo fácil; exigiría desinterés, constancia y método; unos diez años de labor, y un gasto aproximado de quinientos mil pesos.

Pero una vez realizada y afirmada esa fundación, habría derecho para grabar en la frente de nuestro país la palabra *cultura*; y aquellos a quienes se debiera esa obra, tendrían derecho a ser considerados como *grandes benefactores* de la patria salvadoreña.

No pensamos, ni por un momento, en un decreto del gobierno, *creando, nominalmente*, las bibliotecas municipales; no pensamos en un decreto de la Asamblea Nacional, *votando* para fundar esas bibliotecas una fuerte suma de dinero, que no tiene el fisco, ni tendrá en muchos años. Nuestro pensamiento se concreta alrededor de *una empresa colectiva*, realizada y sostenida en colaboración con el gobierno, las municipalidades, los propietarios, los maestros, la prensa; en fin, por todos aquellos elementos que son fuerzas vivas en la nación. Especialmente los municipios; incluyendo entre los contribuyentes de cada municipio, a los extranjeros establecidos.

Desde luego, adviértase que no perseguimos la fundación de bibliotecas al modo clásico, ya fuera de la época, ineficaces, antieconómicas e incompletas. Aquello de un vasto caserón

rebosando papeles, donde se acumulan de hora en hora cuantas boberías y fastidios trasuda el pensamiento humano; donde por cada *libro* que ingresa, muy de tarde en tarde (porque un *libro* verdadero, así como un canto, una estatua o un cuadro verdadero, sólo se producen muy de tarde en tarde) ingresan centenares de volúmenes ineptos; aquellas *bibliotecas reales*, no son las que necesita una democracia incipiente, urgida de que se le enseñe a deletrear. Si acaso, aceptaríamos la utilidad de la biblioteca grande, con treinta, con cincuenta, con cien mil volúmenes, únicamente para San Salvador.

Mas no para nuestras cabeceras departamentales o de distrito, y mucho menos para la casi totalidad de nuestras poblaciones, que son, por su tamaño y número, simples aldeas, y por su bagaje mental, casi lo mismo.

En suma, nos referimos a la *pequeña biblioteca*, adecuada a la comprensión del mayor número y no al sibaritismo intelectual de unos cuantos; en relación con la capacidad económica de cada lugar, y no como una carga que esté siempre necesitando de subsidios y sacrificios.

Pequeña biblioteca, no quiere decir ineficaz, inadecuada, exigua. Afirmamos que mil volúmenes escogidos, sabiamente *escogidos*, formarían una excelente biblioteca para San Miguel, Sonsonate, San Vicente, Ahuachapán y dos o tres ciudades más. Seiscientos volúmenes bien seleccionados, serían un tesoro para casi todas nuestras cabeceras de distrito. Trescientos volúmenes *adecuados* harían en cada población de las restantes, un beneficio tan grande como el alumbrado eléctrico o la introducción del agua por cañería.

¿Se imagina el lector la cantidad de grato pasatiempo, de ciencia, de arte, de buen gusto, de poesías y canciones prácticas que pueden encerrarse en trescientos volúmenes bien escogidos? ¿Y cuánto tiempo necesitaría una persona discreta para leer con provecho trescientos volúmenes? Suponiendo que leyera cada libro *una sola vez* —y un buen libro nunca se lee una sola vez—

necesitaría trescientas semanas, a razón de un libro por semana. Es decir, *seis años*, aproximadamente.

De tal manera, que si a una biblioteca de trescientos volúmenes ingresaran cada año *no más de treinta libros nuevos* (que no valen arriba de un centenar de colones) *siempre habría* en dicha biblioteca una gran cantidad de lectura nueva, hasta para esos glotones que en vez de leer devoran libros.

Hablamos de *fundar una biblioteca en cada población de la república*. Hablamos de una *empresa nacional*, realizada en colaboración con las municipalidades, los propietarios, el gobierno, la prensa, los maestros, los obreros; por todos, en fin.

Hablamos de pequeñas bibliotecas, de trescientos a mil volúmenes cada una, *bien seleccionados*; sirviendo como criterio para esa selección, *la mentalidad media actual* de cada ciudad o pueblo. Hicimos la cuenta de que, con una renovación de *treinta volúmenes* anuales en cada uno de esos centros, habría *siempre* lectura nueva y copiosa para los más asiduos lectores.

Surge ahora, y en primer lugar, esta pregunta: *¿Qué fines principales* tendrían aquí en El Salvador esas bibliotecas?

Estos: primero, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la república.

Segundo, contribuir poderosamente a extirpar el analfabetismo; pues una vez que los padres de familia *se aficionen* a la lectura y comprendan sus grandes beneficios, harán todo esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y a escribir.

Tercero, crear un nivel de cultura media general, *que no tenemos*, y sin el cual las aspiraciones de libertad, democracia, orden, salud y bienestar son irrealizables.

Y cuarto, procurarnos una extensa *comunidad mental que nos vincule y nos oriente*; sin la cual viviremos siempre en total anarquía de ideas y de aspiraciones, tirando cada uno la manta para su lado, y sin posibilidad ninguna de transformar en *nación*, lo que hoy es simplemente *un territorio* muy poblado.

II

Si el lector medita sobre el alcance de cada uno de estos fines, verá que la fundación de bibliotecas municipales en grande escala, si se establecen siguiendo un plan bien meditado, sería una empresa de trascendencia incalculable; sería crear un instrumento de cultura, superior tal vez en eficacia a cuantos ahora poseemos.

Detallemos un poco la exposición y ventajas de cada uno de estos fines:

El primero, dijimos, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la república.

El tedio es uno de los peores enemigos del hombre. Si no se incluyó entre los pecados capitales, es porque el tedio, más que un pecado es una enfermedad, una enfermedad radical, puesto que daña o arruina el espíritu, y con éste, el cuerpo. “Consolar al triste” es una de las obras de misericordia. El tedio es la tristeza llevada al punto de gangrena. El que está simplemente triste, padecerá él solo; quien padece de tedio, hará padecer a los demás, porque el tedio se resuelve en aversión y aborrecimiento de la vida, es decir, de todo cuanto nos rodea. Aquel discreto abad que obligaba a sus monjes a destejer hoy las cestas que habían tejido ayer, sabía muy bien que debe combatirse el tedio a toda costa; porque donde él entra y domina, todo se vuelve negruras e infestaciones.

Ahora bien, El Salvador es uno de los pueblos más tristes de América; uno de los pueblos en que la vida es más melancólica y tediosa. No inquirimos ahora las causas de esta modalidad; simplemente hacemos constar el hecho, y lo evidenciamos. Sirvan como testigos en primer lugar, nuestros lectores que hayan viajado un poco. ¿Encuentran, ni remotamente, un término de comparación entre la alegría nuestra y la de los franceses, por ejemplo? ¿Han visto aquí los

grupos de estudiantes que se ven en Bruselas, cantando en pleno bulevar, a las diez de la mañana a los compases de un acordeón? ¿Existe aquí la canción popular que se oye en la Europa del norte surgir espontáneamente de un grupo de obreros, de estudiantes o de soldados, o de simples vecinos paseantes que se encuentran en el teatro, en la calle, en el campo? ¿Qué hacen los salvadoreños (salvo los que a fuerza de dinero se procuran algunos pasatiempos) los días festivos? Aburrirse, encerrarse, carambolear como todos los días en los billares, o irse a la cancha a matar gallos. En Europa, en habiendo asueto, el burgués coge su cesta al brazo, la guarnece de un pan, de un trozo de jamón o de queso y de una botella de vino, e inunda los Parques y los bosques donde ríe, canta, baila, corre, se vuelve niño y se aprovisiona de vigor y alegría para el resto de la semana. Nosotros, ¿qué sabemos de tales recreos?

En Chile, durante los días de labor, el chileno parece una máquina, atareado, callado, casi taciturno, como si todo su ser no estuviera capacitado sino para el trabajo. Pero el sábado por la tarde, cerrados ya el taller, la oficina, la fábrica, el chileno se entrega con todas sus potencias a la más estruendosa y vigorizadora alegría: al baile de la *cueca*, que es la combinación más feliz del canto, el baile, el recitado y otras formas de contento. Quien no ha visto bailar la zamacueca, al modo de Chile, con *tamboreo y wifa*, al son del arpa (que es allá el instrumento popular), tocada por una moza gentil —al arrullo, de una canción que entonan otras dos, mientras golpetea con los nudillos en la caja del instrumento—; salpicada la danza con recitados, y fundido todo ello en el coro de los espectadores que marcan los compases con palmoteos..., quien no ha visto y oído la *cueca*, decimos, no sabe lo que es alegrarse ni mandar al diablo las penas de hoy, las tristezas de ayer y las inquietudes de mañana.

¿Para qué decir nada de los *yankees*? El norteamericano, así con su afán de millones, su atmósfera de carbón y su *país*

de hierro, es el hombre que más se divierte bajo el sol; el más capaz de divertirse, el que con más espontaneidad y rapidez se entrega al sport, al baile, a la risa, al juego en todas sus formas, al paseo en calles y parques, a la lectura de recreación y distracción. El neoyorkino, en aquella infernal Nueva York, juega pelota todo el año a toda hora; si llega un camión a descargar o a llevar cualesquiera cosas, mientras se abre la casa o el almacén, el chofer, el peón, o el factor descienden inmediatamente y, emprenden *un match*, con el primer chiquillo de buena voluntad que pasa por ahí. Recordamos que un día, a eso de las cuatro de la tarde, en un trayecto de doscientos metros en la calle 98, contamos envidiosamente *diecinueve* grupos de jugadores de pelota; niños de escuela, muchachas y muchachos, obreros y factores, jóvenes y viejos, vecinos que salieron de sus casas y dependientes que dejaban un momento sus tiendas, para echar una mano en el juego. Jugaban la pelota de mano en mano; contra la pared; con pala; tirada a lo alto, en mil maneras, sin cuidarse de nada ni de nadie, como si fuera un pueblo de niños, donde la ocupación más grave e importante fuera el peloteo.

Por eso es aquel pueblo tan fuerte: *porque es alegre*. Por eso nuestras mujeres, que aquí agonizan de monotonía en su lucha sempiterna y trivial con la criada, suspiran por vivir en Nueva York, no obstante que allá tienen que servirse a sí mismas, y cargar con todos los quehaceres y faenas.

Por eso nuestros jóvenes, no obstante vivir aquí maldiciendo del *yankee*, de palabra y por escrito una vez allá no quieren regresar, y si vuelven, se empeñan en simular la vida que allá hicieron. Pues, en verdad, la vida melancólica, uniforme, tediosa que llevamos en nuestra tierra, seca todos los manantiales del vigor, y convierte el ánimo en un yermo donde sólo brotan flores con gozo efímero y malsano, a fuerza de provocarlas con tabaco, licor, morfina y toda clase de excitantes.

III

Hablando de diversiones en este país, no hemos de contar San Salvador. Aquí tenemos el cine, el hospital, el cementerio; la misa cuando hay buena orquesta; ir a Mejicanos a respirar polvo (no inodoro), y a comer allá, en el suelo (tampoco inodoro) cosas que, para ingerirlas, más que de apetito se requiere de mucho valor y ningún olfato. En días venturosos tuvimos a nuestro Lagos y Lagos, que nos hacía reír la buena risa. Teníamos también los conciertos, tan alegres y civilizadores; pero nuestras discretas señoritas y sabias señoras han descubierto que no es de buen tono ir al concierto; que lo *chic* es aburrirse en casa. Y si no van ellas ¿a qué iríamos los demás?

Con todo, admitamos patrióticamente que San Salvador es alegre. Y admitamos que lo son también, Santa Ana, Ahuachapán y alguna otra. ¡Pero y el resto, señor! Verdad que toda población tiene sus estancos, y que ahí el pueblo soberano se divierte a su guisa, con una guitarra de clavijas versátiles, *guaro* y apasto, y tal cual machetazo descomunal que contrarresta el excesivo número de nacimientos.

La verdad es que todo ello junto no alcanza a merecer para nuestra república el dictado de nación divertida. Un cantarcillo popular que se oye con frecuencia en nuestras aldeas, podría servir a los que gobiernan para formarse un criterio justo sobre la necesidad de crear diversiones para el pueblo:

¡Qué cosas las del alcalde,
Quiere quitar la bebida,
Sabido que el hombre pobre
Sólo bolo tiene vida...!

¿Oyó, señor alcalde? El hombre pobre, sólo borracho tiene vida... aquí entre nosotros, donde usted y colegas, en vez de

esforzarse en darle al pueblo diversiones honestas, le han quitado, so pretexto de cultura y de modernismo, hasta las escasas que aún tenía. Le han quitado hasta aquel saludable, gratisimo e inocente juego de las bolas, que en todas las aldeas salvadoreñas servía de *billar a los pobres*, y en vez de ésa, le han dejado el de los *bolos*, que comienza en alegría, sigue en ridiculez, continúa en estupidez y brutalismo, y acaba muchas veces en sangre.

Pues bien, si fundáramos las bibliotecas municipales sobre la base de *lectura amena*, habríamos hecho algo muy importante en este ramo de crear diversiones para el pueblo. Lectura amena, sobre todo. Nada de imitación de Cristo, ni de Schopenhauer, ni de Paul Bourget, ni del millón de filósofos, novelistas y sabios que se propusieron acabar con la escasa alegría que aún conserva la triste humanidad, sino libros alegres, regocijados, alentadores, que traen buena digestión y buen sueño: Julio Verne, el Robinson, Cuentos de Grimm y de Perrault, *Las mil y una noches*, Samaniego, Luis Taboada, Dumas padre y Walter Scott; Zorrilla y Bretón de los Herreros; libros de viajes, libros de imaginación, libros de poesía: alimento sano, grato, asimilable.

Los primeros cien libros de cada biblioteca han de ser así: libros de risa, de belleza, de fantasía, de sugestiva y honda emoción, para que el pueblo se aficione a la lectura. Hemos de tratar a esos reacios y perezosos lectores así como a los niños; o mejor dicho, hemos de aprender de los niños el arte de formar lectores. ¿Qué es lo que los niños prefieren? Libros de cuentos, y más si *tienen láminas*. Si se le dan libros de cuentos, el niño se pasará las horas y los días leyendo. Si se le dan tratados de Algebra, Guías de Pecadores, pesaderías de Samuel Smiles y de Marden, el Arte de los Negocios y otros tales, preferiría mil veces jugar trompos, *mica* y otras diversiones que realmente lo son. En caso semejante, el obrero, el campesino, el pequeño burgués, prefieren el estanco y la guitarra, aunque sea encordada con pita de cáñamo.

¿Qué número de fieles quitaríamos al patio de gallos y al estanco, una vez que en cada población del país hubiera una pequeña biblioteca, donde el pueblo encontrara lectura *verdaderamente divertida*? Un número muy grande, sin duda, pues el libro llega también a convertirse en vicio, y todo vicio es absorbente, y por ello, excluyente.

Si comprendemos bien el problema que se trata de resolver con el establecimiento de las bibliotecas municipales, veremos que no es sino *enseñar a leer* a nuestro pueblo. Al niño, mal o bien, se le enseña a leer en la escuela, y si *todos* los niños pasaran por la escuela y *aprendieran* allí esta primera parte de la lectura que llaman deletrear y *decorar*, el problema se resolvería por sí mismo, *hasta cierto punto*. No habría sino esperar que todos los viejos analfabetos nos fuéramos muriendo, y a la vuelta de unos treinta años contaríamos con una generación en que el analfabeto sería la excepción y no la regla.

Pero en la realidad de los hechos, más de la mitad de los niños salvadoreños no asiste a la escuela, y muchos de los que van no alcanzan ahí a comprender *el mecanismo* de la lectura. Mas, suponiendo que todos los niños lo aprendieran, ello no fuera sino una media resolución del problema, un paso en la jornada; puesto que entre uno que sabe la lectura *mecánica*, y un lector, la diferencia es enorme. Lector es aquel *que tiene el hábito de leer*. Este hábito no se adquiere en nuestras escuelas ni en la mayor parte de las escuelas de Centroamérica, sino rara vez, eventualmente. Y lo mismo sucede, con atenuaciones, en Europa. No es afirmación nuestra, sino de los educadores suizos, quienes, hablando de la escuela suiza (una de las mejores del mundo) afirman que, generalmente, “los niños salen de la escuela con *una marcada aversión* a los libros; que la escuela *les mata la curiosidad*”. Ahora bien, cuando un niño sale con *aversión* a los libros, con la curiosidad extinguida, podemos decir de él que es un fracasado, en cuanto se relaciona con su futuro cultivo mental por medio del libro. Ese niño *no será*

lector, salvo que se le sujete a una disciplina especial que reviva su curiosidad. Pues la curiosidad es el móvil mayor y más constante de todo aprendizaje.

Esa disciplina especial, llamada a complementar la acción de la escuela o a *corregirla*, es la biblioteca municipal, la biblioteca popular, que nunca llenará sus propósitos si no admite como primordial y necesaria condición la de proporcionar *lectura amena*; la de ser, antes que un centro de instrucción, *un centro de recreo*.

IV

El segundo de los propósitos que cumpliríamos con las bibliotecas municipales se refiere al analfabetismo. Con estas bibliotecas disminuiría grandemente, pues, como decíamos, una vez que los padres se *aficionen* a la lectura, *harán todo* esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y escribir.

Que los adultos *se aficionen* es todo el secreto de la cuestión. Desde el momento en que nos *aficionamos* a una cosa —sea, si se quiere, la más difícil de alcanzar— desde el momento en que tenemos *fe* en su mérito o su eficacia, ya estamos desplegando todas nuestras fuerzas para conseguirlo o realizarla. Aquello que no se obtiene, aquello que no se mejora —aunque día y noche hablemos de sus excelencias— es, en último análisis, algo que *no nos inspira efecto, algo que nos es indiferente*.

Aquí tenemos un ejemplo: San Salvador, Santa Ana, San Miguel, han construido hermosos y costosos teatros; tan hermosos, que causarían envidia a muchas ciudades hispano-americanas. De una manera u otra, con el dinero particular o con el público, valiéndose del apoyo municipal o del apoyo del gobierno, ello es que han construido hermosos edificios teatrales. ¿Por qué? Porque los salvadoreños tenemos afición al teatro, *tenemos fe* en el teatro. En cambio, no sabemos de ninguna

ciudad salvadoreña que haya construido un buen edificio escolar. Una casa de escuela, propia, adecuada, moderna, del tipo que ya es común en casi todo el mundo culto, no la hemos construido. ¿Por qué? Porque no tenemos fe en la escuela, porque no le tenemos *afición*. Así también hemos edificado hermosos cuarteles, hermosos casinos, hermosos parques; mas *no* hemos pensado en edificar nada para una biblioteca ni para un museo. Cuestión de que a unas cosas les tenemos *afición* y a otras no.

En materia de analfabetismo, así andamos; escribir y hablar de la cosa, todos hablamos y escribimos o porque ello es de moda, o por temor al qué dirán, o por nuestro prurito de creer que nombrar una cosa equivale a crearla. Pero el analfabetismo no decrece, porque *en realidad*, no nos importa; porque nuestra *afición* a la lectura no es lo bastante grande para que de ella surjan *las obras*.

Pues bien, hemos de crear, hemos de vigorizar esa deficiente *afición* de nuestro pueblo a la lectura, y al efecto nos servirán de mucho las bibliotecas municipales. Ya dijimos que la primera condición de tales centros será establecerse sobre una base de *lectura amena*. Cosa que atraiga, cosa que *divierta*.

Pero surge una dificultad: ¿qué libro será bastante regocijado y atrayente, que se haga leer de aquellos que no saben leer, de aquellos que no conocen *ni la O por lo redonda*, ni *la I por lo larga*? Y esos son legión; la mitad, acaso más de nuestro pueblo, no conoce el abecedario. Démosle *Las mil y una noches* a los dos tercios de millón de analfabetos absolutos *en quienes reside la soberanía*, ¿a ver si leen ni siquiera el título del libro?

Pero gracias a Dios, contra siete vicios hay siete virtudes, y si la virtud necesaria en este duro trance ha sido descubierta y practicada en alguna parte, bien podremos nosotros aprovechar de aquel descubrimiento y practicarla a nuestra vez.

En efecto, ha sido descubierta y *practicada*. En Santiago de Chile —para no hablar sino de lo que hemos visto aquí mismo en América con nuestros propios ojos— conocimos una cierta

Asociación de Estudiantes Universitarios, la mayor parte de familias ricas y de alta sociedad, consagrada a *fundar escuelas nocturnas de adultos*. A fundarlas y mantenerlas con su *propio dinero y su trabajo personal*.

Por aquel tiempo, hace unos veinticuatro años, la “Sociedad Franklin” que así se llamaba, tenía perfectamente organizadas ya dos escuelas nocturnas. Los fundadores de aquellas escuelas hubieron de aguzar el ingenio para lograr que los adultos —obreros, peones, sirvientes—, consintieran en ir a la escuela, y luego en no desertar de la misma. Conviene advertir que el pueblo bajo, la plebe, puesto que hay que llamarla con exactitud, no es allá, de ninguna manera, superior al nuestro. El nuestro vale más que aquél, como inteligencia, como limpieza, como afición a instruirse. Las clases dirigentes chilenas no tienen entre sus numerosas y difíciles tareas de cultura y de gobierno, ninguna más difícil y penosa que la de convertir *en pueblo* el populacho; que extraer de *un roto* un ciudadano.

Pues bien, nuestros beneméritos estudiantes habían montado sus escuelas sobre el más ingenioso mecanismo de atracción, de simpatía, de caridad, digamos, para que aquellos desastrados e imbéciles *rotos*, vinieran al *centro* donde se les transformaba en hombres, en ciudadanos. Había una *Comisión de Asistencia*, encargada, como si dijéramos, de lanzar y domesticar al animal montaraz, y de buscarle y de conducirlo al redil cada vez que por cualquier motivo desertaba de la escuela. ¿Que Juan ha dejado de asistir? Pues a buscar a Juan, allá por los suburbios en el cuartucho miserable donde habitaba.

—¿Por qué no has vuelto a la escuela?

—Porque estoy enfermo.

—¿Tienes médico?

—No.

—Pues te vendrá a curar uno de los médicos de la escuela (practicantes de medicina, que eran miembros de la asociación).

—¿Tienes para medicinas?

—No.

—Pues se te darán en el dispensario de la escuela (la escuela tenía su farmacia).

Juan, asistido y curado por la escuela, se sentía, por gratitud, obligado a no seguir faltando.

—¿Que hace tantos días que Pedro no ha venido? Pues a buscarle. Pedro alegaba hallarse en enredos judiciales con su patrono, y que eso no le dejaba tiempo de pensar en escuelas ni en tonterías.

Y entonces, un joven pasante de Derecho, miembro también de la asociación, iba en solicitud del patrono de Pedro, a transar con éste si era justo y posible, y si no, a tomar a su cargo ante los tribunales la defensa de Pedro.

Naturalmente, por muy bruto que fuera Pedro, le tomaba cariño a la escuela, que le sacaba de tamañas dificultades.

Para los viejos, para los recalcitrantes al estudio, para los que *nunca* habían visto *ni conocían una letra*, había un *centro de lectura* que trabajaba especialmente los domingos y días festivos. Y en tal centro vimos a nuestros estudiantes, horas enteras, cada uno a su turno, *leyendo* en alta voz, en medio de un corrillo de gentes atentas y gozosas, *Las Aventuras de Robinson*, las novelas de Julio Verne, cualquier libro de esos muy divertidos, que no quiere uno dejar de leer, o de *oír*, una vez que lo ha comenzado a gustar.

A la vuelta de algunos meses, aquellos reacios analfabetos *consentían* en recibir clase de lectura es decir, admitían y recibían el bautismo de la civilización.

Esta es la virtud que vimos practicar en Chile, y su recuerdo nos sugiere la idea de que nuestras bibliotecas municipales deberán tener, cada una un *Centro de lectura* anexo, donde se martaje la piedra dura del analfabeto pertinaz y obstinado, hasta crear en él la llamita de la *afición*, que luego transmitirá a sus hijos.

Contra siete vicios...

Este capítulo debería versar sobre el tercero de los fines que perseguimos, cual es el de crear un nivel de cultura media general, que no tenemos, sin el cual “son irrealizables las aspiraciones de orden, libertad, democracia y salud”. Pero hasta en las más pequeñas cosas interviene el azar, y éste nos obliga a cambiar hoy el orden de nuestras conversaciones.

En cierto lugar, un hombre progresista y resuelto nos escribe: “no hablemos más, fundemos aquí, sobre la marcha, la primera biblioteca de las que han de crearse, y para ello, díganos usted cuánto valdrán los cien volúmenes que servirán de base, y cuáles volúmenes han de ser”.

Este hombre, que hace lo que tantos otros hombres sólo dicen, merece atención, y se hallará justificado que nos apartemos del orden en que íbamos exponiendo nuestras ideas, para entrar con él en una conversación particular.

Al hecho, señor. Sólo sí, le rogamos tenga presente una advertencia, y es que no se trata solamente de gastar una cierta suma, en unos cuantos libros; de ponerlos allí en servicio más o menos regular, durante su administración de alcalde, y que mañana el sucesor de usted disponga que ya no; que ese dinero debe gastarse en otra cosa, a la cual vincule él su nombre durante doce meses justos. No; se trata de fundar, y quien dice fundar, dice mantener. Y para fundar, sostener y mantener —que es la única manera de trabajar, digna de verdaderos hombres— lo de menos será el dinero; lo importante es que ese dinero convertido en libros, sirva, dure y perdure.

Porque, se lo diremos bajo toda reserva, hay dificultades, y entre otras, una gravísima, y es que los libros se pierden. Los pierden, replicará usted. No; se pierden. Decir que los pierden sería calumnioso, o por lo menos temerario. De ahí a decir que se los roban no habría más que un paso y seguramente un paso en falso, puesto que no hay ni hubo ni habrá un solo salvadoreño

capaz de robarse un miserable libro, y más si se ha comprado con el dinero municipal y para servicio del público. No, los libros se pierden y no porque nadie se los robe, que fuera un delito y una grosería, sino porque nos quedamos con ellos, lo cual es simplemente una costumbre.

¿Quién será capaz de robarse un libro? Sólo un ladrón, evidentemente.

¿Quién será capaz de quedarse con un libro? Nosotros, usted, los bibliotecarios, el lector, la lectora, el señorito, la señorita, el discípulo, el maestro, cualquiera. Es una costumbre y la costumbre es ley.

Sólo que, por inocente que sea esa costumbre, se adivina que mientras ella exista, lo que es crear y sostener bibliotecas municipales será poco menos que una quimera. ¡Imagínese usted! Si en vez de abrir la biblioteca con cien volúmenes, la inaugura usted con 3.000 y cada uno que la honre con su visita se queda con un volumen, parécenos que, en buena aritmética, al llegar a tres mil el número de visitantes, el de los volúmenes habrá llegado a cero; salvo que los custodios se queden... con los que les dejen.

Algo así sucedería en Zacatecoluca, a juzgar por cierta gemebunda correspondencia que vimos publicada en un diario; algo del mismo género acontecería en Chinameca, donde se montó una escogida biblioteca popular, de la cual sólo va quedando a esta hora la buena intención y el grato recuerdo. Algo así ocurriría y sigue ocurriendo en varias poblaciones de la república, donde alcaldes y patriotas se empeñaran en fundar bibliotecas municipales. La única que en ese tiempo se salvó de los estragos de ese sistema, fue la Nacional de San Salvador, gracias a la feliz circunstancia de haberse fundado casi toda ella con libros en árabe, en griego, en sánscrito y otras lenguas que no todos entienden.

El sistema en cuestión no sería del todo inconveniente si se pudiera reglamentar un poco más: si, verbigracia, a cada uno

de los que visitan una biblioteca le tocara quedarse con un solo volumen. Al cabo de las visitas, todos nos habríamos quedado con algo, y la diferencia sería que, en vez de ir a leer incómodamente a la biblioteca, leeríamos cómodamente en nuestra hamaca; nos cambiaríamos los libros y así se ahorraría el pago de local, de anaqueles, de alumbrado, de bibliotecario, de mozo de servicio y de estadística. ¿No es verdad que sería un hallazgo?

Mas suele acontecer que por demora de los visitantes, o porque no todos sean tan amigos de instruirse a domicilio, puede acontecer que sólo uno, o unos pocos se queden con todos los libros, y entonces fallan enteramente los propósitos de los que fundaron la biblioteca. Lograr que cada uno se quedara con uno o dos volúmenes, fuera haber puesto orden en el desorden; un progreso real, toda vez que un libro, no digamos quedándose con él, aun robándose, ha de producir siempre algún beneficio. En efecto, nótele usted, cuando uno se queda con ellos no será sino para leerlos. Si me quedo con un revólver o con una botella de cognac, o con una tableta de morfina, o con un par de dados, seguro que será para matar a alguien, o para embriagarme o para narcotizarme, o para que me despojen de mi dinero.

Pero si me quedo con un libro, de cien veces noventa y nueve será para leerlo o bien para darlo a leer a otro, que es justamente lo que andamos procurando. Mas, sea como quiera, nosotros deseamos difundir la lectura en una forma no tan simplista, y el escollo principal consiste en la costumbre de quedarnos con todo libro que encontramos mal puesto. Fíjese usted bien, el mal está en que los libros se hallan mal puestos. Por regla general, siempre que alguna cosa se pierde, es porque está mal puesta, y aquí volvemos al aspecto concreto y escabroso de la cuestión. ¿Qué haremos para que los libros de nuestras bibliotecas se encuentren bien puestos? ¿Ya pensó usted en ello?

Allá en nuestra niñez, los escolares de la *aldea* habían descubierto un remedio bastante ingenioso y eficaz, para evitar

que los unos se quedaran con los libros de los otros. Consistía el remedio en escribir con tinta muy fuerte y letra muy clara, en la primera página del libro, este conjuro amistoso y tremendo:

Si este libro se perdiese,
Como suele acontecer,
Suplico al que lo encontrase,
Que me lo sepa devolver;

Y si es de las uñas largas,
Que no se lo vaya a coger;
Y si no sabe mi nombre,
Aquí se lo voy a poner.

Fecha y firma.

¿Creerá usted que nosotros los niños de entonces, no nos atrevíamos a quedarnos con el libro ajeno, sólo por no incurrir en el dictado de uñas largas?

¡Ah, tiempos!

Los hombres de ahora, educados en las doctrinas de la lucha por la existencia, quizá no seríamos tan delicados como los niños de antes, y no nos atrevemos a proponer como único y seguro remedio contra el mal de que hablamos, el de escribir en la primera hoja de un libro aquellos versitos que tanto respeto nos inspiraban a nosotros. Y sin embargo, ¿lo creerá usted? Hemos visto usar nada menos que en Estados Unidos, los mismos recursos que empleaban los escolares de mi aldea: esta es la hora en que los yanquis, maestros en cosas prácticas, escriben, no en la primera página sino en el reverso de la pasta, una serie de advertencias que vienen a ser en substancia lo mismo que nuestro conjuro de las uñas largas: los libros, los millones de libros de las bibliotecas públicas de Nueva York, llevan impreso en el reverso de la pasta una serie de

amonestaciones que dicen, poco más o menos así: “*Procure usted que no se manche este libro. Vea que los niños no le arranquen las hojas a este libro. No coloque usted este libro abierto sobre la mesa descansando sobre las hojas. No doble las hojas de este libro para señal, porque se arruinará. Recuerde que si este libro se extravía, causará usted un daño a los otros lectores. No retenga usted este libro más tiempo que el necesario, porque hay otros lectores que lo necesitan y lo están esperando*”. Y no recordamos qué más.

Ya se adivina que se trata de libros que se lleva uno a su casa, donde no hay vigilancia posible de parte de los empleados, y que el solo control de la biblioteca que lo suministra, es esa serie de consejos cuyo sentido íntimo, para quien sabe y quiere entender, equivale a decirle: “No sea usted sinvergüenza: ya que se lleva ese libro a su casa sin pagar nada; ya que le damos a usted gratuitamente cuanta lectura necesite, ahorrándole así mucho dinero, no sea bribón ni grosero ni cochino, no se robe el libro, ni lo destruya, ni lo empuerque”.

Aquello de las uñas largas, resulta un caramelo si se compara con lo que los yanquis escriben en la portada de sus libros.

Y bien, allá lo mismo que entre los escolares de mi aldea, la filípica esa da resultados, y mucha gente que se habría quedado con los libros, si no encontraba en ellos esa inocente amonestación, los cuida y los devuelve, sólo por no incurrir en el feo calificativo de *distraído*. Es claro, a nadie le gusta que le digan *uñas largas*.

VI

Nos toca ahora hablar de los *cien libros* amenos, atrayentes, regocijados, que formarán *la base* de nuestras bibliotecas populares. Como quien dice, el anzuelo con que vamos a pescar lectores que no leen y hasta lectores que no saben leer. La Lista es muy fácil de hacer, a primera vista. ¿Libros amenos? No hay sino que pedir la colección

de Julio Verne, o las novelas de Dumas padre, o la serie histórica de Walter Scott, o la interminable Carlota Braem, o el canasto de Nick Carter o el costal de Ponson du Terrail, o la montaña impresa de Balzac, o las Aventuras de Salgari, o cualquiera otro de los fecundísimos autores de libros de pasatiempos, que han escrito centenares de volúmenes.

Pero se nos ocurre que eso de fundar una biblioteca —que tiene muchos gastos, aun siendo popular y económica— sólo para leer a uno de esos autores, no sería cuerdo en ningún caso.

Luego, hay la dificultad de que el mismo libro que alguien encuentre muy divertido, le resultará a otro poco menos que cansado, y aun enteramente insípido a quien tenga el gusto algo exigente.

Además, la amenidad de Dumas suele costar un falseamiento de la verdad histórica; la de Walter Scott, le encierra a uno en un mundo muy estrecho, en que apenas se ve otra cosa que las montañas y los matorrales de Escocia; la de Paúl de Cock, está buena para viejos verdes y para mozos pervertidos; la de la señora de Braem, sólo puede satisfacer a las amas de llaves o a las porteras; la de Ponson, acaba con las facultades de raciocinar y con el buen sentido; la de Balzac, por demasiado filosófica y por hallarse casi siempre mal traducido, acaba por ser enojosa, salvo en unas cuantas de sus novelas.

Y en cuanto a la fábrica de Nick Carter, Gastón Leroux, y otros falsificadores del ingenio de Conan Doyle, no suelen ser sino hacinamiento de disparates y falsedades que se imprimen y se venden... porque sí.

Renunciamos, pues, al autor único, y nos resolvemos a seleccionar, tomando de cada uno de ellos, una, dos, tres obras legibles, inteligentes y placenteras.

Claro que no solamente de los autores citados, sino de otros muchos. Claro también que ninguna de Nick Carter ni de otros facinerosos parecidos.

Así es que en nuestra lista no han de figurar sino libros que, por ser divertidos no dejen de ser discretos, y que no sean mentirosos, y que no sean obscenos y que no dejen un concepto demasiado estrecho

de la vida, y que no exijan demasiada técnica como algunos del encantador Julio Verne.

¿Bastaría con eso? Casi, casi: amenidad, inteligencia, decencia, verdad, amplitud y sencillez, parece casi todo lo que deberíamos exigir en los libros que vamos a poner en manos de nuestro pueblo.

Sin embargo, no es todo, y nada nos obliga a limitarnos a esas indispensables cualidades cuando podemos añadirles otras de tanto valor como aquéllas.

Por ejemplo, el optimismo, la fe en el bien, la energía sana y constante, que nos enseña Goldsmith; la belleza, el arte hondo de Stevenson; la sugestividad de Wells; la ternura, la profunda bondad de Andersen; el heroísmo de Scott; la piedad, la compasión infinita de Cheekof; en fin, todo lo que han creado de hermosura, de arte, de verdad, de bondad, los grandes escritores que son, por ello, los mejores y más grandes maestros de la humanidad.

Y todavía más: ¿Por qué no hemos de procurar, al mismo tiempo que divertir a nuestro pueblo, *darle una* orientación que le inicie en los principales dominios de la vida mental; que le haga capaz de continuar por sí mismo, según la vocación y posibilidades de cada uno, instruyéndose en los grandes ramos de la cultura? ¿Por qué hemos de limitarnos a las obras de mera ficción y fantasía, pudiendo también entrar en el campo de las realidades?

Queremos decir que no sólo en la novela podemos hallar los elementos de una lectura recreativa, sino también en la Historia, en la Moral, en la Geografía, en los viajes, en la Astronomía, en la Zoología, en la Física, en la Botánica, y acaso en otras. En forma directa o en forma de novela, hallaremos obras grandemente instructivas que son también de mucha distracción y amenidad, y las incluiremos desde luego en nuestra lista de los *cien libros*.

Henos aquí, pues, con un criterio de selección bien formado, y aptos para escoger los más adecuados a nuestro programa: cien libros de primer orden que sean obras de arte, obras amenas, sanas, discretas, optimistas, instructivas y sugestivas. Como si dijéramos, cien diamantes o cien rubíes extraídos de las minas de la literatura, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la moral.

El lector que llegue a leer cuidadosamente esos cien libros, que los guste, que los entienda, que los digiera, llegará a ser un hombre de bastante mentalidad, con ideas claras sobre muchas cosas esenciales, con buen gusto literario, iniciado en las disciplinas del arte y de la ciencia. Seguramente, más de alguno dirá que ambicionamos demasiado y que hacemos de una pequeña biblioteca municipal una princesa del Toboso, un hada capaz de convertir en carruajes las calabazas y en caballos los ratones. Tal vez; tal vez exageremos las virtudes de la lectura, pero vale la pena de hacer la experiencia, y más cuando la experiencia es fácil de hacer. La nuestra y la de otros muchos que la hicieron, dice que ya no cien libros, sino un solo libro, el *Fausto* de Goethe, por ejemplo, encierra grandes tesoros de cultura para el minero que sabe descubrirlos. Así, la cuestión está en saber seleccionar estos libros.

VII

Desde luego conviene saber que todos ellos han de ser empastados, impresos en letras de buen tamaño, en papel sin lustre, y en formato no más pequeño que el *octavo* ni más grande que el *cuarto mayor*; o dicho en otra forma, que su longitud no baje de quince centímetros ni suba de veinticinco.

Lo del tamaño es interesante para comodidad de los lectores y para facilitar la colocación de los volúmenes en los anaqueles; lo de la pasta, es indispensable para no gastar el dinero innecesariamente, pues los libros en rústica duran apenas la tercera parte del tiempo que duran los libros empastados; lo de la letra, es de mucha importancia para no arruinarles los ojos a los lectores y para que la lectura no se trueque de placer en fastidio, lo de la opacidad de las páginas se exige también en servicio de los ojos, que padecen con los espejeos del papel, sobre todo cuando se lee de noche.

Todos los volúmenes habrán de llevar en el lomo, en letra dorada, esta leyenda: *Biblioteca Municipal—Cojutepeque*, o donde

sea. Esta leyendita servirá de vanguardia al ejército de advertencias que movilizaremos contra los desvergonzados *uñas largas*.

Supuesto que los libros reúnan todas esas modalidades exteriores, ¿cuánto habremos de pagar por ello? Si los pedimos directamente a Madrid, a Barcelona, a Valencia, a París, nos costarán puestos aquí de *dos a cuatro colones* cada volumen.

Bromas aparte, afirmamos que nunca fueron tan caros los libros en San Salvador como lo son ahora, a contar de 1890 a esta fecha. Ahí están para certificarlo muchos doctores y coroneles que tienen el vicio de comprar libros, y quienes a esta hora deben de maldecir aquella en que adquirieron tan funesta manía; pues de no adquirirla, ni habrían perdido el estómago, ni usado anteojos antes de tiempo, ni aprendido un millón de cosas inútiles, ni invertido en papel manchado el valor de una finca de seiscientos quintales de café o de un aristocrático ingenio de azúcar.

En esa proporción, la pequeña biblioteca de *cien libros*, que traída directamente de Europa nos importaría unos trescientos cincuenta pesos, a lo más, si la compramos aquí nos saldrá por *seiscientos pesos* cuando menos; lo cual no puede ni debe consentirse, ahora cuando quien almuerza no está seguro de cenar, y cuando, aunque nos esté mal el decirlo, un colón salvadoreño vale nada menos que medio dólar.

¿Hay razones para esa nunca vista carestía de los libros? Las ha de haber sin duda, justas y muy imperiosas, y la primera de todas, que cada uno entiende la beneficencia a su manera y es dueño de fijar el precio a sus mercaderías. Nos hacemos cargo de que el comercio es azaroso y difícil en un país como éste, inestable y movedizo, con tanto polvo y tanto calor y con la incertidumbre del cambio. Luego, tantas ocurrencias no esperadas, que obligan al comerciante a subir los precios en obediencia a la previsora y sabia doctrina de que “el que adelante no mira atrás se queda”.

Nada tenemos que objetar y sí que agradecer y aplaudir en todo lo que atañe al arte maravilloso y milagroso de convertir el 2 en 4, sólo inferior al arte sagrado de Jesucristo, de transformar el

agua en vino. Puesto que el hecho existe, por algo será, y por algo, sin duda, absolutamente digno de respeto. Mas, sea como fuere, no vamos a caer en la locura de pagar diez por aquello que puede muy bien obtenerse al precio de cinco.

Ahora, si dichos señores libreros, por humanidad, por patriotismo, por amor a la cultura, por toda clase de buenas razones quieren convertirse en cristianos *por una sola vez*; o mejor dicho, *sólo en el caso de ayudar a las bibliotecas municipales*; si quieren contribuir a esta empresa, haciéndonos precios de favor, por supuesto; si quieren pedir por nuestra cuenta, mediante una comisión razonable, las obras que comprenderá la lista de los *Cien Libros*, o si quieren vendernos los que tengan en plaza, ganando un amigable, benévolo y equitativo tanto por ciento,... entonces, vengan las dos manos; estrechémoslas contra nuestro pecho, besémosles en ambas mejillas, y aprestémonos a declararles benefactores de la cultura salvadoreña.

VIII

No es perfecta la lista que hemos formado, hay en ella una veintena de obras que podrían substituirse ventajosamente con otras; pero ello no es posible por el momento. En todo caso, estamos seguros de no haber incluido en nuestra lista ningún libro tonto ni perverso.

He aquí la lista:

1.—*Fábulas*, Samaniego; 2.—*Cuentos*, Perrault; 3.—*Cuentos*, Andersen; 4.—*Cuentos y fábulas*, Tolstoi; 5.—*La tierra*, Vidal de la Blache; 6.—*El Africa tenebrosa*, Stanley; 7.—*El arroyo*, Eliseo Reclús; 8.—*Luz y Vida*, Buchner; 9.—*Colección de cartillas científicas*, Appleton; 10.—*Teatro selecto*, Calderón de la Barca; 11.—*Dramas*, Schiller; 12.—*Comedias*, Bretón de los Herreros; 13.—*Un enemigo del pueblo*, Ibsen; 14.—*El avaro*,

Molière; 15.—*Comedias escogidas*, Alarcón; 16.—*Comedia de equivocaciones*, Shakespeare; 17.—*La tempestad*, ídem; 18.—*Sueño de una noche de verano*, ídem; 19.—*Macbeth*, ídem; 20.—*Dramas y leyendas*, Zorrilla; 21.—*El bufón de las familias*; 22.—*El pájaro*, Michelet; 23.—*El insecto*, ídem; 24.—*Las abejas*, Maeterlinck; 25.—*Viajes escolares*, Topffer; 26.—*Las flores animadas*, Grandville; 27.—*La vuelta al Mundo en ochenta días*, J. Verne; 28.—*Miguel Strogoff*, ídem; 29.—*Viajes del capitán Grant*, ídem; 30.—*El país de las pieles*, ídem; 31.—*Libro del hombre de bien*, Franklin; 32.—*Ayúdate*, S. Smiles; 33.—*Vida y trabajo*, ídem; 34.—*La vida sencilla*, Ch. Wagner; 35.—*Junto al hogar*, ídem; 36.—*La alegría de vivir*, Marden; 37.—*El poder del pensamiento*, ídem; 38.—*Los nueve libros de la historia*, Herodoto; 39.—*Historia de la conquista del Perú*, Prescott; 40.—*Historia de la conquista de México*, Solís; 41.—*Bolívar y la emancipación hispanoamericana*, Mancini; 42.—*Vidas paralelas*, Plutarco; 43.—*Memorias del príncipe*, Kropotkine; 44.—*Memorias*, de Benvenuto Cellini; 45.—*Civilizadores y conquistadores*, Lamartine; 46.—*Rimas de Bécquer*; 47.—*Versos de F. Gavidia*; 48.—*Cantos del hogar*, J. de Dios Peza; 49.—*Poesías líricas*, Espronceda; 50.—*Poesías escogidas*, Campoamor; 51.—*El cancionero* (traducción de Llorente), Heine; 52.—*Tierras del cielo*, Flammarión; 53.—*Los tres mosqueteros*, A. Dumas; 54.—*Veinte años después*, ídem; 55.—*La dama de Montsoreau*, ídem; 56.—*Rob Roy*, W. Scott; 57.—*Quintin Durward*, ídem; 58.—*Ivanhoe*, ídem; 59.—*Fabiola*, Cardenal Wisseman; 60.—*Diario de un niño de pecho*, Schmid; 61.—*Educación de las madres de familia*, Aimé Martín; 62.—*El cuerpo y el alma del niño*, De Fleury; 63.—*Nuestros hijos en el colegio*, ídem; 64.—*Educación de las jóvenes*, Fenelón; 65.—*Don Quijote*, Cervantes; 66.—*Novelas ejemplares*, ídem; 67.—*Lazarillo de Tormes*, H. de Mendoza; 68.—*Viajes de Gulliver a Lilibut*; 69.—*El príncipe perro*, Laboulaye; 70.—*El gobierno municipal en Estados Unidos*; 71.—*Cartas y Discursos*, Lincoln; 72.—*La conquista del pan*, Kropotkine;

73.—*Los hombres en el año tres mil*, Guiton; 74.—*El trabajo*, T. Bondareff; 75.—*Orlando furioso*, L. Ariosto; 76.—*Las mil y una noches*; 77.—*La vida devota* (traducción de Quevedo), San Francisco de Sales; 78.—*Florecillas de San Francisco de Asis*; 79.—*El libro del Trópico*, Ambrogi; 80.—*La hija del Adelantado*, J. Milla; 81.—*La odisea* (en prosa), Homero; 82.—*El país de los ciegos*, H. Wells; 83.—*Robinson Crusoe*, Defoe; 84.—*La isla del tesoro*, Stevenson; 85.—*David Copperfield*, Dickens; 86.—*El príncipe feliz*, Oscar Wilde; 87.—*El vicario de Wakefield*, Goldsmith; 88.—*Los trabajadores del mar*, V. Hugo; 89.—*El noventa y tres*, ídem; 90.—*Los miserables*, ídem; 91.—*Corazón*, D'Amicis; 92.—*La cabaña del tío Tom*, Beecher-Stowe; 93.—*Abajo las armas*, Berta de Sutner; 94.—*Resurrección*, Tolstoi; 95.—*Amor y Matrimonio*, ídem; 96.—*La muerte de Iván Ylich*, ídem; 97.—*Historias extraordinarias*, E. Poe; 98.—*Confesiones de un médico*, Veresaief; 99.—*La ciudad y las sierras*, E. de Queiroz; 100.—*Obras de Figaro*, Mariano José de Larra.

Aún nos queda bastante que decir quizá en este asunto de las bibliotecas municipales.

Por ahora, concluimos la primera jornada en este camino, indicando la necesidad de no conceder el título de ciudad a cualquier aglomeración de personas, sólo porque lo piden. Ese título es honorífico, y debe discernirse a las poblaciones que lo merecen.

Ahora bien, nos consta que la tercera parte de nuestras *cuarenta y ocho ciudades* (más o menos son cuarenta y ocho) no tienen, como instrumentos de cultura (fuera de la iglesia y el ayuntamiento, telarañosos y destartalados) más que el patio de gallos y el estanco. Todavía peor, hay muchas de esas *ciudades* que no tienen agua, ni excusados en las casas.

¿Cómo es posible que se permita edificar una casa sin excusado? ¿Cómo es posible que se confiera el honor de llamarse ciudad, a un puñado de bárbaros que todavía no sienten la necesidad de tener excusados?

Hay un honor colectivo, así como hay un honor individual. El honor colectivo exige a los habitantes de una *ciudad*, que tengan agua, excusados, calles limpias, tren de aseo, edificios propios para escuela; biblioteca *municipal*, que es un complemento de la escuela primaria; templos de verdad, y no hechos con retazos de hoja de lata y tablas viejas; ayuntamientos elegantes, amplios y sólidos, cual corresponde al poder municipal, que es el primero en la comuna, y palacio de justicia, o muy buenas casas si no hay palacios, donde el poder judicial se instale según su categoría y su rango, que son los más altos de todos en los pueblos cultos.

Si fuera cosa que se hallara en nuestra mano, daríamos cuatro años de plazo a las tres o cuatro docenas de ciudades —*que les dicen*— para que se instalaran como lo demanda su categoría; y a la que no pudiera o no quisiera, le quitaríamos él título, y la obligaríamos a llamarse barranco, chijurnia, pedrero, o cualquier cosa semejante, que diera idea de su pereza, de su falta de gusto, de su incuria y de su barbarie.

No está en nuestra mano hacerlo; pero sí declarar que es simplemente una irrisión, imaginarse que *se es ciudad* sólo porque se tiene patio de gallos y cepo para meter a los borrachos. No, señores, absolutamente no.

Hemos cumplido los cien años de vida independiente. ¿No es ya tiempo de darnos cuenta de lo que significa realmente la palabra cultura? Agua, excusados, caminos, escuelas, bibliotecas municipales, baños públicos, casa de justicia, la iglesia y el ayuntamiento son el primer paso. Como si dijéramos, el lavarse las manos para el hombre que pretende ser caballero.

San Salvador, 1922.

De *La Cultura por medio del libro*, Tipografía Nacional, Guatemala, C. A. 1929.

De *El Minimum Vital y otras obras de carácter sociológico*, 107-136, Guatemala, 1950.

EL DINERO MALDITO

La Calle de la Muerte

ESTA calle en que vivo yo, debiera llamarse Calle de la Amargura. Y mejor aún, Calle de la Muerte. A seis cuabras, Oeste, me queda el Hospital, a donde va, a todas horas, una caravana de dolientes, pobres o miserables los más, a ver si les dan algún alivio. A cinco cuabras, en dirección contraria, me quedan tres estancos, donde se bebe día y noche; donde la pianola, el fonógrafo, los gritos de los ebrios y el chocar de vasos y botellas ensordecen los oídos de los transeúntes, y también su conciencia, para que no piensen en los dramas que ahí se incuban.

Frente a mí, a una cuadra, está la Penitenciaría, donde viven los criminales desvalidos; los que no tienen la llave dorada que abre las puertas de la Justicia.

Los domingos, desde muy de mañana y todo el día, la vida enlaza esos tres antros en que el vicio, el crimen y el dolor se funden en una trinidad fatídica. Desde las siete de la mañana comienzan a pasar, viniendo del Volcán, labriegos jóvenes y viejos. Vienen a divertirse. Han trabajado toda la semana, curvados sobre el suelo, sembrando, arando o escardando, para que el maíz, el arroz, el frijol y el plátano colmen nuestra mesa; para que las flores más bellas adornen nuestros búcaros; para que la leche y los huevos nos conforten y nutran; para que la vida, en toda forma, descienda de allá arriba, y venga, en ondas de salud y alegría, a reavivar las fuerzas decaídas de los que penamos y pecamos en la ciudad.

Han trabajado toda la semana esos labriegos, ellos y sus mujeres y sus hijos. Mientras ellos escardan o desmontan, la mujer y los hijos mayores lavan, remiendan y aplanchan, muelen y cocinan; vienen diariamente al mercado a vender flores y legumbres, y a llevar provisiones y medicinas; cosen la enagua y la camisa; cuidan de las gallinas y de los cerdos; atienden al enfermo; van al río lejano, a traer el cántaro de agua para los menesteres urgentes. Ya noche, cansadas, fatigadas, caen pesadamente sobre el camastro o el tapesco y duermen como troncos —si no hay niño pequeño que las desvele—, hasta que Venus, el apacible *Nixtamalero*, comienza a desvanecerse ante los blancos del alba.

Así es la vida en el Volcán, así se trabaja toda la semana. ¿Qué cosa más justa que bajar el domingo para descansar, para divertirse? Por eso desde muy de mañana bajan los labriegos, limpios, endomingados, decidores, ligeros; dan una vuelta por la ciudad mientras se abre el estanco y apenas éste despliega sus fauces, entran y beben. Un vaso tras otro, de pie, o apenas sentados en bancos miserables, beben el aguardiente, se embriagan, se embrutecen, pierden el sentido, se vuelven hoscos, agresivos, pendencieros, sacan las cuchillas, y hieren. Hieren al compañero, al camarada, al amigo, a quien se le enfrente, a cualquiera. El aguardiente, el *guaro de caña* —el más hostil de los licores, en que un verdadero demonio se esconde, sediento de lucha y de sangre—, ofusca con sus vapores su rudo entendimiento y les impele a la riña y al crimen.

En breves horas, todo el trabajo de la semana es disipado. Si la mujer, con mimos a escondidas, logró sustraer algunos reales, ya habrá siquiera para comenzar la semana. Si no, ella y las pobres muchachas corretearán el lunes, angustiadas, para encontrar el *qué-comer*, la medicina para el herido y los *honorarios* para el abogado, inflexible en la exigencia de los anticipos que han de cubrir los primeros gastos.

En breves horas todo el bregar, todo el afán, todo el sudor de la semana, pasan, convertidos en dinero maldito, a la gaveta

de la cantina. Con el mismo tesón e ímpetu con que trabajan la semana, así tragan veneno, un vaso tras otro, hasta que las piernas les flaquean, la voz enronquece, las palabras se confunden y huyen, la mente se nubla, el corazón se encrespa y la fiera surge de las profundidades del hombre presta a desgarrar y a devorar.

Beben, beben más, siempre más. Primero son copas *sencillas*, espaciadas con risas y charlas; después son copas *dobles*, alternadas con abrazos y cantos, o promesas y lágrimas, después es la sed del licor, que no se apaga sino que se enciende cuanto más se bebe. Y entonces todo huye, todo se desvanece: la memoria, la atención, el juicio, el sentimiento del yo, el discernimiento del bien y del mal: es la locura, última forma de la embriaguez, que franquea el paso del hombre a la bestia, a la fiera.

Y entonces, viene la sangre.

* * *

Desde las cuatro de la tarde, a veces antes, comienza el desfile del regreso. Los que vi pasar por la mañana alegres, ligeros, con la fiesta en el corazón y en los ojos, vuelven vacilantes, dando tumbos, cayendo aquí y allá; los ojos extraviados o mortecinos, las ropas salpicadas de lodo, los labios escurriendo baba y barbotando palabras sin sentido. Algunos caen, pesadamente, y quedan ahí, tendidos, largo a largo, vuelta al cielo la faz inexpresiva, o son llevados por los camaradas, a quienes insultan y rechazan, o apaleados por el policía, que castiga como desacato lo que es simple locura o inconsciencia.

De rato en rato, un herido: algunos vienen solos, el brazo en cabestrillo, roja toda la manga con la sangre que va extendiéndose y goteando.

Otros con la cabeza hendida, o el pecho destrozado, o un hombro colgante, o los intestinos pugnando por salirse,

avanzan lentamente como anestesiados, apoyándose en los compañeros —tambaleantes ellos también—, que llevan el herido al hospital. Un hilo de sangre mana de esas heridas enormes, ahí donde el dolor o la terquedad hicieron detenerse al herido, queda un manchón rojo, que luego enjugarán los perros vagabundos.

Toda la tarde pasan heridos, y la calle se motea a uno y a otro lado de gotas y más gotas de sangre. Sangre roja, potente, vigorosa, que se encendió en el sano trabajo de la labranza, al beso del viento y del sol, para venir a estallar en fiebre y en locura en el estanco, donde las manos ávidas de la estanquera recogen la vida y escancian la muerte...

* * *

¿Cuántos de esos que pasan arrastrándose hacia el hospital, saldrán curados de alma y cuerpo, y volverán a su casa, después de sumergir en tristeza y dolor a sus gentes?

¿Cuántos saldrán para el cementerio, ignorados y despreciados, como inútil carroña que ya no puede dar su labor en cambio de aguardiente?

¿Cuántos al salir, irán a la Penitenciaría, a pudrirse aguardando que la Justicia les recuerde?

Al fin salen: el defensor les ha comido el trabajo de años; la casita, la vaca, el huatal, cuanto podía venderse o empeñarse, se vendió o empeñó para cubrir los gastos de la defensa. Al fin salen, comprometidos con el patrón, empeñados y arruinados para muchos años, a veces para siempre. Mientras se pudrían en la cárcel, se murió el chiquitín, enfermó y sufrió largamente la madre; la esposa, afanada, fue y vino mil veces, a suplicar al Juez, llevándole recomendaciones; abandonó el huatal, y entró al servicio en la ciudad, para estar más cerca, y ver y consolar al preso, activar la tarda y avariciosa gestión de la defensa.

Y mientras, allá arriba, sola, la muchacha, cuidando de los hermanitos y de las gallinas, sucumbió a las promesas del patrón, o fue seducida por el camarada de su padre, y tuvo un niño... una carga más para el hogar exhausto...

Un niño más, que luego será un hombre, y aprenderá a beber y a emborracharse, y a herir, y a que le hieran, para que su trabajo, su vida, vayan a enriquecer las arcas nefandas donde los fabricantes y vendedores de la muerte guardan el dinero maldito.

* * *

Sí esta calle, donde hace ya cinco años veo desfilar, domingo a domingo, una caravana de hombres ensangrentados: esta calle va del Estanco al Hospital, bordeando la Penitenciaría y ramificándose por un lado hacia el Volcán, que es el trabajo y la sencillez, y extendiéndose por el otro hacia la Ciudad, que es la mentira y la rapiña... esta calle por donde bajan por la mañana la alegría y la vida, y suben por la tarde cambiadas en tristeza y en muerte... esta calle que debiera ser toda roja, tanta es la sangre que ha empapado su suelo... es, de veras, Calle de la Muerte.

Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno.

Sí: ésta debe llamarse Calle de la Sangre, *Nuestra Calle*; pues nosotros vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esa sangre cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en la mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros los privilegiados.

Con esa sangre vamos a Europa, a divertirnos y a corrompernos, si todavía nos falta corrupción; con esa sangre se paga el diploma del médico y del jurisconsulto; con esa sangre nos costeamos la fiestas diplomáticas y los banquetes patrióticos; con esa sangre cubrimos los gastos de mil cosas

superfluas, dañosas, tontas o inútiles; con esa sangre sostenemos la vida de monerías que imaginamos civilización y progreso.

¡Y con esa sangre, nosotros los señores de la Tierra y del Comercio y de la Banca; vosotras las nobles matronas, vosotras las señoritas gentiles y nosotros los caballeros apuestos: con esa sangre se pagan nuestros ocios, nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito!

El dinero maldito... ésa es nuestra vida... ésa también será nuestra ruina...

Pan o revólver

Dondequiera que un hombre esté amasando un pan —podrá decirse—, y confortar su espíritu con este pensamiento: este pan, alguien lo ha de comer; raro será que se pierda sin que alguno lo coma. Aun si de la mesa lo arrojaran al suelo, servirá para alimentar al perro, o las hormigas vendrán y lo harán migas, y se lo llevarán a su granero. Así es que esta fuerza de mis manos, aplicada a la harina, se está tornando vida. Sí, estoy haciendo vida, fuerza, alegría, ni más ni menos que si fuera yo el sol...

Luego, quienquiera que se alimente de este mi pan, no sacará de él sino salud; pobre o rico, bueno o malvado, avaro o generoso, lo que yo le envió aquí es fuerza, es salud, es alegría. Que lo lleven a la mesa del juez o a la celda del criminal, lo mismo da: en este pan en que han colaborado el aire y la tierra, el agua y el fuego, y, por gracia de Dios, también yo, nadie puede hallar sino alegría, fortaleza, salud.

Asimismo, dondequiera que un hombre está fabricando un revólver, podrá decirse, y enorgullecerse, si es cruel y soberbio: este revólver que yo estoy fabricando con mis manos, lleva en sí

la muerte. Adondequiera que lo lleven, irá con él una amenaza, un peligro de muerte. Quienquiera que lo use, no podrá usarlo sino para herir o matar. Un malvado o un justo, un adulto o un niño, un ignorante o un sabio, no podrán hallar en él otra cosa que sangre y muerte. Que lo disparen ellos o que lo disparen contra ellos; que sea de intención o por descuido, por malicia o por juego, para atacar o para defenderse, nadie dará con él ni recibirá de él sino la muerte.

Así es que yo, haciendo este revólver, soy un sacerdote de la muerte; y si hay un Demonio o un Infierno que se complazca en el dolor, han de sentir que yo soy, como ellos, un creador de tristeza y de ruina: lo mismo que la peste, lo mismo que el ciclón y el terremoto, lo mismo que el naufragio, lo mismo que el hambre y el incendio.

Maneras de hacer pan, son infinitas en la vida. Y maneras de hacer revólveres, también. Se hace pan con harina, con madera, con lienzo, con predicación y con ejemplos, con lágrimas y con sonrisas; se hace pan con la azada y la escoba, con la pluma y con el serrucho, con la aguja y la almádana. Se hacen revólveres con el juego y con la embriaguez, con la prostitución y con la usura, con la adulación y con la mentira, con la extorsión y con la opresión, con la mezquindad y con el fausto, con la avidez y con el fraude.

Aún más, casi no hay acto ni pensamiento de nuestra vida, que no sea pan o revólver; que no sea para salud y alegría, o para enfermedad y tristeza. Los hombres en eso vivimos: unos haciendo pan y otros revólveres; y de ser prudentes, no emprenderíamos nada ni colaboraríamos en nada, sin preguntarnos antes severamente si aquello era pan o era revólver.

Y entonces advertiríamos una cosa muy clara pero muy ignorada, muy sencilla pero muy incomprendida; y es que no se le puede dar a nadie una puñalada si no se dispone de un puñal, ni envenenarle sin tener un veneno. Sí, para matar a un hombre de una puñalada, se necesita absolutamente un puñal; lo que es

voluntad y loco deseo de matar a mi enemigo de una puñalada, o de diez, o de ciento, quizá lo tengo ya; lo que me falta es el puñal. ¿Qué haré para obtenerlo? ¿Quiénes se prestarán a ser mis cómplices en la obra de apuñalar a mi enemigo? Desde luego el legislador, que permite introducir puñales al país, sabiendo que el puñal es, meramente, un instrumento para herir o matar. Luego, el comerciante que los importa, sabiendo que no sirven para labrar la tierra ni para coser un vestido, sino para desgarrar el pecho de los hombres y beberles la sangre. Luego el aduanero que los registra, y que harto sabe que un puñal en nada se parece a un arado ni a un libro. Luego el tenedor de libros que lleva la cuenta al comerciante de lo que le reporta el negocio de los puñales. Luego la mujer y los hijos del comerciante, que saben que lo que gastarán esa noche en ir al teatro, viene de haber lucrado en la venta de los puñales. Luego el periodista, que inserta el anuncio del que importa o vende puñales. Luego el afilador que los apunta y aguza, bien sabido de que ello es para mejor herir y matar. Luego la mujer o la novia, la madre o el padre, los hermanos o los hijos del que compra el puñal, y no se lo impiden o reprenden. Luego muchos, muchos que en otra forma sacan provecho de la fabricación, del transporte, de la venta, del cuidado y del uso de los puñales.

Puñales o revólveres, todo es uno. Revólver o aguardiente, o cualquier licor maldecido que embriaga al hombre y le bestializa y le enfurece, y le lleva al hospital, a la cárcel, al manicomio, a la ruina de él y de los suyos, todo es uno...

* * *

¡No, hombres; no basta vivir, sino que hay que vivir honradamente, limpiamente, como cristianos y como hidalgos; como criaturas, que tienen alma que perder, y no, simplemente, sacos de concupiscencia que llenar. Vivir como hombres, sí,

pero vivir como lombrices, como escorpiones, como víboras, como inmundos roedores de cadáveres, no.

No estamos obligados a vivir si no podemos vivir en la luz. Si nuestro sustento y nuestra casa y nuestro vestido, y nuestro recreo y nuestra cultura no pueden absolutamente proveer del trabajo limpio; si nuestra desdicha fuera tanta que nos veamos arrastrados a vivir del revólver entonces no vivamos. ¿Qué necesidad hay de que vivamos? ¿Qué necesidad hay de que yo viva, si para vivir yo, otros han de morir, o han de vivir en la corrupción, en el crimen y en la ruina?

No, hombres, busquemos una vida limpia; vivamos para el pan y del pan. Y quienes no puedan vivir sino del revólver y para el revólver, que anticipen el viaje; que atraviesen voluntariamente el umbral de la muerte, y que se libren así de la ignominia.

Lo que es porque se vayan, no faltarán, en este mundo triste, plagas ni guijarros ni espinas. Pero así, al menos, los hombres, en vez de abominables demonios, serán *hombres*, o siquiera merecerán ser hombres.

De *El Dinero Maldito* (*Ensayo sociológico*). Ed. Municipalidad de Quetzaltenango, Quetzaltenango, Guatemala, 1929.—Imprenta La República, San Salvador, 1930.—*Obras de Alberto Masferrer*, I, 61-65 y 68-70. Biblioteca Universitaria, San Salvador, 1948.

LAS NUEVAS IDEAS

Económica y fraternal

ALGUNOS grandes finqueros de este país han descubierto un sistema realmente ingenioso y benéfico de pagar a sus peones. Protestando que no pueden conseguir moneda suelta, les cubren su jornal con fichas de madera, cobre, estaño, latón u otros materiales baratos. Cada finca, o digamos cada dominio feudal, tiene su moneda propia, sus fichas, que sólo corren en aquella jurisdicción.

Y por supuesto, aunque en la Hacienda que las emitió, esas rodajas tienen un valor indiscutible, fuera de ahí, al otro lado de la cerca o de la zanja límite, no valen nada. Un peón, dueño de cinco pesos en tejos de hojalata o hierro estañado, no podría comprar ni una caja de fósforos en la ciudad o en otra finca.

Pero sucede que los peones necesitan caites, machetes, puros, camisetas, eslabón, sombrero, petate y otros de esos menesteres. Por animalizados que se hallen no les basta con engullir frijoles salcochados la semana, y aguardiente de cardenillo los domingos; tienen sus pequeñas necesidades, hasta sus antojos, y les es preciso cambiar aquellas fichas por mercaderías.

Para eso la finca, previsora y fraternal, funda una pulpería, donde el jornalero se abastece de cuanto le haga falta. Por una ganancia moderada, la pulpería le deja a cambio de sus tejos todo lo que habría que comprar caro y malo, si fuera a buscarlo a la ciudad. Y así obtiene el peón otra ventaja inapreciable, que es la de no salir: "El que no sale no tropieza".

En cuanto al aguardiente, de que algunos peones no saben prescindir, y que la finca no vende, será en breve y forzosamente, motivo de alguna organización especial. Hasta hace poco, el Gobierno atendía con sabia discreción a esta necesidad del aguardiente al alcance de todos: por medio de los estancos rurales o de revendedores ambulantes, se obtenía en los campos el trago indispensable. Mas ahora que el nuevo Gobierno se empeña en que salvadoreño, borracho y tahúr no continúen siendo sinónimos, habrá que inventar algún arbitrio que permita a los siervos del campo beber su acostumbrado veneno, sin salir del dominio de sus amos.

A fin de semana, cuando se hacen las cuentas, resulta casi siempre que el peón sale debiendo a la pulpería, y pasan semanas, meses y años, sin que el déficit desaparezca. Les sucede a esos peones lo mismo que a la Nación Salvadoreña: que cada día debe más. Pero lo que podría ser enojoso para el país, al peón le resulta benéfico, que no siendo libre de irse a otra parte, vive ahí tranquilo, donde ya le conocen y hasta le quieren. ¿No es un sabio proverbio aquel que dice: “vale más malo conocido”, etc., etc.?

Tenemos, pues, a nuestro hombre, casi feliz. No tiene nada, se halla siempre endeudado; ¿pero qué? sus frijolitos no han de faltarle, ni su trago el domingo. Si eso no es la dicha, es una imitación muy parecida.

El único peligro sería que llegaran de fuera mercaderes ambulantes con novedades, y entotorotaran a los peones con el cebo de venderles más barato. Eso daría al traste con la bella organización que vengo describiendo. Pero el Patrono, o Patrona, ha previsto el caso y dictado eficaces providencias para evitarlo. El Administrador de la finca ayudado de los mandadores y capataces, y con la graciosa colaboración de la escopeta y de los perros bravos, ejerce en todos los dominios de la Hacienda una exquisita vigilancia, a fin de que no penetre ningún aventurero.

Así se mantienen esas fincas como verdaderos paraísos terrenales; los peones viven ahí dichosos: ni envidiosos ni envidiados; y sus amos, si bien soportan la dura responsabilidad de

cuidarles el alma y el cuerpo, tienen, en cambio, la regocijante satisfacción de cumplir un difícil deber.

Es, realmente, un bello ejemplo de organización económica y fraternal.

INDICE

	<i>Pág.</i>
Nota Editorial	7
¿Qué debemos saber?	9
Leer y escribir	21
El <i>mínimum vital</i>	61
La cultura por medio del libro	85
El dinero maldito	111
Las nuevas ideas	121

